TE ROBÉ EL CORAZÓN

HIJAS DE LA DESGRACIA
IV



LAURA A. LÓPEZ

Regenta

TE ROBÉ EL CORAZÓN

HIJAS DE LA DESGRACIA
IV



LAURA A. LÓPEZ

Regenta

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Final
Continúa con la serie Hijas de la desgracia
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…

Si te gustó Te robé el corazón, podría gustarte…
Biografía

Te robé el corazón

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

IMAGEN: PIXABAY



Capítulo 1

Lady Iris Preston observaba el salón desde la parte más alta de la escalera. Su familia estaba reunida ahí y nada era como antes. Su sobrino, el hijo de Lily y Matthew, era un torbellino para todos cuando entraba. Daisy y Charles esperaban a su primer hijo, y veía que su hermana caminaba como un pato, mientras que Primrose y Alexander llevaban casados unos meses y todo era amor entre la montaña de defectos de ese hombre. En fin, cada una de sus hermanas consiguió el amor, menos ella y Camellia.

—Es tu momento de brillar, Iris. Es tu cumpleaños... —Camellia abrazó a su hermana por detrás.

—Esto es un abuso. Es exceso de emotividad —masculló Iris alejando con cuidado a su hermana menor.

—Siempre eres tan fría. Algunos ya comienzan a llamarte «el témpano». Escuché a Dimitry compararte con el invierno, vas ganando en frialdad.

—¿Desde cuándo decir la verdad se ha convertido en un problema de insensibilidad? Lo que me perturba de esta familia es la falta de inteligencia por parte de nuestros hermanos y algunas elecciones inconvenientes de nuestras hermanas, en especial, la última. ¿Qué crees que me obsequiará el nuevo cuñado?

—Con suerte un zapato sin pie, una pulsera sin muñeca o un listón sin cabello. Eso siempre es un pensamiento consolador. Menos mal que no sabe qué gustos masculinos tienes o te traería al caballero aquí...

La joven no pudo evitar reír ante lo que le decía Camellia.

—Estás aprendiendo a distinguir a las personas.

—Dejen de juzgar al nuevo integrante de la familia si no quieren perder una parte del cuerpo. Vamos, vayan a saludar —ordenó la señorita Bruster que estaba de pie detrás de ambas jóvenes que estaban en pleno momento de chismes.

—Esto no me entusiasma demasiado. He llegado a los dieciocho años y sé qué me van a dar cuatro de las personas que están ahí. Si mi padre no me da una bolsa con dinero, estaré conforme, si Matthew no me da un diamante, también estaré feliz y si mis hermanos no me dan un disgusto, me daré por servida...

—Pide demasiado, milady. Su padre es pésimo para conseguir algo por cuenta propia, prefiere que compre lo que necesite y eso es válido.

—¿Alguien imagina que Matthew estornudará y caerán pequeños diamantes? Yo puedo verlo... —dijo Camellia con una sonrisa cómplice.

La señorita Bruster hizo gestos para que ambas fueran a saludar. Camellia fue la primera en correr escaleras abajo para saludar a todos. Iris la vio desenvolverse como si nunca hubiese estado hablando mal de alguien. Ella se encogió de hombros, se alisó la falda y bajó las escaleras con tranquilidad.

—¡Aquí viene la protagonista de esta noche! —anunció su padre que fue a buscarla con emoción en el rostro.

La joven sabía cuánto la amaba John Preston y ella correspondía a ese afecto de la misma forma. Sus bolsas de dinero eran solo una forma en que él demostraba el amor por sus hijos. Criar a siete hijos durante toda la vida no fue tarea fácil. Tanto ella como Camellia no recordaban a sus padres, eran demasiado pequeñas cuando ellos murieron, sus abuelos maternos eran la única conexión con su madre y quien los crio, por parte de su padre. Ellos tenían retratos en la casa para nunca olvidar sus orígenes por más que no sintieran algo en particular.

—Debemos comenzar con los presentes. ¿Quién se lo dará primero? —preguntó Martha, sonriente.

—No hace falta que me den obsequios... ¿Y mis abuelos? —preguntó la joven al no verlos.

Todos guardaron silencio por un momento. John sacó un sobre de su frac y se lo entregó.

—Esto ha llegado para ti esta tarde...

Lo agarró con manos temblorosas sin querer imaginar nada malo. Quería mucho a sus abuelos y esto podría ser algo horrible. Cuando lo abrió, leyó con detenimiento y suspiró de alivio.

—La abuela está enferma y no podrán venir por mi cumpleaños... —contó desanimada, pero aliviada a la vez.

—No te preocupes, Iris, te llevaremos a verla —ofreció Dimitry —. Todavía faltan unas semanas para que empiece la temporada social, podemos aprovechar ese tiempo para verlos.

—¿En serio? ¿No se irán por ahí a traer ladillas y me mentirán?

Los dos jóvenes se sonrojaron y miraron avergonzados hacia sus cuñados que parecían bastante enfadados por esa afirmación, mientras el resto parecían escandalizados.

—Oh, querida. No deberías decir esas cosas... —Martha desplegó su abanico y comenzó a agitarlo con fuerza para pasar el calor de sus mejillas.

—No hablemos de las ladillas de nuestros hermanos. Sigamos con lo importante —propuso Lily—. Vamos, querido, dale el presente a tu cuñada.

Matthew sacó una funda de terciopelo y se la extendió.

—Pensarás que es un diamante como siempre y, en efecto, lo es, pero no uno cualquiera...

Cuando sacó el contenido de la bolsa de terciopelo, vio que eran de un color amarillo pálido. En verdad era diferente a lo que le había obsequiado los últimos dos años.

—Estos aretes son preciosos... Gracias. Debo confesar que pensé que serían los mismos de siempre.

—No me sorprende. No soy bueno dando sorpresas, pero como es nuevo en la mina, quería dárselo a personas especiales. Se venderán caro y tú serás una de las primeras en tenerlos.

—Eso fue cursi. Ahora tú, querido, muéstrale lo que tenemos... —mandó Daisy.

Charles le extendió una caja de madera. Al abrirla, la joven vio unas horquillas con muchas piedras preciosas.

—Esto es extraño, pensé que sería un cuchillo menos afilado que el del año anterior —comentó Iris gratamente sorprendida.

—He mejorado mis gustos... —musitó Charles.

—Mejor dicho, se lo han mejorado... Alexander y yo te traemos algo sencillo porque sabemos que eres así...

Su cuñado fue caminando hacia un rincón y sacó una bolsa arpillera. Se acercó con ella hasta la joven y se la entregó.

—No hay una cabeza aquí, ¿verdad? —preguntó con temor.

—Escuché que una joven te robó un vestido en la tienda. Me descubriste, es su cabeza... —aclaró Alexander, pero después el codazo de su esposa lo hizo retractarse—. Es algo que te gusta y esperemos que lo utilices esta noche.

Sacó lo que había dentro y sacó el estuche de un violín. Al abrirlo notó que su nombre estaba grabado en él. No podía creer lo que ocurría, los obsequios eran maravillosos.

—Se han lucido. Muchas gracias. Debo confesar que los juzgué a todos creyendo que me traerían algo que no me gustaba.

—Todavía falta el de tu padre, querida —anunció su madre.

John mostró su clásica bolsa de dinero y se la entregó.

—Hay cosas que no cambian... —musitó su padre.

Iris le entregó una sonrisa y se dispuso a mirar dentro de la bolsa. Las monedas estaban ahí; sin embargo, también una pequeña tarjeta y una pluma.

«Para que me escribas cuando tengas tu propia casa».

Esas palabras que leyó en la tarjeta hicieron que una lágrima rodara por su mejilla.

—Gracias, padre.

—¡Nadie quiere ver lágrimas! —exclamó Camellia al ver a Iris—. Este no es un funeral, es una fiesta de cumpleaños, el tuyo. ¿Alguien puede hablar con la señorita Bruster para que toque el pianoforte? Aquí necesitamos un buen ambiente...

No lloraba de tristeza, sino porque estaba conmovida por lo que todos le habían dado. Los quería mucho y sabía que se acercaban cambios importantes en su vida.

—Es cierto. Señorita Bruster, por favor, toque algo para nosotros —pidió Martha con una gran sonrisa.

La institutriz asintió y fue a sentarse frente al pianoforte.

—Es bueno que demuestre lo que les enseña a nuestras hermanas —dijo William acercándose al pianoforte con su copa de whisky en la mano.

—Por supuesto, ¿y usted cuándo mostrará los modales que debió enseñarle su preceptor? —replicó la señorita Bruster, haciendo que todos en el salón se rieran de él.

William, avergonzado, trató de poner una sonrisa que pretendía dar otra impresión de la que en realidad transmitía. Su acción fue lo más destacado de la noche y las burlas no cesaban. Iris se divirtió bastante durante la fiesta. Sus hermanas ofrecieron su talento en los instrumentos como se acostumbraba en cada cumpleaños. Ella dejaría de usar el violín de práctica que debía compartir con sus hermanas. Si bien era cierto que dinero no faltaba, ellas sabían cómo administrar su tiempo con cada cosa en la que debían practicar. Eran cinco jovencitas y había tiempo para todo.

Cuando todos se retiraron, Iris llevó las cosas a su habitación. Al entrar solo había dos camas en el recinto, la suya y la de Camellia, la que perteneció a Iris fue colocada en la otra habitación que antes perteneció a Lily y Daisy. Su padre le dijo que se mudara ella o la menor a ese sitio después de que Primrose se casara, pero estaban tan acostumbradas a dormir juntas que solo se separarían una vez casada.

—Los obsequios que te dieron esta noche son los más bonitos que has recibido —comentó Camellia que estaba frente al amplio tocador hecho por un artesano para tres mujeres. Aquella se ataba los rulos para que no amanecieran deformes al día siguiente.

Iris guardó las cosas en el joyero, los cajones de un mueble y el amplio armario dividido. La ropa nueva que le habían comprado para la temporada social ocupaba el lugar que antes le perteneció a Primrose.

—Hubiese querido que nuestros abuelos estuvieran aquí. Solo ellos faltaron para que la noche fuese completamente perfecta.

—Lo sé. Todos se están preparando para tu partida. ¿Crees que a mí me harán un cumpleaños tan especial como el tuyo?

—Se lo hicieron a todas, solo que ahora hay más gente para obsequiar. Son tres cuñados, insoportables, pero adinerados.

—Es cierto. Nuestro padre ya está ahorrando las bolsas de dinero. Creo que terminará dándome todas las que fueron de ustedes. Causaré dos o tres conflictos después de que te cases y podré tener mucho guardado. Todas serán responsabilidad de sus esposos. Busca un buen esposo, Iris.

—Al menos espera que me case para pensar en mi parte del dinero. No seas codiciosa, eso habla mal de ti.

—Tienes razón. Es solo que he visto lo bien que viven nuestras hermanas con esos abrigos nuevos, joyas pintorescas y carruajes lujosos. Me preocupa que alguna de nosotras dos se una por amor a alguien que carece de recursos.

—No conocerás a un pobre diablo si te codeas con los de tu clase. Eso es evidente, ¿o pretendes ir a las caballerizas y buscar un mozo al que tú tengas que mantener? Suena absurdo, ¿no crees? Yo tampoco buscaré a alguien así, tengo mucho mayor propio para desperdiciar la buena educación de nuestros padres en gente que no lo merece. Debemos ser agradecidas por todo. Nos tuvieron como sus hijas desde que tengo memoria. Jamás los decepcionaría.

—Lo que diré sonará duro, pero yo no siento que no soy hija de ellos. Esas personas de las pinturas son gente que no conozco y para ser sincera, no me importan. Los abuelos son cariñosos y ellos sí me hacen sentir bien.

—Somos parte de ellos. Llevamos la sangre de los abuelos y nuestro padre, sin duda somos familia. Está bien sentirse extraña.

Siento lo mismo que tú en ocasiones, trato de conectar con los que murieron en un retrato, pero no es lo mismo que esta familia en la que crecimos. Nunca mencioné a nadie que realmente no desearía volver atrás en el tiempo para que ellos siguieran vivos. Sería un dolor muy grande para el resto, mas es mi verdad. No los cambiaría, aunque conozco mi origen.

—Es así. Tú y yo somos mucho más cercanas a nuestros padres que las otras que todavía guardan recuerdos. Yo era una bebé, no podría recordar ni si quisiera. Lo único bueno de esto es que no nos llevaron con ellos al barco.

—Sí. A veces, al mirar embarcaciones sobre el Támesis, imagino lo que debieron sufrir y me siento miserable por mis pensamientos al agradecer no haber vivido todo eso.

—La conciencia es un arma de doble filo, cuando haces lo correcto te felicita y cuando no, te condena. Eso es tener noción de lo correcto e incorrecto. Algunas estamos destinadas al infierno —declaró Camellia con una sonrisa.

La joven no discutió, porque quizá ella estaría en primera fila para el infierno junto a su nuevo cuñado.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, después de la fiesta de cumpleaños de Iris, John se despidió de Martha para hacer una diligencia y después ir a su despacho.

Su actividad consistía en ir hasta la casa de un cliente que estaba en cama haciendo sus últimas disposiciones. Aquella era una situación de herencia muy complicada y él debía saber qué decisiones tomar.

Al llegar a la casa de su cliente, Ralf Harding, marqués de Richter, su sirviente lo dejó pasar.

—Buen día, lord Preston. El marqués amaneció muy mal y lo mandó llamar. Siente que son sus últimos momentos... —contó el ayuda de cámara, entristecido.

—¿Los dos están aquí, George?

—El mayor, Benjamin Harding está aquí. Falta el señor Cedric Harding.

—Es una situación complicada. Tendré que empezar con uno de ellos...

Antes de que George cerrara la puerta, Cedric llegó y se interpuso para que eso no pasara.

—¡Estoy aquí! —exclamó—. Recibí la noticia, ¿todavía está vivo?

—Sí, señor Harding. Por favor, acompáñenos.

—Usted debe ser el menor de los Harding, ¿no es así?

—Sí, soy yo.

—Soy el letrado, lord John Preston, y futuro albacea del marqués.

Cedric sabía quién era ese hombre, pues George servía a dos amos, uno era él y el otro era el que le pagaba el salario. Conocía las maniobras del letrado.

—Es un placer conocerlo, milord. Sin temor a equivocarme, usted debió haber oído sobre mí.

—Y no han sido cosas buenas... —alegó siguiendo su camino.

El corazón de Cedric latía sin bajar su intensidad. Lo que le dijo ese hombre solo podía ser considerado como una verdadera alerta.

Cuando ambos entraron a la habitación, Cedric vio a su primo, Benjamin Harding, el sobrino mayor de su tío e hijo del mayor de los hermanos de la familia. Su padre renunció al título hacía más de cuarenta años, diciendo que prefería la vida sencilla siendo un administrador que un marqués viviendo entre tantas conspiraciones sociales. Aquel dejó de lado todo porque se había enamorado de una doncella y no quería casarse con alguna mujer de buena familia. Sus padres no estaban de acuerdo y él simplemente dejó de lado a todos. Su tío era el hijo del medio y quien se quedó a cumplir con la misión; sin embargo, pese a haberse casado, no logró tener herederos.

La historia de su padre era distinta, el menor de tres hermanos, un hombre irresponsable, insurrecto y lleno de vicios que murió joven dejando a su esposa e hijo en la miseria. Si no fuese por el caballero postrado en esa cama que lo acogió después de la muerte de su madre, otra sería su historia. Aquel le permitió estudiar en Eton y codearse con lo mejor de la sociedad; no obstante, no tenía título, por lo que no lo aceptaban por completo por más que provenía de una familia importante. Gracias a eso, terminó enfrascado en vicios como su padre hasta tocar fondo y convertirse en lo que llevaba siendo durante al menos dos años: un salteador de

caminos. Comenzó a hacerlo cuando necesitaba dinero para sustentar sus gustos, pero después por necesidad. Su tío lo dejaba vivir en una de sus propiedades, mas él debía costearlo todo para demostrar que era un hombre responsable. Mentía sobre lo que hacía, diciendo que se dedicaba a domar caballos para familias adineradas y él parecía creerlo.

Benjamin observó a su primo de pies a cabeza, parecía presentable al menos. Mientras que Cedric coqueteaba con la indigencia, él salía adelante como uno de los mejores administradores del condado de Durham. Vivía de manera cómoda y desde siempre quiso recuperar el título familiar. Aquel tenía cuarenta años, pero no se había establecido con una esposa y mucho menos tuvo hijos. Cedric tenía apenas veintisiete años y no contaba con todo lo necesario para establecerse.

—Están todos... —pronunció el marqués tratando de mantener su voz firme.

—Sí, su señoría. Estamos todos. George queda como testigo de lo que hablemos aquí —respondió John que se sentó en una mesa preparada por el sirviente cerca de la cama del moribundo.

—La tierra me reclama y ha llegado el momento de colgar algunos trapos sucios de la familia... —dijo tratando de incorporar su torso. George se apresuró para ayudarlo y colocar almohadas para acomodarlo.

—No hable así, tío —pidió Benjamin queriendo congraciarse con él.

—¿Y cómo quieres que lo llame, Benjamin? ¿Que me voy a morir?

—Eso es más exacto, pero cada uno lo llama como le dé más consuelo —afirmó Cedric.

—Hablen y yo los escucharé. Cuando acaben, diré lo que significan las palabras del marqués —comunicó John.

—Ustedes fueron llamados porque es mejor enfrentar a los buitres que sobrevuelan mi lecho. Primero hablaré de quien más me ha decepcionado y ese eres tú, Cedric...

Eso fue como un puñetazo en el estómago. Cedric quedó sin aire y comenzó a sudar frío.

—Tío, no sé de qué...

—Cierra esa boca o te la cerraré con mi vaso de whisky... —masculló el viejo marqués—. Sírveme una copa, George, y que sea generosa.

—Su señoría, su salud...

—Me conservo mejor en alcohol. Haz lo que te dije.

Al sirviente no le quedó más que aceptar los designios del hombre y le entregó una copa como pidió. El marqués dio un sorbo y colocó una sonrisa en el rostro.

—¿En dónde estaba? Oh, sí, en la gran decepción del sobrino que crie como a un hijo. No eres más que un vil ladrón. ¿Y sabes cómo me enteré? ¡Asaltaste uno de mis carruajes de provisión a un hospicio! Las monjas anglicanas quedaron asustadas. ¡Dios te ha visto, pequeño sinvergüenza!

Con palidez en su rostro, Cedric se arrodilló frente al lecho de su tío e intentó coger su mano.

—¡No me contamines, delincuente! Nunca lo creí de ti. Fuiste educado por preceptores, enviado a Eton, y así me pagas.

—Tío, perdóneme, no tengo excusa. No quería seguir abusando de su generosidad.

—Eres un inútil. Pudiste pedir trabajo amasando panes, conduciendo carruajes, siendo compañía para algún noble como yo, pero preferiste la ruina moral.

Una risa sardónica escapó de Benjamin. Él creía que, con todo eso, le dejaría su herencia y el título a él, expulsando a Cedric de la familia.

Los ojos verdes y cansados del marqués se dirigieron a su sobrino que se burlaba.

—Cedric es una porquería de persona, pero tú, eres un cerdo miserable, Benjamin.

El letrado se rascó una ceja al escuchar aquello. Esa era una de las cosas más emocionantes de su trabajo. El marqués de Richter era una verdadera fiera con su patrimonio, estaba barriendo el piso con sus sobrinos.

Los ojos de Cedric se abrieron con sorpresa al oír a su tío decir aquello.

—Tío, esto es una confusión, está equivocado...

—¿Tan equivocado como mi socio lord Granard y su patrimonio desaparecido? ¡Tú eres su administrador! Tu padre debe estar revolcándose en su tumba, pues él era un hombre honesto y trabajador, mientras tú eres un aprovechado que abusa de la confianza de los ancianos. Menos mal que no te he dado nada para que administres que tenga que ver con mi dinero, porque ahora estaría en el hospicio como paciente y no como benefactor. Cedric tiene motivos para ser perjudicial, pero tú vienes de un hogar lleno de afecto, y tus progenitores fueron personas decentes.

—No tengo razones para escuchar esto. Letrado, soy el único heredero del título de mi tío, uno que siempre debió ser mío. Soy el único hijo del primogénito de los Harding.

—Déjeme recordarle que, cuando su padre renunció a su título, hizo que toda la línea sucesoria se alterara. Quien viene después de su tío, es Cedric Harding, es el heredero aparente, si él no existiera, usted lo sería...

Los ojos de Benjamin se cargaron de más odio hacia Cedric.

—Sin embargo —interrumpió el tío—, el título no tiene dueño aún. Ninguno de ustedes demostró ser digno. Ambos son unos ladrones de poca monta, una vergüenza para el árbol genealógico. Mis padres creían que si uno de nosotros se casaba con una doncella era una desgracia, menos mal que están muertos, porque si llegan a ver eso, este lugar hubiese sido quemado con todos nosotros adentro por la decepción. Desde un principio deben saber que los dos recibirán algo de mí. Uno de ustedes recibirá el título y todo lo que esté vinculado a él, incluyendo las minas en la India y el otro tendrá las propiedades y el dinero no vinculado, lo que representa un gran patrimonio de todas maneras. Durante años junté toda esa riqueza y espero que la aprovechen correctamente. Para eso, ambos deberán corregir sus caminos y empezar de nuevo. El primero de ustedes en casarse y demostrar que es digno del título se lo llevará. El letrado será responsable de determinar la asignación correspondiente a cada parte en caso de que yo no me encuentre presente en ese momento.

Ahí estaba la condición que Cedric había oído por intermedio de George. Él había hecho la tarea de averiguar todo lo necesario sobre el letrado y su familia. Debía hacer lo posible para conseguir que la hija casadera del hombre se fijara en su persona para inclinar la balanza a su favor. Era cierto que se casaría por interés y que no importaba el resto. Si todo salía bien, la convertía en marquesa y ganaban los dos. Él tendría la paz que necesitaba y ella un nombre que presumir.

—¿Casarnos? Eso es fácil. Puedo salir y coger a cualquier dama... —masculló Benjamin.

Si crees que un simple papel basta para ser feliz, adelante. Pero no te engañes: el letrado será tu sombra y tiene una lista de condiciones que tú y esa mujer deberán seguir al pie de la letra si quieren el honor del nombre. El dinero ya lo tienes asegurado, Benjamin; ahora decide con cabeza fría si el título vale las cadenas que te vas a poner.

—Suerte consiguiendo una mujer sabiendo que eres un delincuente, Cedric... —escupió Benjamin antes de abandonar la habitación de su tío, enfurecido.

Aquel miraba hacia donde su primo desaparecía y después miró hacia el piso. No sabía de qué podía ser capaz Benjamin para conseguir lo que deseaba.

—¿Cambiarás, Cedric? —preguntó el marqués haciendo que su sobrino levantara la vista—. No quiero que mientas, deseo tu arrepentimiento real. No quiero morir pensando que eres como él. Tú no tienes la maldad en el corazón, pero Benjamin sí. Nunca te lo dije, pero siempre estuvo obsesionado con ser mi heredero y cuando naciste, enloqueció de celos y de rencor. Te vio como una competencia.

—No he convivido mucho con él, pero siento que es así.

—No, tú no sabes todo... Las cosas son peores de lo que imaginas. Quiso matarte cuando eras un bebé. Él te llevó hacia un charco en el patio de esta casa y te puso boca abajo cuando tus padres descansaban en una de las habitaciones al igual que todos los demás. Quiso ahogarte y casi lo consigue si no fuese por un mozo que pudo ver entre la copiosa lluvia como él te dejaba ahí.

El rostro de Cedric mostraba incredulidad, pero al ver la expresión seria en la cara de su tío, entendió que no estaba mintiendo ni exagerando.

—El mozo me contó todo y yo lo comuniqué a los demás. Sus padres lo castigaron y se lo llevaron. Después de eso no volvieron a coincidir en otros eventos que yo organicé. De hecho, no es bienvenido en mi casa. Sé que puedo solucionar las cosas dándole el título, pero no quiero que sea fácil. Deseo que todos se establezcan y busquen la felicidad. Mi consejo es que te cases con una mujer de buena clase social, quizá la sangre de la doncella con la que se casó mi hermano estaba contaminada por la codicia, pero tú eres sangre noble. Cambia tu vida y tendrás lo que mereces.

—Lo haré, tío. Lo lamento, he desaprovechado las oportunidades que me ha dado para ser un buen hombre. Buscaré algo decente que hacer y no volveré a delinquir. No lo prometo dándole falsas esperanzas, porque podría mentirle para quedar bien sabiendo que de todas maneras ganaré algo de esto.

—Él buscará hundirte, ten cuidado...

Capítulo 3

John Preston regresó a su residencia después de presenciar un desastre familiar. Los herederos eran una verdadera vergüenza, unos delincuentes de poca monta.

—¿Cómo te fue? —preguntó Martha que se acercó a darle un beso en los labios a su esposo.

—Fue una mañana divertida, querida. Presencié una verdadera masacre de parientes. Es una de las ventajas de este oficio. ¿En dónde están todos? Esta casa cada vez se siente más solitaria.

—Han crecido, ya no son unos niños ruidosos. Aún no tenemos más nietos para sentirnos como en casa. Recuerda que se nos están casando nuestras hijas y quizá en poco tiempo también nuestros hijos.

—Mi sueño era que todos se casaran bien y hasta ahora lo están logrando, pero la sensación no es la que esperaba. Imaginaba tranquilidad y ahorro, pero no silencio.

Camellia que estaba cerca, oyendo a sus padres, pensó en algo que les gustaría: un acto teatral.

—¡No encuentro mi listón verde! ¡¿Alguien lo ha visto?! —vociferó bajando las escaleras con su soberbia actuación.

—No te preocupes, querida, ve y compra otro. Martha, encárgate de eso. —John se acercó y le dio un beso en la frente a Camellia.

—Por supuesto, Camellia. Busca a Iris para que nos acompañe a buscar los listones que desean.

—¡Pero es uno de mis listones favoritos! —Ella fue hacia el sillón y recostó su figura en el respaldo como si fuese a derretirse y colocó una mano en su frente para aumentar su actuación.

—Todos son tus listones favoritos, hija... —dijo John que se acercó a consolarla.

—Alguien debió habérselo llevado. El gato de la propiedad de enfrente debe estar usándolo como si fuese juguete. Es un ladrón...

—No acuses falsamente a ese animal al que ni siquiera conocemos, querida. No he visto a ningún gato en esta casa, salvo el que vive en las caballerizas —replicó su madre.

—¡Oh, no me creen! ¡Pobre de mí! Mi vida es tan miserable...

La joven entrecerraba los ojos para fijarse en lo que hacían sus padres. Les encantaba resolver cualquier problema que tuviese. Estaba dándoles un poco de emoción a sus vidas.

Iris bajó las escaleras y observó a su hermana pegada como una mancha al sillón, suspirando dramáticamente. Sabía que Camellia era la reina de las exageraciones, pero esto era el colmo. Sus padres deberían darse cuenta de la manipulación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iris acercándose.

—Camellia perdió su listón verde y está destrozada —contó su madre que fue a acariciar el cabello de la jovencita

—Lo vi ayer y está en el cajón de listones. Si fuese más ordenada no tendría esos problemas...

—¿Viste mi listón? —curioseó Camellia fingiendo. Fue descubierta por su hermana—. Eso no es posible.

—Lo es, y puedo enseñarte en donde se encuentra.

—De todas maneras, vayan de compras. Tengo demasiadas bolsas de dinero que me sobran y me faltan niñas en qué gastarlas. Estaré en mi despacho... —anunció John que besó a Iris en la frente como lo hizo antes con Camellia.

—Debemos aprovechar esta oportunidad, jovencitas. Iris, quiero que puedas escoger más cosas para tus salidas en la temporada. Buscaremos cosas finas. Vuestro padre está siendo demasiado generoso con nosotras. Prepárense y vámonos, tienen unos minutos...

Las dos fueron escaleras arriba caminando una junto a la otra.

—Echaste a perder mi teatro, Camellia. Al menos conseguí salir a comprar cosas.

—¿Por qué estabas mintiendo?

—Porque nuestro padre siente nuestra ausencia. Él y nuestra madre están comenzando a sentirse solos y como los oí decir que extrañaban nuestros conflictos, decidí crear uno para darles un poco de felicidad y en qué pensar. Nuestra partida será dura para ellos, espero que no mueran por eso...

Eso que decía Camellia le había llegado al corazón. No quería que nada ocurriera con sus padres. Al pensar en dejarlos ahí sin su presencia, se sentía culpable por siquiera considerar casarse y ser feliz; sin embargo, ellos mismos alentaban a sus hijas para que se casaran. Era una situación ambigua, pero al menos debía intentar hacer como su hermana y darles alguna alegría con problemas que ellos consideraban importantes para resolver a favor de sus hijas.

—Por la tarde me encargaré. Inventaré algo sobre las ladillas de nuestros hermanos. Siempre hay algo para mantener la chispa intacta en esta casa. No podemos dejar que nuestros padres se sientan mal por perdernos. Debemos prometer que estaremos siempre aquí para ellos —declaró Iris con una sonrisa.

—Yo lo prometo y no dudo ni un minuto...

Las dos cogieron guantes y se colocaron zapatos más cómodos para salir. Martha las esperaba con amplias expectativas para hacer compras para las niñas. Ella sabía que se sentiría mal el día en que no podría comprarles nada porque sus esposos estarían pendientes de ellas. Sabía que pronto perdería a Iris y, pese a que no quería preocupar a nadie, acostumbraba a tener un duelo por cada una de las niñas que la dejaban. Pensaba en los años que habían vivido juntas y todo el amor que les dio al perder a sus padres y convertirse en la figura materna de cinco niñas y dos niños. La vida le otorgó un gran premio con ellos, pero a cambio de la supervivencia de otros.

—Vámonos, niñas, o no estaremos aquí para el almuerzo —dijo Martha con exasperación.

—Estamos listas, madre. ¿Tiene la bolsa? —inquirió Camellia.

—¡Oh, lo olvidé! Pero tengo dinero aquí, no se preocupen...

—Nuestro padre se enfadará si no vamos con el dinero que él propuso, madre. Iré a buscar la bolsa —musitó Iris que fue con prisa hacia el despacho.

La joven entró sin golpear y vio a su padre con un monóculo leyendo lo que había escrito.

—Tus modales... La señorita Bruster debió enseñarle eso a una pared, Iris —comentó John sin levantar la vista.

—¿Cómo sabía que era yo, padre?

—Cada una de ustedes tiene una forma de caminar distinta y cuando corren, se nota más la diferencia. Tus pies son pesados y suenan con fuerza. —Él abrió su cajón y sacó de ahí una bolsa—. Gasten como gusten, querida.

—Gracias, padre, así lo haremos y usted lo sabe. ¿En qué trabaja?

—En unas disposiciones testamentarias. Tengo una bolsa de gatos que domar y espero que ninguno termine arañándome. Ten cuidado, con quienes se acerquen a ti. Si alguien con apellido Harding se acerca, huye despavorida y no mires atrás.

—Ese es un excelente consejo. Trataré de recordarlo...

—Que tengas un buen día, Iris...

Después de que su hija se retirara, John Preston miró hacia la ventana y evaluó lo ocurrido en la casa del marqués de Richter. Si aquel moría estaría en sus manos decidir quién de ellos tendría el título. Sabía cuáles eran las disposiciones reales y él las llevaría a cabo cuando llegase el momento. Entendía lo que quería hacer aquel hombre con sus sobrinos, buscaba que ambos enderezaran su camino, mas en uno de ellos percibió la falta total de voluntad para actuar con rectitud o acatar las disposiciones del testamento.

***

Las tres mujeres partieron en el carruaje rumbo a la tienda para comprar los listones y otras cosas más que sin duda llevarían para no dejar ni una moneda en poder de ellas.

Martha se sentía plena en compañía de sus hijas, ajena a que estaban espiándolas del otro lado.

—Esas dos son las hijas del letrado, Cedric —contó Andrew que tenía los recursos suficientes para apoyar a su amigo en sus locuras

—¿Y quién de ellas es a la que tengo que conquistar esta temporada? Las dos son bonitas.

—La del vestido que tiene un listón azul. Ella es lady Iris Preston. Ciertamente, es hermosa, muy parecida a lady Primrose. Lo

bueno es que ni siquiera intentaste acercarte a la otra, porque el duque de Pemberton hubiese acabado con nosotros.

—Ni siquiera conocí a esa. Estaba confiando en tus gustos y, sin duda, no careces de él.

—Hago bien mis averiguaciones. No tengo mucho en qué perder tiempo y dinero, me sirve apoyarte.

—Prometo pagarlo cuando mi tío me dé el título. Algo en mi interior me dice que lo conseguiré de cualquier forma. ¿Crees que el letrado querrá que su hija solo sea la esposa de un hombre rico? Él querrá que se case con un marqués. Si logro conquistarla, no le quedará más remedio que fallar a mi favor sin importar lo que haga Benjamin. Además, no debemos olvidar que, siempre me ha gustado mucho saber sobre leyes y sé que el otro no tiene derecho porque su padre fue quien renunció al título y lo excluyó por ese motivo. En cambio, yo no he tenido ese problema. Si mi padre estuviese vivo, él lo heredaría y después me lo daría. Esto es un asunto simple. Ahora, si llegara a morir, el único heredero sería Benjamin.

—Ese hombre puede ser capaz de cualquier cosa con tal de sacarte del camino ahora que conoces que no era tan santo y merecedor de ningún dinero.

—Es tan sucio como yo, pero la diferencia es que yo sí quiero corregir mi camino y esta jovencita es la vía para hacerlo. Necesito asegurar todo y seré feliz. Por fin tendré paz financiera y no arriesgaré mi vida y ella tendrá un título, pienso tratarla como una marquesa. Es todo lo que desea cualquier mujer.

—Me alegra que pienses más allá de solo utilizarla para tu beneficio. Tenemos el mismo objetivo con una esposa.

—Es lo bueno de ser amigos, Andrew. No sé qué haría sin ti.

—A estas alturas estarías tras las rejas, amigo. Saber que no estás ahí es suficiente para compensarme.

Los dos siguieron observando a las damas. Estaban planeando cómo Cedric haría para enamorar a Iris y para lograrlo, primero debían conocerse de alguna manera y esa visita a la modista era la oportunidad perfecta.

Dentro de la tienda, Iris estaba tan metida en tocar telas y abusar de la generosidad de su padre, que había olvidado cualquier cosa que pudiese desconcentrarla de ese momento tan divertido y perfecto. Compró tres vestidos más, unos diez listones, tres pares de zapatos y dos sombreros. Camellia y Martha tampoco se quedaron atrás para esconder lo que llenaría sus expectativas. Las tres aprovechaban lo que había a la mano. La modista las conocía y hacía lo posible por venderles lo más caro, porque sabía que ellas siempre iban con mucho dinero, al igual que las otras jóvenes casadas.

Cuando terminaron las compras, el pobre cochero no daba abasto con todo lo que llevaba. Tuvo que hacer tres recogidas desde la tienda al carruaje y las damas también llevaban una parte de las cosas.

Mientras los cuatro batallaban dando ideas para llevar todo sin perder la comodidad del carruaje, Cedric se acercó a ellas, quería ser el salvador y tratar de congraciarse con aquellas.

—Disculpen que interrumpa, ¿necesitan ayuda? —preguntó para llamar la atención de las tres que cacareaban como si estuviesen en un gallinero.

Las tres se giraron hacia el hombre que las interrumpió. Su voz había sido fuerte, clara y varonil.

Martha primero se dio cuenta de que era un hombre atractivo con el cabello oscuro y los ojos color esmeralda. Estaba segura de que se había acercado a ellas por Iris o Camellia y ella sabía que debía conducir su atención hacia la que tenía la edad correcta para ser abordada.

—Oh, por supuesto, caballero. Tenemos un gran dilema con las compras... —comentó Martha cubriendo a Camellia con su cuerpo para que este le prestara toda su atención a Iris.

Detrás de ella, Camellia se movía de un lado al otro y se ponía de puntillas para poder ver al hombre que su madre le impedía que viese. Mientras tanto, Iris se fijó en el joven y se sonrojó. Su mirada era intensa y brillante, nunca había visto unos ojos más hermosos.

—No se preocupe, estamos resolviendo el asunto. Agradecemos su preocupación...

—Cedric Harding... —se presentó.

—Señor Harding... —continuó Iris—. Estamos resolviendo un pequeño inconveniente de espacio.

—Déjeme ayudarlas un segundo... —Él esperaba que ella le diera su nombre y pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de lo que aguardaba.

Capítulo 4

—Lady Iris Preston... —dijo desviando su mirada hacia las cajas que querían ubicar.

Cedric estudió meticulosamente el rostro de Iris y se sintió complacido y confiado en que esa podría ser una buena esposa por múltiples razones y no solo porque era la hija del hombre que le resultaba demasiado importante de un tiempo a esta parte, sino porque veía algo en ella aparte de su cabello rubio perfecto y sus ojos azules que eran desafiantes. Su interior le decía que su tío la aprobaría, porque la joven tenía cierto parecido de carácter con su esposa fallecida. La marquesa fue una mujer excepcional, siempre dura, aunque con el corazón más sensible en lo que respectaba a los demás. A él lo cuidó como si fuese su verdadera madre. Las respuestas que Iris le daba eran las que aquella hubiese dado. Esperaba que su tío no muriera antes de conocerla.

—Es un placer, milady... —Él cogió la mano de ella sin pedirle permiso y dejó un beso.

Iris abrió los ojos como platos. Estaba sorprendida por su atrevimiento, casi al punto de escandalizarse; sin embargo, al mirar a su madre, ella asintió con la cabeza, por lo que tuvo que sonreír de manera forzada. Se sentía incómoda, por cómo la abordó. No era lo que imaginaba, pues durante años creyó que todo sería en un salón de baile y que sería la excepción comparándola con sus hermanas. Quería conocer gente en los bailes, no en la calle, esto no era glamoroso, ella no se sentía así porque estaba con un vestido de paseo que no le hacía justicia y no lucía joyas importantes para impresionar.

—El placer es nuestro...

—Oh, señor, por favor. Nos ayudará más con las cajas que con un saludo —pronunció Camellia, que había sido quitada de la escena por su madre, no le gustaba que no le prestaran atención.

—¡Camellia! —exclamó su madre para corregirla.

—Disculpe, milady. Lamento tardar mucho saludando. Ahora mismo las ayudo.

El joven cogió las cajas y se puso a ordenarlas junto al cochero para que ocuparan la menor cantidad de espacio posible. Mientras lo hacía, no dejaba de mirar a Iris deseando que ella también lo hiciera, pero aquella lo evitaba. Eso no era bueno para sus planes.

Ella trataba de mirar hacia cualquier otro lugar y no a Cedric Harding. No era adecuado que lo observara como si fuese que él era un objeto, aunque era bastante atractivo y evitarlo era toda una odisea. Su madre y su hermana no perdieron el tiempo y estaban ahí, revoloteando a su alrededor como mariposas, diciendo lo bien que ordenaba. Sí, estaba haciendo un excelente trabajo, pero no era para ser zalameras.

Cuando Cedric terminó, se acercó a Iris.

—Las cosas están listas, milady.

—Estamos agradecidas. Madre, por favor, dele una propina al caballero —pidió Iris.

Esas palabras hicieron que Cedric frunciera el ceño. Lo de la propina sonaba muy humillante. Él no era cualquier persona y no le agradaba ser tratado como un pobre diablo, aunque lo fuese.

Su madre casi se desmaya al oírla decir eso. Ese hombre estaba bien vestido, no parecía ser un pordiosero.

—Iris... —habló su madre con reproche escondido en su tono.

—No hace falta que me den una propina, no la necesito. Soy un hombre rico —mintió—. No porque carezca de un título soy un miserable.

Las mejillas de Iris se tiñeron de rojo. Estaba avergonzada por lo que había hecho, mas su sentido de superioridad la hizo decir una tontería. Ofendió a un hombre y eso no debía ser así. Ella nunca se comportó de esa manera tan inadecuada.

—Por favor, disculpe la ofensa, señor Harding —pronunció Iris con timidez.

—La disculparé si promete una pieza de baile conmigo durante la temporada... —propuso Cedric. Él ya no le tenía miedo a nada, estaba curtido por la vida. Proponer algo así ni siquiera lo avergonzaba.

—¿Un baile? —preguntó con incredulidad. Ese hombre no solo tenía el atrevimiento de abordarla en compañía de su familia en plena calle, sino también tenía la osadía de poner condiciones.

Antes de que ella respondiera, Martha le tocó el brazo y le sonrió al joven.

—Por supuesto que sí, señor Harding. Iris estará encantada. Agradecemos su buena predisposición para ayudarnos con nuestras peripecias —musitó Martha con diplomacia—. Despídanse, niñas...

Tanto Iris como Camellia hicieron unas reverencias rápidas antes de entrar al carruaje.

—Que tengan buen día...

Él vio a las mujeres subiendo y notó que Iris le dedicaba una mirada desafiante. Al parecer su madre intervino antes de que dijera una tontería. Al menos consiguió la palabra de la mujer, lo que significaba que debían cumplir cuando llegase el momento y Cedric

se encargaría de cobrar esta deuda lo más pronto posible para que su tío la conociera.

En el carruaje, las tres mujeres iban en silencio hasta que Martha decidió que era suficiente.

—Estuviste a punto de darle una contestación indecente, Iris. Hablaré con la señorita Bruster para que repasen juntas lo que debes hacer cuando te interrumpen en la calle. Lo primero siempre es mantener la cordialidad, no eres una mujer del mercado, querida. Tus modales hablan por ti y por tu casa. ¿Qué dirán de nosotros? ¿Que somos padres persuasivos y negligentes? No quiero pensar en algo así, porque considero que tu padre y yo hemos hecho lo que estaba a nuestro alcance para convertirte en una mujer de bien.

—Es que era atrevido, madre... —se justificó Iris.

—No lo vi atrevido, me pareció muy amable y educado, Iris. Lo que creo que te ganó es mirarlo por encima del hombro porque sabes que no tiene título y tú quieres ser tan importante como nuestras hermanas. No te conformarás con alguien sin la cuna necesaria —aseguró Camellia que tenía en su mano un listón de color burdeos.

—Entiendo el punto que dice Camellia, Iris, y debo admitir que fui yo quien colocó ciertos estándares en ustedes; sin embargo, todo dependerá de cómo se sientan o si se enamoran de un hombre sin título o con pocos recursos. Lo único que quiero es que sean felices.

—Recuerdo a Lily cuando rechazaba a Matthew por no tener dinero. No quiero ser así, de hecho, era una de sus grandes detractoras, pero uno solo puede entender esto hasta que le ocurre. No estoy enamorada de este caballero porque acabo de conocerlo; sin embargo, que carezca de título solo hace que tenga menos oportunidades de que siquiera lo considere, pero en algo tiene razón, madre, debí ser más correcta y diplomática. Merezco un castigo por mi soberbia...

—Es comprensible. Tendrás tu castigo y ese será un repaso de modales, nunca está mal recordar sobre lo que uno necesita saber para progresar dentro de la sociedad. Debes aprender a ser tolerante con los que no son iguales a ti —alegó Martha.

Iris estaba resignada a recibir un buen tirón de orejas por inadaptada. Se le olvidaron los modales y eso era cierto. Tendría la oportunidad de disculparse, pues su madre comprometió un baile con ese hombre. Solo si tenía suerte, esa vergüenza quedaría sepultada bajo la figura del olvido.

Al llegar a la casa, Martha cumplió con lo que había dicho e hizo llamar a la señorita Bruster que cada vez tenía menos cosas que hacer en la casa y le habían dado más tiempo libre.

—Señorita Bruster... —pronunció Martha con tranquilidad—. Iris necesita una lección de al menos tres días para recordar sobre buenos modales y cortesía para personas sin títulos nobiliarios.

La señorita Bruster abrió los ojos con sorpresa. No lo hubiese creído de una de sus mejores aprendices. Iris era la niña más inteligente de todas, o quizá era la más avivada.

—Me encargaré, milady. Sígame, por favor, lady Iris. Tendremos una conversación larga...

Tendría cualquier cosa menos una conversación. Eso terminaría en una masacre y lo sabía.

La institutriz la llevó a la sala de estudios y lo primero que hizo fue señalar un rincón. Iris fue caminando hasta ahí y se quedó de pie.

—Cuénteme su fechoría, milady... —pidió cogiendo uno de los libros más pesados que tenían ahí, después otro más hasta completar cuatro.

—Fui altanera y grosera con un hombre que se acercó a ayudarnos. En mi defensa, él tomó mi mano y dejó un beso al dorso. Me pareció algo atrevido. Ese caballero era un tal señor Harding.

—Oh, un caballero ha tenido el terrible error de comportarse como lo que es: un caballero, y eso la llevó a preferir a un sinvergüenza. ¿Qué quería? ¿Que un hombre enmascarado la secuestrara a caballo a plena luz del día? Despierte de una vez...

La educadora cogió una de las sillas de madera maciza y la colocó junto a la joven. Subió en ella y comenzó a apilar los libros sobre su cabeza.

—No hay defensa para la falta de educación. La gente pensará que tiene una institutriz ineficiente y cada vez que una de ustedes vaya bien casada, mi oficio es más prestigioso. Tengo una duquesa en mi haber y usted no puede echar a perder esa gran victoria con una tontería como la de rebajarse a ser grosera. Una dama de alcurnia jamás lo hace. Se quedará una hora de pie intentando que no se le caigan esos libros y después los leerá. Ahí están los modales que debería respetar.

—¿No puedo liberarme de esto con una disculpa?

—Su disculpa no es sincera y, sobre todo, nunca debió pensar en darla, sino que debería haber pensado en las consecuencias de su pésima educación con un extraño que la ayudó. No digo que fuese incorrecta la sutileza mal disimulada para algún que otro caballero prepotente, pero era alguien con buenas intenciones.

—Lo sé, simplemente iré al infierno por haber olvidado mis modales.

—Ahora los repasará. Estamos a tiempo de corregir todo lo que esté mal con usted. No se preocupe, porque la temporada no ha empezado y eso es lo bueno.

Durante el resto de los días, Iris se durmió con un libro en las manos porque quería terminarlos todos antes de partir a casa de sus abuelos. Dimitry era el encargado de organizar el viaje que era cercano, no irían muy lejos, porque era a las afueras de Londres, podría decirse que en Surrey.

Tuvo que soportar largas jornadas no solo de lecturas, también de clases con la señorita Bruster como si fuese una niña tonta a la que le faltaba aprender mucho. Qué bajo había caído, ninguna de sus hermanas pasó por esa experiencia de repetición, solo ella por tonta. Todos los días pensaba en el señor Harding y no porque lo amara, era por otras razones y fue porque quizá se llevó una pésima impresión de la hija de un letrado. Por nada del mundo quería ensuciar el buen nombre de su padre con sus acciones. Esperaba que ninguno de sus clientes se lo comentara.

—¡Camellia, Iris! ¡Condenación! ¡Solo necesitamos que suban sus cuerpos al carruaje! —masculló Dimitry, molesto por el atraso.

—¿Qué te molesta? También son tus abuelos. ¿Tienes otra cosa que hacer? —increpó Iris que se colocaba los guantes en la entrada de la casa.

—Lo que le molesta es estar esperando aquí afuera por dos horas, mientras tú y la otra pequeña serpiente no hacen nada más que acicalarse como un gato en su cama —gruñó William que estaba dentro del carruaje, esperando. Él había preferido acomodarse.

—Estamos listas —anunció Camellia, sonriente.

Dimitry y William las miraron de pies a cabeza y se percataron de los accesorios que llevaban.

—No vamos a una cena, ni a un baile. Quítense eso. Hay salteadores de caminos por aquí. No necesitamos que nos roben cosas valiosas —espetó Dimitry—. No querrán perder esos diamantes...

Daisy y Charles estaban en la entrada de la casa para despedir a la familia. Daisy ya no estaba en condiciones de ir a un viaje así, por lo que solo pudo entregarles una carta para que le dieran a sus abuelos.

Iris y Camellia se quejaban en voz alta de que tenían que deshacerse de sus cosas y eso no les gustaba para nada, pero sabían que era por el bien de todos.

—Ustedes también deberían llevar un arma —comentó Charles para que sus cuñadas lo oyeran—. Si sus hermanos caen, ustedes son la última línea de defensa.

Capítulo 5

—No pondrás a mis hermanas a disparar. Para eso William y Dimitry son suficientes —declaró Daisy.

—Eso es si es solo un salteador o dos. No sabemos cuántos pueden ser y qué tan preparados están. Es una recomendación a unas damas, sabes que son sensibles y hombres de poca moral podrían hacer muchas cosas con ellas.

—Está bien, que alguien me dé una pistola —pidió Iris al oír a su cuñado. La convenció con su paranoia con justa causa.

—Yo también necesito una... —dijo Camellia que se convenció de la misma forma que Iris.

Lord Mulgrave les entregó armas como si fuesen obsequios comunes. Se sentía satisfecho al proteger a damas indefensas.

—No las usen contra sus hermanos, es para los hombres malos —habló como si ellas fuesen niñas de ocho años.

—Podríamos usarla contigo, ¿qué te parece? —cuestionó Iris con una sonrisa sardónica.

—Me parece peligroso, pero menos probable a que ustedes terminen disparándose mutuamente. —Charles se encogió de hombros.

Las damas terminaron subiendo y partieron entre los cuatro. La idea era que todos estuviesen seguros en caso de necesidad. Los varones no querían que ellas tuviesen inconvenientes durante la visita a los abuelos. Sabían que existían ciertos peligros. Últimamente, los robos se habían dado cada vez más cerca. El año pasado se habían salvado de uno en Durham, después de dejar a Primrose en casa de sus tíos. Ellos estaban preparados para

cualquier acontecimiento, en esa oportunidad solo dieron un disparo al aire, evitando que alguien pudiese atacarlos, pues avisaron que están armados.

Durante el trayecto, los tres hermanos de Iris se enfrascaron en la misión de avergonzarla por haber sido castigada. Ella se limitó a recordarle a cada uno de ellos sus defectos y también sus inconvenientes después de cada visita a un burdel de mala muerte. Los sirvientes estaban cansados de quemar ropas, sábanas, almohadas, mantas y todo lo que quedara contaminado para poder salvar algo. Eso siempre los callaba. Esperaba que al menos por vergüenza dejaran esas actividades que no los favorecían.

Durante el resto de la tarde, durmieron un poco. La noche había caído sobre ellos a pocas millas de distancia de la residencia de los abuelos y, de repente, el carruaje comenzó a balancearse de forma extraña. William separó la cortina de la ventanilla y observaba la oscuridad con seriedad.

—Nos asaltarán... —anunció sin preámbulos, buscando su arma con rapidez, mientras que Dimitry hacía lo mismo.

—¡No pueden estar hablando en serio! —espetó Iris, aterrada.

—Cállate o tendremos más problemas, debemos averiguar cuántos son. Agáchense y manténganse apartadas de las ventanillas —mandó Dimitry, serio.

Camellia lloriqueaba en silencio.

—Ni siquiera alcancé a conocer a un señor que quisiera bailar conmigo... —lamentó entre lágrimas.

—No es momento para eso. Prepara tu arma, es posible que la necesitemos —gruñó Iris, temblando. Quería intentar mantener una postura de seguridad, pero por dentro sentía que se desmoronaba.

—Me dispararé en el pie, Iris, me quedaré sin una extremidad...

Los hermanos no podían ponerse a despotricar, necesitaban el poco silencio que pudieran conseguir para tomar una ventaja.

Fuera del carruaje, Cedric estaba sobre el caballo y uno de sus sirvientes le hacía compañía, no para hacer algo, sino para sumar personas para asustar. Reducir al cochero fue una tarea sencilla, solo le quedaba abrir la portezuela y lo haría con mucho cuidado. Al hacerlo, uno de los que estaba ahí se arrojó sobre él como una fiera. Eso lo tomó desprevenido. Por lo general encontraba gente sentada, temblando, pero no, en esa ocasión se encontró con un verdadero felino.

Dimitry salió corriendo después de que William saliera volando del carruaje. Olvidó su arma y prefirió enfrascarse en una pelea que le permitiera ganar, mientras que él cazó al otro secuaz que parecía muy asustado.

Iris no pudo quedarse junto a Camellia que tenía los dientes castañeteando de miedo, salió del coche y vio a Dimitry desarmando a uno de ellos y a William golpeando al otro como si no hubiese mañana. Con el arma temblando en las manos, ella se acercó.

—¡Suelte a mi hermano! —exclamó con determinación, pese a que William estaba ganando esa pelea.

—¡Está bien! —espetó con la voz enfadada de Cedric, era evidente que este robo fue un verdadero fracaso, no valía la pena seguir.

—Dame tu arma, Iris... —mandó William que apenas podía distinguir algo en la penumbra.

—Toma... —respondió ella temblorosa.

¿Iris? Cuando él escuchó ese nombre y la voz, sabía que había tomado la peor decisión: asaltar el carruaje de su futura esposa. Rendido y avergonzado terminó siendo manoseado por el hermano de la joven, este le quitó cualquier arma y también a su sirviente.

—No volverás a delinquir en un buen tiempo... Lárgate —ordenó William para que pudieran continuar su camino.

—¿Lo dejarás ir después de aterrorizar a tus hermanas? —cuestionó Iris.

—Estamos cansados y sin ánimos de más peleas. Deja que estos pobres diablos se vayan —pidió Dimitry.

—Espero que no vuelvan a robar, caballeros —masculló Iris para regresar al carruaje.

William y Dimitry empujaron a Cedric y a su sirviente hacia la oscuridad. Él no podía creer que esa mujer lo hubiese humillado dos veces en un día. Su futura esposa era lo que un artista consideraría como un público difícil. En esta ocasión ni siquiera le había visto la cara y de todas formas lo aplastó como si fuese una cucaracha.

—Tuvimos suerte de que no tuviesen paciencia, señor Harding. Porque si la hubiesen tenido, estaría en el carruaje rumbo al pueblo para entregarlo a las autoridades.

—Sí, lo sé. Vamos a la posada en donde está Andrew...

A él le dolía la cara, el estómago y los puños por defenderse. No sabía en qué condiciones se encontraba, pues no podía verse por la oscuridad. Solo la luz de la luna era la que indicaba su camino. Al golpear en la puerta de la habitación de su amigo, este lo vio y casi saltó del susto.

—Dios mío, ¿qué te pasó, Cedric?

—Caricias por parte de mi futura familia. Solo a mí se me ocurre asaltar el carruaje de los Preston.

—Tienes pésimas ideas. Cuéntame... —Andrew se hizo a un lado para dejar pasar a Cedric.

—No puedo ver en la oscuridad. Un carruaje durante la noche es un carruaje, no me pongo exquisito cuando no me sobra para pagar la renta y mantener un estilo de vida. Necesitaba el dinero para la ropa, no puedo presentarme frente a lady Iris como lo que soy: un hombre que no tiene dinero para nada. Las apariencias me salvarán hasta que el título o la herencia sean liberados, pero ahora no tengo nada, ni un arma para seguir trabajando.

—Eso no era un trabajo, quédate conmigo y yo me haré cargo de tus gastos. No queremos que termines muerto por estúpido y más aún cuando pronto serás rico. Es seguro que tendrás dinero y ya no tendrás que preocuparte por nada. Lo mejor que podemos hacer es esperar que las cosas caigan por su peso, es decir, que tu tío muera y dejemos la incertidumbre de lado.

—No quiero que muera. Es el único ser decente que me acogió cuando murieron mis padres. Hizo lo mejor que pudo conmigo, me dio más de lo que yo merecía. No tengo resentimiento contra él, aunque sí quisiera que el título se quedara conmigo. Benjamin rechazó el título y yo lo quiero, eso significa que él estaría por debajo de mí en lo que respecta a una línea sucesoria.

—El letrado es quien tomará esa decisión.

—Por eso la familia Preston es lo que necesito para asegurar mi lugar como heredero. Convenzo a mi tío y al letrado. Asunto arreglado.

—A quien debes convencer es a esa joven a la que le caes mal por ser un señor. Si la quieres conseguir tienes dos opciones: la conquistas o la raptas.

—Si la rapto, perdería el título y me quedaría con el dinero y las propiedades, pero jamás sería más que un hombre adinerado, ni alguien importante.

—Escucha, has vivido como delincuente durante años, ¿no crees que es mejor ser un hombre con dinero y reputación? Considero que deberías poner eso en una balanza, mejor pájaro en mano que ciento volando, amigo. No es despreciable lo que tendrás. Eso será suficiente para una buena vida con una mujer de verdad.

—Lady Iris no es una mujer cualquiera, es una dama sagaz, un verdadero reto.

—Creo que tú no estás para esos retos.

—No, pero le ofreceré un trato si no logra enamorarse de mí.

—Si no estás seguro de ser el marqués, lo mejor que puedes hacer es guardar silencio y no ofrecer nada que no puedas entregar.

—Eres demasiado correcto para darme consejos.

—Soy la voz de tu conciencia perezosa y apenas existente. Casi siempre tengo razón, esta dama te dará muchos dolores de cabeza porque no es tan sencillo como piensas. Solo por hacer conocido a lady Primrose, te diré que no son fáciles de conquistar ni con todo el encanto del mundo, ya ves, prefirió casarse con un ogro que fijarse en mí.

—Confío en mi atractivo para que esa dama pose sus ojos en mí, solo se resiste porque es inmadura. —Cedric cogió uno de los cigarros de la mesita que había en la habitación de la posada.

***

Después del susto del salteador de caminos, los cuatro llegaron a la casa. Golpearon la puerta y el sirviente, Jonathan, abrió.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó el hombre dejándolos pasar con presteza—. Pasen, por favor. Ahora mismo colocaremos sus cosas en las habitaciones de invitados. Avisaré a milord y milady.

El sirviente estaba más emocionado que cualquiera, sabía que esa visita sería como devolverles la vida a sus abuelos. Otros empleados de la residencia comenzaron a bajar las cosas y llevarlos a las habitaciones. Lord Agrile bajó las escaleras a paso lento, sujetándose con fuerza.

—¡Mis nietas hermosas! —exclamó al verlas. Abrió sus brazos y ellas corrieron hacia él.

—Lo extrañamos, abuelo —declaró Camellia que se abrazó al hombre con más fuerza después de lo que había pasado tiempo atrás.

—Aquí también las extrañamos mucho. No hemos podido ir a la ciudad porque la abuela está indispuesta. Esperamos que pronto se reponga y podamos regresar a visitarlas. Ella aún no se ha dormido. Pasen a verla, niñas.

Las dos subieron con rapidez escaleras arriba, mientras el caballero se quedaba con los jóvenes.

Dimitry también abrazó a su abuelo, a quien recordaba desde pequeño.

—Abuelo...

—¿Cómo estás, mi querido nieto?

—Después de pasar por el pequeño infierno de un intento de robo en el camino, estamos bien.

—¿Qué te ha pasado, William? Tienes un ojo hinchado. Ven aquí que te curaremos eso —dijo lord Agrile que le acercó a recibir al primo de sus nietos. Él también lo veía como si fuese uno de ellos, incluso a Dimitry, por más que no fuese hijo de su hija, lo vio desde que era un bebé y a sus ojos aquel siempre sería su nieto.

—Me peleé con el salteador, lord Agrile. Debía hacerlo por todos nosotros. No quería que hicieran daño a nuestras hermanas.

—Es lo que hace un hombre por las mujeres de su familia. Estoy orgulloso de ti. Vengan conmigo, la abuela estará feliz de verlos.

Aquellos los acompañaron hasta la planta alta. Al llegar a la habitación de la condesa de Agrile, abrieron la puerta. Iris estaba al lado derecho de la mujer mayor, mientras que Camellia permanecía a la izquierda.

—Le dije al abuelo que no necesito tantos cuidados, debimos ir a tu cumpleaños, Iris.

—Es por su salud, abuela. No quiero que le ocurra nada. Debe estar lista para cuando contraiga matrimonio.

—Eso será pronto, se casará con un señor al que conoció hace unos días —comentó Camellia con indiscreción.

—¡No digas esas tonterías! Matarás a la abuela y de paso a mí con lo que dices.

Las dos hermanas comenzaron a vociferar, mientras lady Agrile intentaba mediar en el conflicto.

—¡Jovencitas! —gruñó el abuelo—. No vinieron a empujar a su abuela a la tumba. Si tienen algo que reprocharse, lo harán después. Este momento es para saludarla.

Capítulo 6

Las hermanas se calmaron y pudieron continuar conversando con la abuela, mientras que Jonathan se encargaba de que se preparara algo para que cenaran los recién llegados a la casa.

Ellas contaron la terrible experiencia que sufrieron. Camellia explicó que estuvo aterrorizada sin moverse del carruaje, esta se consideraba demasiado sensible para ese tipo de emociones, mientras que Iris prefirió decir que cogió valor y fue a ayudar a sus hermanas. En ese aspecto era muy parecida a Primrose que siempre se destacaba por su determinación y entereza, pese a que eran primas, convivir por años las convirtió en hermanas verdaderas hasta en las mañas. La sangre Preston que corría por la mitad de cada una de ellas, era demasiado poderosa.

—¡Oh, mis pobres niñas! ¡Y mis valientes caballeros! Ustedes sí que saben cómo cuidar de una dama. Espero que sean caballeros tan increíblemente adorables con sus futuras esposas. Cuando las conozca, les contaré esta hazaña... —alegó lady Agrile.

—Casarnos no está en discusión aún, abuela. William y yo tenemos mucho que experimentar para sentirnos listos para ese momento —dijo Dimitry con una sonrisa.

—Nosotras sabemos la razón por la que estos dos no quieren casarse con nadie todavía. Les gusta ser comida de ciertos parásitos —comentó Iris con burla—. Si fuese Jonathan, le prendería fuego a esta casa después de que nos vayamos.

—¿Puedes guardar silencio? Nos contagiamos en una posada y no haciendo otras cosas —espetó William, molesto.

—No discutan con las damas. Solo un caballero sabe de dónde vienen... —musitó lord Agrile entendiendo lo que sucedía. Su hermana quería hundir en la vergüenza a sus hermanos y no faltaba

mucho para que eso ocurriera. Solo le quedaba salvar la honorabilidad de aquellos dos.

El conde se llevó a los jóvenes al salón para conversar con ellos, mientras que las mujeres se quedaron con la abuela, eso era lo mejor para evitar chistes desagradables.

—Lo mejor es que no caigan en provocaciones de ellas, tienen todas las de ganar y ustedes las de perder —dijo el conde—. No deben dejar que vuestra dignidad sea pisoteada, lo mejor es retirarse en silencio y con gracia, sin admitir nada. Ustedes y yo sabemos de dónde vienen las ladillas y es mejor callarse al respecto.

—Es que ellas no han dejado de contárselo a los cuatro vientos. Faltó que se lo dijera al salteador para que nuestra vergüenza fuese mayor. Nos hubiésemos dejado matar si así hubiese sido —habló Dimitry.

—Son jovencitas casaderas que solo quieren llamar la atención. Tú recuerdas cómo era mi hija, una joven con mucho espíritu combativo, si la vida le hubiese dado más tiempo estaría hablando de mis ladillas.

Los dos sonrieron ante lo que decía el conde, aquel era un hombre cariñoso y pacífico, que dejaba a su esposa hacer y deshacer a su antojo, aunque cuando se requería de un poco de autoridad, siempre tomaba la delantera para resolver los problemas.

Después de al menos una hora, Jonathan avisó que la cena estaba servida y que pasaran al comedor. Los varones fueron ahí, aunque el conde no comería, porque había cenado en la habitación de su esposa antes de que ellos llegaran.

Cuando el sirviente fue a la habitación de la condesa, vio a las tres mirando las joyas del joyero.

—Disculpen la interrupción, pero quería comunicar que la cena está lista. Las damas pueden pasar al comedor, menos usted, lady Agrile.

—Eso es tan cruel de tu parte, Jonathan. Sírveme una copa de vino para descansar. Mañana estaré hablando mucho con las visitas.

—No se canse mucho, milady, no le hace bien a su salud.

—No me cuiden tanto, el alcohol me hará vivir más tiempo, aunque ya esté aburrida de esto.

—Abuela, apenas venimos a visitarlos y ya quiere morirse. Esto no es gracioso, debería pensar en sus nietos y su bisnieto en camino. Todavía hay mucho por lo cual vivir —comentó Iris que se entristecía al escuchar lo que decía la dama.

—Es que no estoy feliz de estar en la cama, quizá a la edad de ustedes estaría contenta, pero extraño cuidar mi jardín e ir a verlas a Londres.

—Pronto podrá hacerlo de nuevo, aunque no sé si una copa de vino antes de dormir sea lo ideal para que continúe más tiempo en este mundo —alegó Camellia.

—Desde que tenía dieciocho años bebo vino o ginebra por la noche. Nadie puede decirme que no lo haga, ni siquiera un médico.

—Le serviré, milady, mientras sus nietas van al comedor.

—Que tenga una buena noche, abuela —se despidieron las dos al unísono antes de salir de la habitación.

Iris y Camellia se miraron y eso solo significaba una cosa: quién llegaba primero al comedor. Las dos corrieron con presteza empujándose en el corredor para que la otra perdiera el equilibrio. Cuando llegaron hasta ahí, las dos estaban agitadas y ninguna había ganado.

—Esos juegos son peligrosos —masculló William, molesto—. Si se rompen un diente, no tendrán esposo. Nadie quiere una esposa incompleta y a la que no puedan presentar en un baile o que sea capaz de organizar uno para sonreírle a los amigos y socios de su cónyuge.

—No hicimos nada malo, solo queríamos jugar —se excusó Camellia.

—William tiene razón. Deberían cuidarse más si quieren ir casadas, y más tú, Iris, esta será tu temporada —espetó su abuelo.

—Sí, y hasta ahora no he empezado. Espero que esté llena de talentos masculinos, pues piden mucho para que una dama se case. El hombre debería mostrar lo que sabe hacer o al menos arrojar una bolsa de dinero para demostrar su riqueza que puede ser lo único atractivo que siempre ofrecen. ¿Dónde queda la inteligencia? ¿Para otros hombres? Pero si no quieren atraer caballeros, sino que quieren una esposa —masculló Iris que se sentó con gracia antes de acomodar su servilleta en el regazo.

—No son los mismos requisitos para cada uno, una mujer no escoge, un hombre sí, por lo que las damas son quienes deben demostrar su valía ante un varón para ser elegidas.

—Tal vez tengas razón, pero deberían mostrar más talentos. Un caballero busca una mujer inteligente que organice eventos en donde él pueda lucir su vida lujosa, pero no existe algo bueno para una dama que no ha visto una sola habilidad decente que diga que será un buen esposo —siguió Iris.

—Querida, te equivocas en algunas partes. Para un caballero, una esposa es lo más importante y representativo, es la identidad de un hombre. Si ella se ve mal, las cosas no van bien, si luce esplendorosa, es porque todo es perfecto. Una dama es el reflejo de su esposo, ella es el talento de su marido —declaró el conde—. Tú demuestras lo que sabes para complementar las habilidades y el

dinero de tu pareja. Cuando tu abuela y yo nos casamos, ella sabía tocar el violín como nadie, era el talento de la temporada y yo, un simple heredero de un condado con habilidades en idiomas, negocios y caballos. Una vez que logré que me viera, la escogí, aunque debo admitir que me escogió primero después de hacer muchos esfuerzos para eso. Tenía tantos pretendientes que pensé que ni siquiera se voltearía a verme. Me instalé en una guerra con duques y marqueses por su corazón. Me complementó la vida...

—No es justo, abuelo. Usted es maravilloso, en cambio, los hombres que están afuera no solo carecen de talentos, algunos también de un buen estatus que ofrecer. Todavía no era conde y ya consiguió esposa. Mi madre ha comprometido un baile con un tal señor Harding que me mira como si fuese una perdiz que cayó del cielo.

—Iris, no te asustes. El primer hombre que conozcas no necesariamente será tu esposo. Ten calma, si él no te gusta y hay otros candidatos, no debes temer —dijo el conde.

—Ese señor era atractivo, tenía unos preciosos ojos verdes como las esmeraldas de la abuela. Vi que Iris lo miraba de reojo. Se veía fuerte y atlético —confesó Camellia con una gran sonrisa.

—¡No es cierto! ¿Por qué te empeñas en eso? —increpó Iris, enfadada.

—Porque disfruto molestando, así como hablamos de los parásitos que persiguen a nuestros hermanos, podríamos hablar de los tuyos. —Camellia se encogió de hombros y comenzó a darle un sorbo a su sopa de tomates.

Los hermanos de ellas y el abuelo se reían de lo que acababa de decir Camellia. A Iris no le hacía mucha gracia, porque tenía un presentimiento con ese hombre al que conocieron días atrás. Tenía un aura extraña, como si estuviese buscándola, que nada de lo que él hiciera sería espontáneo.

Mientras estaba pensando en eso, William colocó un arma sobre la mesa.

—Quería mostrarle el botín, lord Agrile. Esto es lo que logré sacarle al salteador... —contó William inflando el pecho.

El conde cogió eso en la mano y leyó la inscripción.

—S. C. H. ¿Estas serán las iniciales del delincuente o crees que es un arma robada?

—Es un arma muy fina, de una de las tiendas más conocidas de Londres, lo más probable es que fuese robada —consideró William.

—Aunque todos sabemos que los salteadores venden todo lo que consiguen. Estas armas personalizadas no las puede volver a vender, salvo que rasparan las iniciales. Quizá le pertenezca, lo que nos lleva a la conclusión de que un caballero es el ladrón, alguien que baila en los salones y convive con la buena sociedad... —pronunció Dimitry que tenía un par de teorías más en la cabeza.

—No sabemos si el arma podría ser de alguien en los círculos sociales. Tendríamos que averiguarlo a principios de la temporada —dijo William, pensativo.

—Si pasara eso tendrían que pisar un salón y eso podría considerar la entrada oficial al mercado matrimonial para los dos. Un conde y un duque son como bocadillos para algunas damas, al menos es lo que dice la señorita Bruster, aunque si ustedes son el entremés, las compadezco. Lo bueno es que sirven para defender. Hablaré bien de mis queridos hermanos... —declaró Iris con una sonrisa.

—Ni pensar en ponernos en la vitrina social, no podríamos hacer lo que deseamos. William y yo amamos nuestra libertad. Todavía somos jóvenes para pensar en el matrimonio.

—Tal vez lo que deberían hacer es dedicarse a sus libros. Deben hacer la contabilidad o dejarme a mí que lo haga por ustedes. Si no hago algo me aburriré mortalmente y ustedes saben que cuando me aburro hablo más de lo debido —aclaró Iris.

—Sí, lo sabemos. Cuando regresemos a casa podríamos hacer eso, necesito delegar algunas actividades a una persona con tus agallas —mencionó William para zanjar el asunto. Era cierto que tanto ella como Primrose eran buenas en el aspecto contable, pero no quería aprovecharse. A su otra hermana ya no podía pedirle nada, ya que está persiguiendo al duque para quitarle trabajo y, pese a que aceptó a regañadientes, siempre la echaba de su despacho porque lo criticaba y él era incapaz de aceptar una crítica. No sabía qué otros personajes llevarían sus hermanas para integrarlos a la familia. El único que parecía más normal era Matthew.

Al terminar la cena, el abuelo acompañó a todos hasta sus habitaciones y después fue a dormir junto a su esposa, porque con los años se le hacía más difícil dejarla sola.

Iris se recostó en la cama que siempre olía a infancia, solo faltaba el aroma de lavanda que solía colocar su abuela en las largas temporadas que se quedaban para compartir con ellos. Sus padres nunca fueron egoístas o se negaron a compartirlos con sus otros parientes. Tanto ella como sus hermanos conocían varias casas y familiares que, pese a que no llevaban su sangre, los recibían como si fueran familia, al vivir como hermanos, todos los trataban así.

Una vez que se acomodó, repasó la noche y el susto. Debería haber ayudado más, pero no sabía cómo, era alguien sin habilidades para defender y defenderse. Su familia nunca lo creyó conveniente porque era una dama; sin embargo, se dio cuenta de que necesitaba esos conocimientos.

Capítulo 7

Por la mañana, lady Agrile pidió estar presente durante el desayuno, por lo que varios sirvientes tuvieron que ayudarla a bajar en sus brazos para hacerla sentar en una de las sillas del comedor. El mismo conde estaba sorprendido al verla ahí.

—¿Por qué estás aquí abajo? —cuestionó su esposo ante la atenta mirada de sus nietos que la observaban como si estuviese demente.

—Buen día para ti también, querido. Tus modales no mejoraron con los años, ¿no es así? Bajo porque quiero y porque puedo, para eso tenemos sirvientes fuertes y amables. No pienso quedarme en la cama con todas estas visitas en la casa.

—Abuela, usted está enferma y…

—¿Tú también tienes las mismas mañas que tu abuelo, Iris? Aparte de no saludar, criticas las decisiones de los adultos.

La joven bajó la mirada, avergonzada. Después de eso nadie se atrevió a querer enviarla de vuelta a su habitación. Ella sabía que la visita de esas personas sería corta y deseaba aprovechar cada minuto que le concedieran para poder ser feliz, no sabía cuándo dejaría de respirar.

Mientras todos en la residencia disfrutaban y respetaban a la abuela, Cedric en compañía de su amigo, Andrew, regresaron a Londres. El rostro magullado le impidió dormir, igual que los golpes en el estómago y las costillas, y el dolor sordo del puño con el que devolvió algún ataque. No pudo hacer mucho porque el pañuelo le había tapado parte de la cara.

—Esta será tu habitación en casa. Te quedarás aquí hasta que salga el asunto de la herencia. No importa si tu tío se muere mañana

o dentro de dos años, permanecerás aquí, a salvo de tus tonterías delincuenciales.

—Me criticas como si no supiese nada…

—Preferiste la vida rápida antes que seguir el camino para el que estudiaste. ¿No has pensado que podrías pedirle a John Preston que te ayude a ser un letrado como él? Cuentas con los conocimientos necesarios.

—¿Piensas que un hombre importante como él tendría tiempo para un delincuente que quiere ser letrado? Lo dudo mucho. Como mucho me percibe como estiércol molesto pegado a sus botas. Lo único que me consuela es saber que Benjamin no está mejor que yo en cuanto percepción. Aquí solo será cuestión de escoger entre el menor de los males y considerar al azar quién no vaciará las arcas primero.

—No pierdes nada con probar y acercarte. Te daré todos mis libros para que repases tus conocimientos y puedas hacerle alguna conversación inteligente. Si lo conquistas a él, llegas más rápido a la hija, si para heredar el título con la bendición de tu tío necesitas casarte, el camino no es robar a nadie, sino convencerlos de que eres lo mejor. Si el letrado ve tus intenciones de ser un buen samaritano, tus posibilidades de obtener dinero, perdón y visto, mejoran considerablemente.

—Tienes razón en eso. Lamento no haber aprovechado mejor mis estudios. Si ejercía como depositario de la fe de las personas lo más probable hubiese sido que mi tío me viera como su único heredero. Fui un verdadero tonto, pero quedé deslumbrado con la vida de otros que, por supuesto, no tenían mis problemas, llámese a eso la falta de título. Vengo de una familia noble, pero sin recursos, es muy triste todo lo que desperdicié, al menos ahora tengo posibilidades de alcanzar mis objetivos y, como tú dices, si soy más inteligente, conseguiré más cosas.

—Entonces dile adiós a la vida de delincuencia y mujeres que llevabas. No más peligro.

—Oye, sin ti estaría peor de lo que estoy.

—Debiste hacerme caso desde un principio. Esta noche te invitaré a un lugar especial por haberte decidido a cambiar realmente.

—¿Crees que es conveniente ir con esta cara? Parece que me atropelló una diligencia.

—Puedes usar de excusa para esos moretones una pelea por faldas. Es algo común, nadie podrá decir que eres un delincuente, salvo que alguien comience a gritarlo a los cuatro vientos.

—Si eso llegara a pasar, sería una cuestión de minutos para que desapareciera del mapa londinense, nadie me abrirá las puertas. Solo por ser el sobrino del marqués todavía sigo teniendo algún que otro privilegio.

—No creo que tu primo se atreva a algo semejante, porque si lo hace, sus sinvergüenzadas saldrán a la luz. No me quedaré callado viendo cómo te humillan, tú puedes hacerlo solo, con mi apoyo.

Él aceptó el ofrecimiento para ir. No podía mentir, la idea de Andrew le parecía entusiasta y hacía que pudiese pensar en conseguir sus objetivos. Ser el aprendiz de un hombre que se dedicaba a las leyes, siendo Cedric alguien a quien siempre le habían gustado eso, le indicaba que era el principio de su redención, solo temía que su reputación no le ayudara. Si la gente sabía que él había asaltado a todos los visitantes, no se vería bien, con tal de que el único que lo supiese fuera el letrado, ya estaba conforme. Benjamin era el único capaz de delatarlo, aunque con el peligro de serlo también. En este juego, los dos podrían salir perdiendo.

Mientras pasaban los días, Cedric aprovechaba para visitar a su tío como siempre lo había hecho cada vez que no estaba haciendo

sus fechorías.

—Cedric… —pronunció el marqués desde la cama.

Su sobrino dejó de lado el libro y se acercó a su lecho.

—¿Está bien, tío?

—Sí, estoy cansado. Te vi leyendo, ¿estás informándote sobre tus derechos hereditarios?

—No. Andrew me persuadió para que volviese a repasar las leyes para intentar ejercerlas en algún momento. He pensado pedirle a John Preston que sea mi mentor.

—Ese jovencito debió ser mi hijo, es lo que me hubiese gustado tener aquí, un hombre juicioso.

—Lo sé, pero lo único que tiene son puros ladrones, tío. Quizá Dios no le dio hijos por eso, porque tal vez sería como Benjamin y yo.

—Es cierto; sin embargo, ¿crees que la gente confiará en un ladrón?

—¿Cuántos saben que fui un ladrón?

—No importa la cantidad, sino el peligro de que una sola persona malintencionada lo sepa.

—Una vez, en una taberna, escuché a un hombre decir que un idiota es más peligroso que cinco hombres inteligentes, porque el idiota jamás se detiene, no conoce límites ni consecuencias.

—Ese hombre, quizá estuviese en su sano juicio, puesto que tenía razón. Uno debe cuidarse más de la familia que de los enemigos, la sangre es más peligrosa que un desconocido.

—Andrew cree que Benjamin hará algo malo.

—Ese joven debe hacer adivinación, porque no está lejos de tener razón con eso. Si lo escuchaste, él no razona y eso lo convierte en una señal de alerta ambulante. No te fíes de sus tratos, de sus palabras, fíate de sus obras, que mostrarán quién es en realidad.

—No soy nadie para juzgarlo, pero si a hierro quiere matarme, a hierro también lo enfrentaré.

—No porque te dé este consejo te considero mi heredero, Cedric, pero veo más cosas buenas en ti, que en él.

—Lo sé, créame que después de esta colección de moretones, lo que me gustaría es no volver a ser golpeado. Fue una tontería hacerlo.

—¿A quiénes asaltaste?

—No quiero decirlo, tío.

—¿Era un político con sirvientes armados?

—No, eran dos nobles con sus hermanas en un carruaje. Eran los hijos del letrado.

El marqués negó. Su sobrino era un verdadero cabeza de alcornoque.

—¿Piensas pedirle el favor a mi letrado que te enseñe lo que sabe después de lo que hiciste?

—No lo sabía hasta que escuché a su hija. Milady tiene una preciosa voz, la conocí cuando la vi con su madre y su hermana intentando meter sus compras en el carruaje, es una dama hermosa. —Sonrió.

—Está lejos de tu alcance… —declaró su tío viendo que aquel tenía algo en la mirada al referirse a la joven.

—Lo sé, puedo aspirar a muchas cosas, pero ella está fuera de mi rango. Quizá si usted dijera que seré su heredero, milady voltee a mirarme.

Pese a su condición, el marqués comenzó a reír como si le hubieran contado un chiste, uno demasiado bueno para desafiar a la muerte con una risa.

—Bien jugado, jovencito. Lo que tienes son agallas y no tonterías. Si muestras lo que tienes, tal vez el letrado decida que tú mereces ser el próximo marqués, es probable que no pueda declararte yo mismo; sin embargo, su hija, la herencia y un oficio son apuestas muy fuertes y tú no estás lo suficientemente curtido por la vida para luchar por eso.

—Era solo una idea, tío, es posible que jamás se materialice.

—Cuando usas la palabra posible con jamás, es porque lo imposible no existe.

Esa conversación con su tío fue la más extraña y reveladora que tuvo en su vida, porque de cierta forma lo alentó a correr riesgos para conseguir sus objetivos, pero le hizo saber que no estaba listo y que era probable que fuese demasiado ambicioso para resultar.

***

Semanas después, la temporada social estaba a punto de comenzar y Iris estaba trepando por las paredes como una araña a causa de los nervios. Ya hacía tiempo que regresaron de la casa de sus abuelos y ella prometió escribirle cartas a su abuela para contarle sobre su experiencia en los salones. Sus repasos en los modales con la señorita Bruster no fueron tan malos como imaginó, pues le hicieron recordar cosas que había olvidado después de tantos años.

Su abuela también le había dado joyas que quería que tuviese. Un collar de diamantes y una pulsera del mismo material. Camellia

casi murió de la envidia, pero para calmarla, la mujer mayor le dijo que tendría las propias cuando le llegara el momento y eso pareció calmar a la fiera, al menos por un momento.

—¿Cómo te sientes? Mañana será tu primer día en un salón con pretendientes volando a tu alrededor como moscas en la carroña o buitres, depende del tamaño —alegó Camellia que peinaba a su hermana después de la cena.

—Preferiría pensar en algo más agradable que eso. Me siento como una verdadera carroña cuando en realidad seré una joven que espera resaltar entre varias. Lástima que Primrose se casó con el primer hombre que encontró.

—Puedes decir cualquier cosa mala de nuestro cuñado nuevo, pero es un duque.

—Eso es suerte, quizá hasta un pacto con alguna entidad desconocida. ¿Crees que tendré esa misma suerte?

—No sé, no tengo idea de si hay duques ofreciéndose en un salón, tú me dirás, aunque no debes olvidar que tienes un baile pendiente con el señor Harding.

El señor Harding... No había pensado en ese hombre durante varios días, solo lo recordaba cuando la señorita Bruster la llamaba grosera por haber sido poco educada, en otros términos, lo discriminó por falta de un título, ni siquiera sabía a qué se dedicaba, debía admitir que su actuación fue funesta y merecía ser defenestrada.

—Tendré que ser amable y disculparme. Entendí mi error y es cierto que un baile no significa amor o compromiso.

—Eres una víbora codiciosa que se esconde detrás de una falsa disculpa. Para ti es lo que es: un pobre diablo que no puede llegar a tus talones. Recuerda que lo importante es el amor.

—El amor a las joyas, la buena vida y otras cosas, ¿verdad? Es lo que cualquier dama desea y no soy la excepción. Quiero tener un esposo que me ame y al que yo pueda corresponderle, pero él debe darme como mínimo lo que recibo aquí y eso es mucho. Recibimos dinero todas las semanas porque nuestro padre es un derrochador que no puede ver a sus hijas como criaturas indefensas. No me culpes por ser una mujer normal. Si no conozco gente sin dinero, no me quedaré sin él, ¿entiendes? Esta mansión y todo no se sostiene solo con afecto, se necesita dinero. El hombre provee y la mujer convierte eso en un hogar y no pienso cambiar de opinión. No me siento mal por querer algo bueno, no creo que sea justo demonizarme por mis creencias por más equivocadas que puedan estar.

Capítulo 8

Cuando llegó el momento de prepararse para su primera noche frente a un salón lleno de gente y con mucha competencia alrededor, Iris lo hizo con las joyas que le dio su abuela y con los aretes de diamante amarillo que le dio Matthew. Su cabello tenía un lazo y unas flores que la adornaban.

La imagen que el espejo le devolvía era la de una joven pura, inocente, jovial y talentosa. Esperaba que eso le sirviera para poder encontrar un buen candidato a esposo.

—¡Oh, harás llorar a tu padre con tanta dulzura que destilas, querida! —exclamó Martha que la abrazó. Estaba cerca de perder a otra de sus niñas, pero era la ley de la vida.

—Sabemos que de dulce tengo muy poco, madre. La idea es dar la mejor impresión y creo que lo conseguiré.

—Estoy muy segura de eso. Tus hermanas no se esmeraron tanto en el cabello, aunque sí en las joyas, salvo Primrose, que solo fue a perder el tiempo en los salones porque ya estaba comprometida antes de empezar la temporada. Fue algo tan repentino y feliz que no alcanzamos a quejarnos del todo porque eso era lo que cualquier familia desearía: que su hija se casara con un excelente candidato sin haber hecho tanto esfuerzo.

—Sí, esta familia está acostumbrada a traer a los mejores dementes de la ciudad, espero romper esa tradición trayendo a un hombre normal, porque ya tuvimos al endeudado, al amargado y el peligroso. Conmigo vendrá un ser común y rico.

—Repite eso como un mantra. Solo no debes hacer que sea prejuicioso con sus concuñados dementes, al menos debe tener un grado de locura, porque la cordura no hará que sobreviva aquí.

—Veré qué consigo, aunque, sin duda, iré por lo seguro: un hombre sin problemas.

Su madre le sonrió al saber que nunca encontraría uno así, al menos tendría un problema, aunque esperaba que no fuese tan grave que no tuviese solución.

—Buena suerte, Iris, te esperaré despierta, quiero que me cuentes todo lo que ocurra. No podré dormir de la emoción.

—Veremos si te mantienes despierta, eres muy perezosa.

—Descansa, querida, y cena temprano —pidió Martha que le dio un beso en la frente a Camellia—. Todo llegará.

—Pero no tendré con quién compartirlo, estaré sola al regresar de mi gran noche...

—Lo arreglaremos cuando llegue el momento, querida. Descansa y no te desveles, no olvides cenar temprano —repitió Martha que cogió a Iris del brazo para que pudiesen salir de la habitación.

Iris se despidió de Camellia agitando la mano derecha.

Mientras John estaba en el salón en compañía de los varones conversando sobre lo que ellos harían esa noche con una copa en la mano, vio a Iris presentarse frente a ellos.

—Te ves tan hermosa, Iris... —declaró John—. Esto cada vez es más difícil.

Sus hermanos también la miraban, pero con resignación, porque sabían lo que significaba cada vez que una de sus hermanas salía por esa puerta para un baile, aquel era el equivalente a perderlas.

—Gracias, padre. Prometo no hacer tonterías y poner en alto el nombre de nuestra familia...

—Pobre del caballero con la mala fortuna de cruzarse contigo, Iris. A ese hombre podríamos considerarlo una víctima de vida —alegó Dimitry que en realidad no pensaba lo que acababa de salir de su boca, era solo para que su propia tristeza se disipara.

—Podría decir lo mismo de la que podría ser tu esposa, a esta hora podría estar durmiendo sin saber que en un par de años podría toparse con un tonto como tú, esa es la verdadera compasión —declaró Iris con suficiencia.

—No se peleen, solo quiero un día de paz sin que esto se convierta en una guerra sin cuartel —pidió John levantándose del sillón para acompañar a su hija.

—No salgan hasta tarde y no quiero saber que anden en algún burdel, es una advertencia y, si lo hacen, mantengan los calzones arriba —ordenó Martha que también le dio un beso a cada uno de sus hijos como había hecho con Camellia.

—No haremos nada malo, madre. Cuiden a Iris, que no se pegue mucho a su copa de vino —musitó William como despedida.

—No estires mi lengua, no te gustará lo que puede salir de mi boca —masculló su hermana que quería ir a enfrentarse a ellos, pero el brazo de su padre se lo impedía, además, no quería darle un disgusto, él estaba poniéndose viejo y no quería que eso lo llevara a la tumba de forma anticipada.

Los tres salieron de la casa y subieron al carruaje. Ese fue el instante en que Iris se dio cuenta de que su vida cambiaría para siempre, que no tendría otra oportunidad para mostrarse mejor. La primera impresión era la que quedaría en la mente de todas las personas y ella debía controlar a sus demonios que solían salir sin previo aviso cuando la provocaban. No podía fallar porque se lo prometió a su padre, tenía una nueva reputación que construir para encajar en su propia familia. Sentía cierta presión por encontrar algo a la altura de las circunstancias. Trataba de no pensar en el fracaso y

cuando esa duda la asaltaba, pensaba que sus posibilidades de no casarse eran pocas. Se casaría con o sin amor, pues era lo que se esperaba para todas las damas en edad casadera. El amor sería considerado una gran fortuna si lo tenía con un hombre acomodado, pero si le faltaba, no se echaría a morir y buscaría una convivencia excepcional.

Sus padres no dejaron de halagarla y darle consejos a medida que avanzaban rumbo a la velada. Ellos querían lo mejor para ella y, por supuesto, quería ser una buena hija y demostrar que estaba comprometida y agradecida por la familia que tenía y todo lo que había recibido. John y Martha eran lo mejor que le había pasado en la vida. Eran los padres más maravillosos que cualquier persona quisiera tener y ella era parte de los siete afortunados.

Cuando llegaron a la entrada de una mansión enorme que pertenecía al conde de Abermale, Iris sintió palpitaciones en el pecho, no era el funcionamiento común y decadente de su corazón, esto era algo que se sentía como si tuviese un objeto que subía y bajaba.

—Ven, Iris, ¿por qué retrocedes? —preguntó John al ver que su hija no avanzaba.

Ella no se había dado cuenta de que retrocedió unos pasos hasta quedar junto al carruaje.

—Me distraje, padre. Estaba observando la majestuosa mansión erguida frente a nuestros ojos. Esto sí es clase. ¿No sabe si esta familia tiene un hijo soltero?

Su madre rio al oírla decir eso.

—Qué ocurrencias tiene. Su hijo se casó en la misma temporada que Lily. No tienes esperanza de que quede viudo, querida. Tiene un hijo —contó Martha.

—Hice el esfuerzo de preguntar. Me veía como dueña de esta mansión —aclaró Iris para no caer consumida por los nervios.

Una vez que entraron, fueron anunciados y presentados ante los anfitriones. Aquellos le dieron el visto bueno a Iris como una de las jóvenes más prometedoras de la temporada.

A una cantidad casi obscena de halagos, se sintió más confiada con lo que le esperaba en el futuro dentro de ese salón.

Sin perder mucho tiempo, John y Martha comenzaron a conversar con sus conocidos para poder presentar más íntimamente a su hija. Iris saludaba con amabilidad a todos y sonreía en los momentos adecuados, no intentaba hablar más de la cuenta para no echar a perder sus oportunidades.

Mientras un caballero que se identificó como conde de Essex apuntaba su nombre en el carnet, Iris levantó la vista para mirar hacia la entrada y ahí lo vio, sí, lo vio, a él, al señor Harding. Su alma cayó al piso porque sabía que tendría que humillarse al aceptar un baile y también debía ofrecerle una disculpa que su orgullo no quería, pero por obligación y buenas costumbres debía dar.

Cedric entró al salón en compañía de Andrew, los dos se presentaron ante los anfitriones. Ambos fueron cordiales con los dos, pero consideraban que el conde era un mejor candidato que solo el pariente de un marqués.

—¿Lo notaste? Hasta ellos discriminan, no importa que yo sea más atractivo que tú. Volvería a los malos hábitos solo para darles un buen susto por menospreciarme —se quejó Cedric.

—Guarda esa espuma que te cae de la boca y observa a las candidatas que están a tu alrededor. Sé que tienes en mente a una, pero hay muchos peces en el mar.

—No me importan los otros peces, quiero asegurar mi tajada de la herencia y que sea la parte que me dé más respetabilidad. Si hay

algo que comprendí desde pequeño es que existen cosas que el dinero no puede comprar y ese es el título que te otorga respeto. Estoy cansado de ser humillado abiertamente. Lady Iris Preston es la primera que me ha mirado por encima del hombro, algo que no se lo dejaré pasar tan fácilmente. Ella es lo que necesito en todos los aspectos para conseguir la gloria. Tener a la mujer discriminadora, al padre con el dedo firmando a mi favor, al tío con la aprobación y a mí con el respeto que merezco. Ni siquiera mencionaré a Benjamin, no tiene vela en este entierro.

—Si no puedo convencerte de lo contrario, ve a pasar vergüenza. No puedo ayudar a quien no quiere ser ayudado.

El señor Harding estaba a punto de perder la buena educación para llegar hasta la joven, pero cuando vio al letrado, tuvo que recordar hasta la última gota de buen comportamiento que quería. Podía intentar ganar el corazón de la joven como primera táctica; sin embargo, el poder lo tenía John Preston. Decidió que primero lo atacaría a él con amabilidad.

Se acercó a John para saludarlo cuando se despidió de otra persona.

—Lord John Preston... —pronunció Cedric con tranquilidad.

John primero miró a Cedric y después a Iris. Sabía que debía cuidarla de alguien con esos antecedentes tan peculiares. Esa era una familia problemática.

—Señor Harding, ¿cómo se encuentra? —saludó John con cautela.

—Tan bien como podría estar alguien en mi situación con un tío moribundo. ¿Y usted?

—Señor Harding, ¿cómo está? —preguntó Martha al reconocerlo.

—Oh, milady, no sabía que podría encontrarla aquí y más aún en compañía de su preciosa hija...

El ceño de John se frunció al no entender lo que ocurría.

—¿Ustedes se conocen? —indagó John.

—Sí, querido. Nos ayudó con las cajas de la tienda...

En ese instante, John cayó en cuenta de lo que decía su esposa. Él era el hombre a quien Iris le había faltado el respeto.

Mientras tanto, Iris trataba de pasar desapercibida, pero no podía, estaba el señor Harding estaba justo frente a su madre y conocía a su padre. ¿Su primera noche podría volverse más miserable? Por supuesto, todavía debía bailar con él.

—Es cierto, conocí a su encantadora hija en la calle en compañía de su esposa y la otra niña... —contó Cedric con un poco de sarcasmo al decir «encantadora»—. Es bueno volver a ver a milady.

Él se acercó a la joven y primero observó a John antes de hacer cualquier movimiento.

—¿Podría saludar a su hija, milord?

—Por supuesto... —respondió con una risa nerviosa.

Iris sabía lo que se avecinaba. Tendría que pisar sus propias palabras, ser dulce como la miel y sonreír como una tontuela al recibir atenciones indeseadas. Extendió la mano hacia Cedric y este la cogió. En el poco tiempo que llevaba en ese lugar le había entregado su extremidad a varios caballeros, pero ninguno hizo que se le alterara la mente, solo pensaba en ser educada; no obstante, con el señor Harding, las cosas eran más difíciles, le molestaba la sensación de angustia en el pecho que le provocaba, además, sus ojos verdes eran demasiado escrutadores, eran extraños, invasivos,

acusadores y no llegaba a comprender. Quizá fuese porque sus pupilas siempre estaban pequeñas, no se agrandaban como las del resto. Con él, todo era extraño.

Capítulo 9

—Es un placer volver a verla, milady —saludó con condescendencia medida, aunque no dejó de dirigirle la mirada: esa que siempre incomodaba a la gente. Si algo tenía Cedric, era que sus ojos verdes parecían rígidos, insensibles y lo hacían ver antipático; sin embargo, no lo era en absoluto, su único defecto era robar, después era una persona como el resto, lleno de sentimientos, defectos y virtudes.

Ella sabía lo que debía responder, pero era una gran mentira y a ella no le gustaba mentir. Por la paz debía hacerlo y olvidarse de este asunto. Con una buena respuesta, una sonrisa falsa, una charla frugal y baile compensatorio, todo debería quedar solucionado para siempre.

—Qué bueno poder saludarlo en otras circunstancias... —Iris le entregó su sonrisa más ensayada, esa enorme, exagerada, que hacía que sus ojos titilaran tratando de soportar aquella posición forzada.

—Me alegra, milady. ¿Puedo completar mi nombre en su carnet? No he podido dormir bien debido a su promesa de bailar conmigo.

John se rascó la nuca al oír eso. Un impulso le decía que debía actuar, mantenerlo alejado de Iris antes de que ese individuo, con su voz dulzona y fingida, lograra acercarse demasiado a ella, claramente con intenciones poco honestas.

—Sí, claro... —correspondió ella que lo vio colocando sus iniciales S. C. H.

La joven quiso retirar el carnet de forma involuntaria, pero él lo impidió con una mirada de advertencia hacia ella. No se la había dedicado con maldad, sino que sabía que sus ojos serían malentendidos por su excentricidad.

—Regresaré para mi tiempo de baile... —Él hizo una inclinación de cabeza como agradecimiento y también para despedirse, pero solo de ella, porque se quedó frente a John—. ¿Tiene un minuto, milord?

El letrado temía que viniese una conversación referente a un compromiso. Lo rechazaría de inmediato, por sus propios prejuicios. Sí, sabía que él quería redimirse y que tendría dinero, pero no quería arriesgarse dándole entrada a alguien así en su familia. Ya tenía a tope los lugares para gente rara bajo su techo. Solo necesitaba un ladrón para que todo se pusiera más excéntrico.

—Con permiso, milady. Fue un verdadero placer volver a verlas. Hasta pronto... —se despidió Cedric de Martha y de Iris con una sonrisa lobuna.

—Qué señor más encantador. Si está aquí es porque debe tener dinero...

—El dinero no compensa, madre. No cumple con mis requerimientos. ¿Se dio cuenta de que sus ojos son extraños? Esta vez me he fijado mejor. Son inexpresivos. No confío en alguien a quien no puedo leer por la mirada.

—Iris, sus ojos son verdes y tiene algún problema en la pupila o no lo sé, no le da la luz lo suficiente. Tus ojos también parecen fríos cuando te encuentras de pie en el sol. Considero que estás juzgando a alguien porque la luz no le favorece en un ángulo determinado.

—No es eso. Tengo un presentimiento. Todo es demasiado coincidente.

—Estás paranoica. No te preocupes, nadie te casará en contra de tu voluntad. Solo cumple con tu baile por educación y te librarás de él.

La sensación de que lo último que haría sería librarse de aquel le rondaba la cabeza, porque el señor Harding daba vestigios de

querer alejarse, sino de meterse aún más en la vida de ellos y todavía no sabía cómo, solo que su padre tenía que ver con esto.

Cedric llevó a John hacia un lugar más tranquilo del salón en el que pudiesen conversar sin tantos cuchicheos alrededor.

—¿Qué precisa, señor Harding? Le advierto que no porque sea amable conmigo o con mi familia fallaré a su favor, sabe que debe cumplir ciertas condiciones para acceder al título. Tampoco le facilitaré nada.

—No se agobie por eso, milord. Solo quería hablarle sobre mí. Sé que la decisión del título recae sobre usted y, como letrado, sabe hacia donde debe ir, hacia el descendiente más cercano y en la parte de abajo del árbol genealógico, estoy yo. La línea de Benjamin puede ser válida, pero cuando yo esté muerto. Sé lo que quiere mi tío y estoy en proceso de conseguir mi redención. Sé más de leyes de lo que puede imaginar y por esa razón requiero de un mentor.

Esas palabras dejaron descolocado a John, porque no comprendía lo que quería decirle.

—¿A qué se refiere, señor Harding?

—A que quiero convertirme en un letrado de verdad, no solo en un papel. Si hay algo que quizá no sabe de mí es que estudié leyes más que otra cosa. La idea era ser un letrado para ejercer y tener dinero; sin embargo, me di cuenta de lo difícil que sería conseguir clientes teniendo a otros que llevan ejerciendo el oficio años. Se me hizo más atractivo delinquir, fue más rápido para mí o quizá supuse demasiado tiempo que me quedaría con todo lo que le pertenece a mi tío. Error mío. Ahora que sé que comeré una tajada de este festín, quiero enderezarme por completo y eso podría conseguirlo con su mentoría.

—¿Quiere que sea su mentor?

—Sí, milord. Puedo demostrar que estoy capacitado para esto.

—Déjeme considerarlo, señor Harding. Ser letrado no es sencillo y, siendo sincero, usted es un ladrón, ¿qué seguridad podría darme meterlo entre mis papeles más importantes?

—¿No ha considerado que pronto seré rico? No quiero que mi tío muera, pero es lo que ocurrirá. La delincuencia ha quedado fuera de mis pensamientos. Estoy viviendo con un amigo y no me deja hacer cosas malas.

—Es un buen cambio. Búsqueme en mi despacho, no en mi casa el jueves por la mañana. Conversaremos más sobre este asunto, ahora debo cuidar de mi hija.

—Su hija es preciosa y encantadora.

—Sé que es un sinvergüenza, señor Harding. Mi hija no le dará oportunidad a los de su clase.

—Lo dice porque no tengo título o porque fui un ladrón.

—Soy una persona que renunció a su título y no tengo ninguno, salvo el trato que recibo por ser hijo de un conde. No se sienta mal por no tener eso, me refiero a que es sinvergüenza y ella lo colocará en su lugar.

—Por ser amable me llevó entre las patas, imagino que siendo sinvergüenza no será tan generosa, pero confío en mi encanto, milord. ¿No cree que podría hacer algo con eso?

—Mi hija puede barrer este salón con su encanto, tenga cuidado y no se pase de listo, pues no crie niñas tontas.

—Estoy absolutamente seguro de eso, milord. Lo visitaré el día exacto en que me citó.

Mientras que Cedric iba a buscar a su amigo, Iris se encontraba bailando su primera pieza. Lo estaba haciendo bien, se sentía confiada y la conversación sobre caballos estaba bien, le gustaban y

sabía mucho sobre ellos. Como un consejo sabio, Lily le dijo que corriera con la falda arriba si alguien quería hablarle de política, que eso era lo más deprimente para una dama en edad casadera. La convenció de que, si quería ser conquistada, debía evitar a cualquier político, que ese tema solo serviría para mantener al esposo entretenido cuando las damas no querían pasar tiempo con sus esposos. Iris lo consideró y terminó limpiándose los oídos con ese consejo. No dejaría de conocer a un buen candidato por los traumas ajenos, eso sería como no querer casarse con un hombre que cortaba manos, sabiendo que había alguien así en la familia. Para ella eso significaba que cualquier hombre con todos los defectos era bienvenido y mientras peor fuese su historia, más lo querrían.

Cuando su educada pareja de baile la dejó cerca de la mesa del tentempié, ella cogió una copa y después se dispuso a mirar los nombres que tenía en su carnet. Al buscar a Cedric se dio cuenta de que este había puesto las iniciales S. C. H.

Primero no le dio importancia, pero algo estaba dándole vueltas en la cabeza. Creyó que había visto esas iniciales en otro lugar. Estuvo unos minutos pensando hasta que cayó en lo que significaba. Levantó la vista y buscó a Cedric.

Ella bebió su copa de vino de un trago para después coger otra y tenerla en su mano como contrapeso para no caer de espaldas. Miraba a Cedric hablando con otros caballeros como si fuese una persona común y no un vil ladrón. Sí, estaba segura de que él había asaltado el carruaje que los llevaba a casa de sus abuelos. Pronto sería su turno para bailar e Iris no desaprovecharía la oportunidad para dejarle claro que sabía sobre sus actividades, con eso no tendría que ofrecerle ninguna disculpa por haber sido grosera. Debió confiar en sus instintos, porque esos eran los que la habían llevado a tenerlo entre ceja y ceja. No era enamoramiento o interés, era instinto de supervivencia.

Una vez que llegó el momento de bailar con Iris, él se alejó de su amigo que esa noche estaba ocupado buscando a su futura

condesa, mientras tanto, a Cedric lo trataban con educación, pero las damas al saber que no tenía título y solo una cara bonita, no lo tenían en cuenta, quizá solo para pasar unos minutos juntos. En ese instante comprendió cómo se sentían las mujeres de la noche, era difícil que a uno lo quisieran por el cuerpo y por nada más.

Él fue hasta donde se encontraba Iris y si antes esta mujer lo odiaba por ser pobre, su mirada le indicaba que, en ese instante, hasta respirar era una forma de llenarla de odio y no comprendía la razón de esa sensación.

—¿Está lista para nuestro baile? —preguntó Cedric con una sonrisa educada, estirando la mano para que ella la cogiera y pudiesen partir juntos hacia el centro del salón.

La joven achicó los ojos con desconfianza. Lo enfrentaría en pleno baile y después de eso, todo acabaría. Le entregó su mano y partieron juntos hasta donde las demás parejas se estaban colocando para bailar.

—La he observado y lo hace bien —pronunció Cedric para empezar la conversación antes del baile y lograr que ella se abriese un poco a él y dejara de lado la actitud hostil.

—A usted no lo he visto haciéndolo, quizá porque las jóvenes están advertidas sobre sus escrúpulos, ¿o no, señor Harding? —replicó con dureza.

—Eso suena gracioso, pero debo decirle que no soy un gran bailarín... —mintió para no decir que no solía estar en los salones porque tenía mejores cosas que hacer como, por ejemplo: robar.

—No es tan graciosa cuando saben que pueden perder objetos valiosos. Este arete vale más que su vida, un obsequio de mi cuñado, un marqués, dueño de una gran mina en América.

—¿Piensa que soy un ladrón? —curioseó con verdadera diversión.

Antes de que ella respondiera, se colocaron en posición, se saludaron y comenzaron los primeros acordes.

El señor Harding esperaba la respuesta con ansiedad. Ella podía decir lo que quería y él lo negaría con tranquilidad, pues no existían pruebas que pudiesen incriminarlo.

—No lo pienso... Estoy segura de que lo es... —respondió Iris, maliciosa.

—Interesante, diga cómo puede probarlo.

—Veo que lo está tomando como un juego... Entonces, jugaremos, señor Harding...

El baile los hizo mezclarse con el resto de los bailarines, por lo que Cedric debía esperar el momento para oír sus argumentos. Cuando volvieron a ser solo ellos, aquel se acercó más a ella.

—¿A qué jugaremos? Si hacerla jugar es una manera de que me aprecie, estoy dispuesto a lo que sea —musitó con condescendencia.

—¿Quién dijo que el juego sería divertido para usted? Lo es solo para mí. Empecemos. En mi carnet hay una lista, unas iniciales, ¿podría decirme a quién le pertenecen?

Aquel miró el carnet que colgaba del pecho de la joven. No se veía bien que estuviese observando esa zona de la mujer, pero debía entender el juego. Las iniciales eran solo suyas, los demás no la tenían, escribían sus nombres o títulos.

—Solo está el mío —contestó—. ¿Qué tienen que ver esas iniciales?

—¿Quién perdió un objeto importante con unas iniciales? ¿Qué podría ser?

Se sentía ignorante al no comprender el juego, pero la estaba haciendo hablar y eso era lo que le importaba, aunque solo fuese para que ella lo tratara con desagrado.

Capítulo 10

—Un pañuelo, ¿qué más podría ser? Se pierden en cualquier lugar.

Ella levantó una ceja sorprendida por la explicación rápida, fácil y, aunque no quería admitirlo, no era descabellada.

—Bien jugado, señor Harding, pero no, no es un pañuelo. ¿No cree que le falta algo en su casa?

—Mmm... —Cedric no concebía considerar algo porque en verdad no sabía qué podía faltarle—. No, creo que no. Quizá un pañuelo como le dije. ¿No me diga que usted lo encontró y solo pone expectación alrededor para devolvérmelo con una sonrisa en un lugar más privado de este salón?

El sonrojo subió hasta el rostro de Iris al oír las atrevidas palabras de ese hombre.

—¿Cómo se atreve a inventar ese tipo de sandeces, señor Harding? —espetó con molestia.

—Es la única manera en que este juego tenga sentido. Si usted tiene algo mío, debe ser un pañuelo y no tengo dudas al respecto.

—¡Ja! Déjeme corregirlo, señor Harding, o mejor debo llamarlo: «señor Ladrón o señor Salteador»? —increpó con sarcasmo—. Lo que usted olvidó o más bien perdió, es el arma con sus iniciales...

En ese instante, Cedric cayó en cuenta de lo que ocurría. Esa joven era un verdadero sabueso que siguió la pista hasta donde él se encontraba. ¿Qué podría decirle para defenderse? Había formas y lo intentaría.

—¿Cree que soy un simple delincuente? La corregiré, a mí también me han robado. Lo que usted vio es un arma sustraída de mi propiedad.

—Buen intento de desviar la culpa hacia otro ladrón imaginario. Los moretones que están desapareciendo de su rostro, ¿por qué los tiene? ¿No habrá sido mi hermano, William, quien lo golpeó por atreverse a asaltarnos?

—No, fue de una noche en un burdel. A veces hay que luchar por una mujer en esos lugares...

—Yo le apunté con un arma...

—¿Me vio? ¿Puede asegurar que fui yo?

Por un momento ella se detuvo en sus acusaciones. Estaba segura de que era él, aunque le estaba haciendo dudar.

—No pude verle el rostro, estaba muy oscuro.

—Entonces no puede asegurar que fui yo. Lo único que desea es justificar su rechazo hacia mí, ¿qué más inventará para demonizarme? Le haré las cosas más fáciles, ¿por qué no me llama maldito indigente que aspira a una lady?

Las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Supuso que, al ser confrontado, él se replegaría y nunca más la buscaría, en cambio, le estaba dando la vuelta a la situación. En lugar de quedar como una mujer inteligente, solo quedó como una mentirosa que inventaba locuras para rechazarlo y, no se atrevía a dudar de su explicación. Al final, él la estaba convenciendo de que se equivocaba.

—Admítalo, no tiene oportunidad conmigo. Espero que lo tenga claro. No quiero pelear con nadie ni hacer escándalo, pero prefiero mantenerlo lejos de mí.

—Le haré una propuesta porque, pese a que ha sido atrevida con su acusación, puede verme de otra manera. Estoy a punto de ser muy rico y hasta de obtener un título de marqués, si se casa conmigo, lo más seguro es que mi tío falle a mi favor y me dé lo que espero, solo necesito una esposa de cuna, una que pueda darme una excelente reputación...

Casi se desconcentró en medio del baile después de lo que estaba oyendo. ¿Acaso ese hombre estaba enloqueciendo? Le propuso casarse para beneficiarse de su buen nombre.

—¿Está demente? No lo aceptaría aunque fuese el último hombre sobre la tierra. Ni si de nosotros dependiera la supervivencia de la raza humana, señor Harding —afirmó Iris con suficiencia.

—Eso es cruel de su parte, milady, pero era algo que esperaba. No significa que me rendiré. Ahora usted sabe sus posibilidades. Puedo ser marqués o puedo tener todo lo que mi tío juntó que no está relacionado con el título y créame que es bastante. Conmigo tendría una buena vida.

—Le agradezco que me tuviese en cuenta; sin embargo, aspiro a mucho más que usted. No me guío por posibilidades, sino por hechos concretos. No me arrojaré a nada que no sea seguro.

—¿Si me convierto en marqués se casará conmigo? Soy de familia aristocrática, solo que sin título por el momento. Mi padre era hermano menor. El del medio es quien posee el título, el mayor murió, pero ya antes había renunciado a ser el patriarca. Soy el heredero aparente si seguimos la línea descendiente. Tengo un primo, mucho mayor que yo y es la única competencia...

—Si le digo que sí, estaría mintiendo en varios aspectos.

—¿En qué aspectos me mentiría? —indagó Cedric con más confianza. Estaba viendo cómo Iris retrocedía en su ataque y llegó el momento en que él tomara la ofensiva.

No sabía qué responder. Para su buena fortuna, los últimos acordes llegaron a sus oídos, por lo que él baile estaba terminando. Se saludaron y cuando ella se disponía a retirarse para no responder por falta de una respuesta bien pensada, Cedric la cogió del antebrazo sin apretarla.

—No me ha respondido. Debemos continuar esta conversación.

—No tengo nada que conversar con usted. He cumplido con este baile para excomulgar mi mala educación, pero es hasta donde estoy dispuesta a llegar con un ladrón.

—¿Y si lo fuese tendría algún problema? De todas formas, tendré dinero.

—Eso no lo exime de responsabilidad. Esto me demuestra que es un ladrón de verdad y encima, sordo, porque no entiende la negativa de una dama. Con permiso...

La joven se alejó para ir junto a su padre antes de su próximo baile. Lo cogió del brazo como si ese fuese el lugar más seguro del universo.

—¿Qué ocurre, Iris? —indagó John que colocó su mano sobre la de su hija para a acariciarla.

—Ese tal señor delincuente Harding, padre, pero la noche en que intentaron robarnos, William le quitó el arma al salteador. Tenía las iniciales S. C. H. Cuando él llenó mi carnet, lo asocié con su nombre porque escribió lo mismo. —Ella le mostró eso para que no creyera que estaba loca—. Él es un ladrón, aunque lo niegue. Me habló de una tontería de que podría heredar un título y otras cosas más para impresionarme.

El letrado quedó pensativo por un instante.

—¿Qué más te dijo, querida?

—Que quería que me casara con él, porque así sería más fácil que su tío le diera todo. Muchas sandeces juntas. Quiere mi reputación. Sabía que, desde un primer momento, algo no estaba bien, y aquí estamos, ahora es seguro.

—Es cierto que el señor Harding es o era un salteador de caminos, también es correcto que será muy rico y es probable que se convierta en marqués. Todo es verdad. Es evidente que él jamás admitirá ser un delincuente frente a una dama a la que, en términos ordinarios, diríamos que deseaba conquistar.

Iris quedó boquiabierta, pensaba que todo era una tontería, un ataque de locura de ese hombre, pero si su padre lo decía, debía tener cierto grado de verdad.

—¿Entonces sí es un delincuente y lo niega? Qué vergüenza. Jamás me casaría con alguien así.

—Te dije que te mantuvieses alejada de cualquier Harding, ¿lo recuerdas? No era porque fuese un padre paranoico, ninguna desconfianza es a título gratuito. Yo estoy llevando el caso de su tío. Créeme, hay mucho dinero de por medio. Hoy lo ves así, como un pez fuera del agua, pero mañana, si todo sale como debería, él nos dará un puntapié. Trata de ser amable hasta que se solucionen los problemas, al final, seré quien decida si él será o no el marqués. Para eso debe cumplir los requerimientos, querida. Debe casarse con una joven de buena familia y corregir su camino. El joven es hábil, inteligente, avivado y atrevido como pocos para desear casarse con la hija del letrado de su tío. Su esquema es mucho más complejo de lo que puedes ver...

Tanto John como Iris miraban en dirección a Cedric observándolo con más respeto que antes. Sus agallas eran perturbadoras, algo que un letrado como John valoraba de alguna forma. Después de unos minutos con su hija, la dejó en compañía de su próxima pareja de baile y fue hacia donde se encontraba Cedric bebiendo una copa de whisky mientras miraba a los demás

asistentes, todos llenos de privilegios de los que él carecía. Se acercó hasta que aquel percibió su presencia.

—Señor Harding, quiero hablar con usted sobre su comportamiento con Iris. Vayamos al jardín —mandó el letrado que le mostró una mano para conducirlo hacia donde deseaba.

Cedric se dio cuenta de que había cometido un grave error al mostrar sus armas frente a esa joven que, sin perder tiempo se lo contó a su padre, esta vez solo tendría el castigo de ser rico y no tener el título. Lo siguió hacia la salida y ahí se preparó para enfrentar el desastre.

—Dígame, milord...

—Mi hija dijo que usted los asaltó hace un par de días...

—¿Me creería si lo negara?

—¿Creería que soy tonto?

—No me atrevería a considerarlo.

—Ahí tiene su respuesta.

—No sabía que eran ellos. No se me hubiese ocurrido asaltarlos si fuesen los hijos del letrado que lleva la herencia de mi tío. Eso sería considerado suicidio.

—Para ser un aprendiz de letrado, falló. ¿Cómo pudo usar el arma con sus iniciales? No está listo para ser mi discípulo si hace esas tonterías. Mis hijos están preparados para todo, iba a perder de todas formas por más que no hubiese sabido que eran ellos. Lo único que puedo admirar es su audacia para intentar sacar ventaja de la situación, queriendo conquistar a mi hija para llegar más rápido al título. Para hacer algo así se requiere mucho valor. ¿En qué momento creyó que sería una buena idea conseguir su herencia por ese medio?

—La verdad es que nos conocimos en la calle...

—Vaya mentira. Quedamos en que no nos insultaríamos con tonterías, no somos tontos. Esa coincidencia es sospechosa.

—Llevo un año sabiendo la condición que pondría mi tío. Estudié a su familia por al menos un año, empecé con su otra hija a través de lord Stell, es mi amigo, mi cómplice. Cuando ella se enamoró del duque, fuimos a por la siguiente... No entenderá mis pensamientos, no pretendo que lo haga.

—Eso es tener agallas, señor Harding. Lo felicito; sin embargo, fue demasiado planeado. No ama a mi hija y por eso no puede acceder a ella. Seguirá corriendo por su herencia, pero de mí no obtendrá nada por intermedio del matrimonio. Usted es más sucio que su primo.

—No, soy más astuto. Esto lo haría cualquiera que en verdad estuviese interesado en algo. No quiero casarme con su hija con la intención de hacerle daño. Será beneficioso para ambos. Tendrá una marquesa más en su familia si todo sale bien.

—Lo único que me importa es la felicidad de mis hijas. Si eso significa que se quedarán solteras, que así sea, pero ellas no son mercancía. Si no le interesa mi hija por las razones correctas, está perdiendo el tiempo. Iris es la más difícil, aunque la menos tajante. Lily lo hubiese puesto a volar, Daisy lo podría a caerse de un burro y Primrose lo haría pensar que hasta su respiración es inútil. Esta joven es intolerante, odia las tonterías y no debería cruzarse en su camino si no está dispuesto a hacer cambios sustanciales.

—Quiero cambiar. He dejado de delinquir y también vivo en un buen lugar esperando lo inevitable, que es la muerte de mi tío y la herencia. Quiero un oficio con reputación. Si no tengo el título, al menos tendré el prestigio que me da ser un letrado. Su hija es hermosa e inteligente, considero que sin un poco más de esfuerzo

sincero de mi parte, conseguiré algo más que solo una patada en la entrepierna.

—Quizá un puñetazo en el estómago sea el siguiente paso. Piense dos veces al momento de acercarse. Si usted cambia, la quiere y tiene un título, consideraré darle mi bendición y perdonaré sus actos delictivos, a veces para ser letrado se necesita un poco de villanía. ¿O no lo cree así, señor Harding?

Capítulo 11

Cedric asintió ante lo que dijo John.

—Recuerde ir cuando le dije. Me tomaré el tiempo para considerar ser su mentor, señor Harding, mientras tanto, procure no meterse en problemas y no asalte a nadie, más por su bien que por el de otros.

—Sí, milord. Ahí estaré...

John se despidió con una inclinación de cabeza y se retiró, a la vez que Cedric pensaba si estaba en problemas o no. Había puesto en riesgo sus planes contando todo, pero debía entender que en esa familia nadie era tonto y si quería integrarla debía estar a la altura, pues el único que no estaba en posición de discutir ni imponer era él. Sin duda, sería visto como la peor plaga, pues sabían que era un delincuente. Debía considerar si valía la pena arriesgar el pellejo por esa dama en particular existiendo tantas por ahí.

El resto de la noche pasó como un borrón para Cedric. Se quedó de pie sin interés en bailar con nadie más. Estuvo acompañado por varias copas de whisky a lo largo de la velada, observando a Iris y sus parejas. Con aquellos se comportaba sonriente, serena, graciosa y educada; sin embargo, con él era completamente diferente. Cada vez que ella se fijaba en él, su mirada se ensombrecía y hacía gestos de rechazo hacia donde se encontraba. Lo repelía hasta con el pensamiento. No creía ser tan feo para que le hicieran caras, de hecho, era muy atractivo, pero su falta de fortuna le sacaba la dentadura, le daba años, le añadía una verruga en el mentón y, además, le agregaba una panza de político de unos setenta años.

Desde un principio entendió que el dinero hacía magia, cambiaba el trato de las personas a su alrededor. El mundo en el que se crio era de interés más que de afecto. Encontrar a una persona

verdadera entre todos ellos costaba mucho. Se codeó con futuros herederos y siempre lo trataron como inferior. Esta sensación de rechazo no era nueva, mas siempre era incómodo. Sabía que no había tomado el mejor camino, pero en ocasiones se sintió bien al asaltar a algunos de los que lo trataron como inferior solo por no heredar un título.

—Me cansé de esto, ¿todavía no nos iremos? —preguntó Cedric a Andrew que no se había quedado quieto.

—Tengo al menos cinco candidatas a esposa. Es una suerte que no esté atrapado persiguiendo a las hijas del letrado. Son jóvenes, demasiado cerradas para mí. Apenas pude arrebatarle un par de sonrisas a la hermana de esta última que, a decir verdad, es preciosa, pero no veo que de esos labios puedan salir palabras que tengan sabor a miel.

—Y no te equivocas. Lo más probable es que sepan a hiel, Andrew. Algunas damas consideran la falta de fortuna como un defecto mortal y no las culpo, aunque considero que merezco una oportunidad, más ahora que quiero rehacer mi vida por mi bien y porque sé que mi vida cambiará. Suena mal y hasta es miserable esperar la muerte de un ser querido, pero ¿qué más puedo hacer? No puedo salvarlo y es segura su partida.

—Tal vez deberías desistir de casarte con la hija del letrado por la herencia y enfocarte en ser un pupilo. Después podrás tener a las mujeres que desees en lugar de perseguir a alguien que te trata peor que a una alfombra. Cuando tengas el título y la reputación de letrado, las damas te amarán y morirán por ti.

—¿Y si no soy el afortunado con el título?

—Tendrás mucho dinero y reputación. Las hijas ricas de los burgueses te perseguirán y querrán tus atenciones. Ambos serán más ricos que cualquier aristócrata.

—Quiero ver la vida con tus ojos, Andrew. No sé si bebiste whisky o cogiste un poco de opio.

—El opio no es apropiado para estas ocasiones, saca lo peor de mí, podría estar bailando sobre la mesa del tentempié, no se vería bien y mis posibilidades de casarme se reducirían drásticamente si lo hiciera. Trato de que los pensamientos intrusivos no consuman mi cordura.

Los dos se retiraron y dieron por terminada esa noche, irían a continuar su conversación en casa de lord Stell.

Iris estaba cansada del baile, no solo por sus pies, sino también por sus oídos. Los pobres habían escuchado de todo en una sola noche. Conseguir esposo no era tan fácil como había pensado. Comenzaba a entender las decisiones desesperadas de sus hermanas para escoger a semejantes exponentes de la tontería como eran sus cuñadas. De entre todo lo que había conversado, la única conversación más interesante fue la discusión con el señor Harding. Eso debía ser una clara señal de alerta para ella por múltiples razones, entre ellas, la más importante era: la atracción que sentía hacia él y que intentaba anular, mediante el rechazo y los defectos reales de ese hombre. Se convencía de que merecía mucho más, de hecho, no podía gustar de un delincuente, aunque la señorita Bruster decía que las damas tenían tendencia hacia lo malo, pobre y estúpido. Le dio razón en eso cuando hablaba de sus hermanas, pero no se había puesto a pensar que la vara con la que había juzgado al resto se estaba poniendo junto a ella para medirla.

Durante la velada evitó al señor Harding por todos los medios posibles, no quería interacciones con él, porque temía lo que pudiese ocurrir, no quería darle alas. Estaba segura de que no lo volvería a ver. Después de que lo descubriera y su padre lo increpara, no creía que tuviese la intención de acercarse. Nadie con dos dedos de frente arriesgaría su vida intentando ir tras ella una vez que sus intenciones fueron desveladas y quedó al descubierto su esquema para intentar tener dinero. Todo parecía bastante sucio de su parte, pero creíble

desde cualquier punto. Era importante disponer de recursos y él no disponía más que de su tiempo, que tampoco debía ser algo demasiado importante que ofrecer a alguien del nivel de una mujer de la familia Preston.

Al retirarse, Iris se sintió más tranquila. Lo único que quería hacer era llegar a su casa y acostarse en la cama para descansar. Se sentía exhausta en todos los niveles posibles. Su agotamiento era tal que consideraba la búsqueda de esposo como algo que, en lugar de definirse como un sueño, bien podría compararse con una pesadilla después de cenar un jamón de cerdo. No era lo que imaginaba y, podía ver con claridad que la estafaron desde pequeña con la idea de su primer baile. No fue maravilloso, en términos simples: olvidable.

Cuando abrió la puerta de la habitación, vio a Camellia de rodillas en su cama como si fuese un perro con las patas arriba esperando un pedazo de comida.

—¿Cómo te fue? ¿Conociste a alguien interesante?

—Fue horrible, el más interesante que conocí era el salteador de caminos que quiso asaltarnos, ¿cómo te parece que fue mi experiencia? —respondió Iris que tiró todo su peso sobre la cama.

—Dios me libre de tu suerte y se la entregue a alguna enemiga desconocida. ¿Me estás hablando en serio? Toda la expectación fue para nada, mi santo sueño cortado por una noche que de desafortunada tiene mucho y de interesante poco.

—Has descrito mi situación con las palabras correctas. Si toda la temporada que sigue es igual, tu próximo cuñado hará honor al resto y será caracterizado por ser un ladrón.

—Qué gustos tan extraños. Pediré que me hagan una sangría para purificar mi cuerpo antes de caer en esto. Solo nos falta un político, imagina, ¡un político!

—Será horrible...

—Terrible e insufrible. Tengo miedo del futuro, debo esconderme de cualquier tipo de alimaña con título o sin él. Esto es tan difícil, Iris.

—Todavía no es difícil para ti, lo es para mí porque apenas empecé y tengo el ánimo por el piso. No es nada de lo que esperaba.

—Las expectativas pueden ser terribles cuando no llegan ni siquiera a la mitad de lo esperado. Lo mejor es tenerlas bajas, pues si después son superadas, se sentirá diferente.

—Mis expectativas son que tenga un título, dinero y no sea un delincuente, ¿crees que es mucho pedir?

—No, pero al parecer es difícil cumplir con tu ambición. Tal vez la vida no te quiera lo suficiente para depararte algo mejor.

—Pues la vida parece odiarme más que a los demás. No te he contado todo lo que significa la presencia del ladrón...

La joven comenzó a relatar el baile, sus conjeturas, la confesión del señor Harding de que la quería como esposa por el título y otras cosas. Camellia tenía la boca abierta como si pudiese escuchar con ella. Lo que ella contaba era tan descabellado que rozaba lo inexistente.

—El whisky debió estar excelente, porque no puede ser posible que alguien dijera que quería que te casaras con él.

—Sí, y lo peor no es la propuesta, sino que es el hecho de que solo puedo casarme una vez. No lo haría si no es seguro tener el título.

—No estás pensando con claridad, no puedes casarte con un delincuente. Ese es el principio.

—Es cierto. Debería considerar esto. Creo que tantos bailes han hecho mella en mi mente y no puedo distinguir nada.

—Menos mal que estoy aquí o ya estarías escribiendo una carta para decirle que sí al ladrón y delirante señor Harding.

—No lo haría. No me interesa, es solo una opinión de que un delincuente era lo mejor que había en ese baile. Me divertí más con él que con otros porque lo estuve enfrentando, sabes que me gustan los enfrentamientos.

—Sí, pero deberías enfrentar a gente inteligente, no a un vil e ignorante ladrón.

—Mmm... Tal vez sea vil, pero no ignorante. Me di cuenta de que sabe de leyes, no al nivel de nuestro padre, pero sabes que Primrose y yo hemos metido las narices no solo en los asuntos contables de nuestro padre, también en lo legal, aunque solo lo que nos quiso mostrar. Él no quiere que sus secretos escapen de las cuatro paredes de su despacho. La confianza de sus clientes es lo más importante para él.

—Para su buena fortuna no me meto demasiado en sus asuntos. Me aburren los números y más aún las reglas.

—Lo hago para pasar el tiempo más que para aprender. A veces las actividades propias de una dama son aburridas de tanto hacerlas y el campo masculino es como el pasto verde del otro lado.

—Es probable. Lo bueno es que nuestro padre no nos impide hacer cosas excepcionales, aunque no siempre nos deje hacerlas para no malacostumbrarnos.

—He pensado en pedir que nuestros hermanos me enseñen a protegerme. El asalto para mí fue como un llamado de atención. Entiendo lo que Charles quiso hacer con el cuchillo, no fue exactamente con la finalidad de me cayera sobre él y terminara con

el pescuezo rebanado, sino que era para defenderme. ¿Cómo no pude valorar ese obsequio como lo que es?

—Desde hoy puedes llevarlo contigo a todas partes para sentirte segura, y más aún ahora que el señor Delirante Harding cree que puede ser tu esposo. Apenas intente tocarte, le cortarás un dedo.

—¿Y qué hago después? ¿Lo guardo?

Las dos jovencitas rieron sin parar un buen rato hasta que la señorita Bruster, en camisón y con una lámpara, apareció en el umbral.

—No es hora de andar riendo y cuchicheando. Recuerden que se las oye por todo el pasillo y existen personas que quieren dormir, salvo vuestros hermanos, que no tienen un poco de pudor con sus horarios... —habló la señorita Bruster.

—Camellia me arreglará el cabello y dormiremos, señorita Bruster. Nuestra charla no se extenderá más.

—Eso espero... Buenas noches, jovencitas.

—Que tenga buena noche, señorita Bruster... —La despidieron ambas al unísono y la institutriz tuvo que hacerles una seña de silencio para que se callaran.

Iris buscó un camisón en el armario y le hizo un gesto a su hermana para que la ayudara a sacarse el corsé y así poder descansar.

Capítulo 12

Al día siguiente, durante el desayuno, no podía creer la cantidad de chismosos a su alrededor. Sus hermanas y sus esposos estaban ahí, al igual que sus hermanos. Querían saber lo que había ocurrido

por la noche en la velada. Tendría que volver a relatar lo desgastante que había sido para ella su primer día.

—Bien, no estamos aquí por gusto propio, pero jamás me negaría a oír un buen chisme —musitó Charles sirviéndose un poco de jamón en el plato.

—Absolutamente —lo apoyó Matthew—. Vinimos porque siempre existe la promesa de una aventura. Queremos oír tu gran hazaña.

—¿Gran hazaña? En verdad que no están bien informados de nada. Pues en pocas palabras, lo único que terminé teniendo fue alguien de baja calaña. Sí, damas y caballeros, un simple delincuente. ¿Algo más que les apetezca saber?

—¿Te casarás con un ladrón? Me sorprendería, pero lo cierto es que no. Solo dile que, si se atreve a tocar algo de mi casa en alguna visita, le cortaré la mano, tengo experiencia —masculló Alexander.

—Sería buena esa advertencia. De hecho, podríamos ponerla en la entrada de la casa como recordatorio de lo que podría pasar —recomendó Lily—. No queremos que gente vulgar se asocie con nosotros.

Todos asentían como si estuviesen dando una lección, incluso la misma Iris lo hacía, convencida de que tenían razón, aquel era el bien llamado efecto manada.

—Lo que Iris no les ha dicho es que tiene grandes posibilidades de obtener el título de su tío, que fue educado por los mejores preceptores y Eton —contó John abriendo el panorama general.

—Cuando dice probabilidades, ¿de cuánto estamos hablando? —curioseó Alexander.

—Son dos herederos. Uno de ellos se llevará el título y las propiedades asociadas y el otro, el dinero fruto de otras actividades

ajenas al marquesado y no relacionadas. Hablamos de mucho. Existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que lo obtenga y, debo admitir que es el heredero aparente por descendencia, eso lo ayuda más que al otro.

—No me atrevo a opinar en contra de nada, ustedes conocen mi historia y todo lo que sufrí cuando estaba en la quiebra, arañando cada guinea que llegaba a mi mano —declaró Matthew.

—Tú no robaste a nadie, este hombre es quien nos asaltó camino a la casa de los abuelos. Esa es la diferencia entre tú y el señor Harding. No necesitaste caer en el delito, él escogió el camino que le resultó más fácil y ese es el que lo condenará —comentó Iris. A medida que su padre contaba algo, ella le daría más sustancia.

—¿En serio es ese hombre? Pensé que los salteadores eran gente sin educación —confesó Dimitry con el ceño fruncido.

—Solo hace falta ser pobre para robar —lo corrigió William que después le dio un sorbo a su bebida—. Ese hombre es un rotundo no en esta casa, ¿no es así, padre?

—Es un no hasta que tenga un título. Después puede que Iris se decida por él.

—¡No importa si tiene cien títulos! No me gustan las personas así, es deshonesto y siguió el camino fácil cuando podría haber hecho otra cosa —gruñó Iris.

—Un título es un título, querida. Aquí lo que importa es que tengas una buena vida cuando llegue el momento de casarte. Tu padre me ha contado qué tanto heredará este hombre y considero que es suficiente para darte una vida más que cómoda si no tiene el título y él llegara a agendarte.

—¡No me agrada, madre! Usted está empeñada en juntarme con ese caballero, ¿por qué? ¿Cree que es tan atractivo?

—¿Crees que es atractivo? —preguntó Camellia para que respondiera ante todos.

—Yo... no creo que sea una razón válida para perder el juicio y tirar toda la educación que me dieron por un precipicio. Me niego rotundamente...

—¿Y si es marqués? —le cuestionó Daisy.

—Por favor, hasta la pregunta ofende. Ya es un amigo de lo ajeno, ¿no crees que me robará las joyas?

—No le robará las joyas a su propia esposa y más si él se las obsequia. ¿No te parece lógico? —interrogó Primrose.

—La escasez puede hacer que las personas no piensen con claridad. Puede tener el mal hábito de creer que siempre estará en peligro por más que le sobre dinero. Es una condición muy humana la de preservación —replicó Iris, convencida de que por nada del mundo lo aceptaría.

—¿Por qué se empeñan en convencerla de que quiere casarse con alguien que es evidente que no le agrada? —interpeló Charles—. Ella no confía en él y tiene muchas razones para hacerlo. Si ese caballero tiene su dichoso título, quizá solo se vuelva loco y comience a presumir, gastar y después quedarse en la miseria. Eso sería malo para Iris que, pese a no ser mi cuñada favorita, porque de los males no se puede escoger, me pondría triste. ¿Nadie tiene un amigo para presentarle? Alguien decente —apuntó.

—Concuerdo con Charles. Iris no puede pensar en posibilidades, solo en hechos... —declaró Lily.

En esa casa el señor Harding no tenía adeptos, nadie quería que se relacionara con alguien así y eso tranquilizaba a Iris. Pues sentía el apoyo de los miembros de su familia, aunque su padre estaba saliendo en defensa de ese hombre y no comprendía la razón, ya que la noche pasada parecía indignado, pero sabía que él tenía sus

propios métodos para medir a las personas y no lo hacía solo por lo que tenían, sino por lo que sabía de ellas. Su astucia era algo conocido en su campo, por eso era el letrado favorito de la parte más rica de la sociedad, solo que veía que podría estar tomando partido por el lado equivocado, mas sabía que nunca la obligaría a casarse con alguien que no quisiera, por ese lado estaba tranquila.

Después del desayuno, Martha le comunicó a Iris que tendría que practicar con su violín para participar en una velada musical en cuatro días. Era el momento perfecto para afinar el obsequio de Alexander y Primrose.

Mientras ella afinaba el instrumento, su familia extendida no se había retirado, al parecer tenían la idea de pasar todo el día ahí. Le hablaban a la vez que intentaba concentrarse en dejar el violín a punto. Una vez que lo logró, comenzó su proceso para perfeccionar sus habilidades para dentro de un par de días. Debería sentirse entusiasmada por lo que le deparaba la vida, pero después de la noche anterior, la realidad pinchó su burbuja de fantasía sobre lo que sería una temporada social, conocer a un caballero y demás. Era difícil darse cuenta de que las ideas que había alimentado durante su infancia y parte de su adolescencia eran una ilusión dolorosa y nada tenían que ver con lo que era la realidad. La relación entre Lily y Matthew debió abrirle los ojos a lo real, pero no lo hizo, Daisy y Charles eran otro doloroso pinchazo y ni siquiera podía citar la de Primrose con Alexander, este último podía considerarse lo más absurdo y ajeno a lo racional.

—Veo que servirá para su propósito —dijo Alexander que se sentó en el banco del pianoforte, cerca de donde estaba Iris con el violín.

—Por supuesto que lo hará. Ha sido un obsequio que necesitaba. Estoy acostumbrada al otro violín, pero no hay nada que un par de días de práctica no solucionen con este. Debió costarte bastante.

—Pues es una baratija dentro del espectro de lo que puedo comprar.

—Cuidado, que tu humildad no sufra un soponcio, Alexander.

—¿Acaso es una mentira? Puedo comprar todos los violines de este país si quisiera...

—Alexander, ¿estás ganando algo al pelear con una joven que no puede igualarte? ¿Por qué no tratas de presumir tus cosas frente a alguien que pueda presumirte las suyas? Lo único que conseguirás aquí es que Iris termine partiendo tu cabeza con el maldito violín —masculló Primrose que se colocó con los brazos cruzados junto a su hermana. Ambas estaban ahí escrutándolo como si quisieran sacarle las vísceras.

—No es justo que me ataquen entre dos.

—No es justo que ataques a alguien más débil, sé razonable y trata de no ser engreído.

—Ya quiero regresar a Yorkshire —murmuró Alexander que se cruzó de brazos como un niño caprichoso.

—Déjalo que se vaya, Primrose. Considero que un rato solo lo hará cambiar de opinión sobre querer ser engreído.

—Ahora le llaman ser engreído a decir la verdad. Las mujeres siempre manipulan todo a su conveniencia.

—Ven, Alexander. Iris debe practicar, yo escucharé tu discurso misógino. —Primrose le tocó el brazo con cariño y lo llevó a otra parte del salón.

Cuando Iris creyó que podría seguir con su práctica, Charles se sentó cerca.

—Considero que deberías tomar un par de lecciones para defenderte, Iris. Podría ayudarte con eso. No cortarías la mano de nadie en el proceso, solo lo amenazarías con degollarlo. El peligro con un delincuente es latente. Como antiguo lord del Almirantazgo, te recomiendo hacer lo que te digo.

La joven suspiró y miró a Charles, aunque no con rechazo, sino con interés.

—¿Con qué me enseñarás a defenderme primero?

—No será con la lengua, porque esa la manejas bien. El cuchillo que te obsequié el año pasado es lo primero, fácil de llevar y esconder. Solo te falta la técnica correcta para que no te equivoques de cuello y quieras cortar el tuyo.

—No soy una tonta, Charles. Lo que dijiste es un insulto a mi inteligencia.

—Tal vez me extralimité, pero jamás lo admitiré, primero culparé a toda la sociedad, menos a mí, pero ese es otro asunto. Cuando termines de practicar el violín, búscame. Ningún delincuente querrá casarse con alguien que sabe cómo defenderse. Lo espantarás rápido, aunque recuerda, puede que se convierta en marqués. Usa lo que te enseñe solo si es necesario y estás segura de que no quieres ser su esposa.

—¿Me ves como la esposa de un delincuente?

—Veo muchas cosas a mi alrededor, créeme, no es descabellado. Los defectos parecen juntarse bajo un mismo techo.

—Eso no pasará...

—Espero que no, no me gustaría esconder algunas cosas importantes en una de tus visitas a casa en compañía de tu esposo.

Ella chirrió los dientes ante lo que decía su cuñado, este nunca se cansaba de sembrar cizaña, era un experto en eso y lo peor era que cada vez tenía más adeptos en esa casa.

—Pues haces planes anticipados, porque ni tengo esposo, ni pienso casarme con alguien así. Mejor enséñame lo necesario para ser una dama que puede defenderse.

—Lo haré porque este hombre querrá tener algo que se llama estatus y eso se consigue con una dama de familia y tú eres el objetivo. Que nadie termine forzando un matrimonio para ti, ni ponga en juego tu buen nombre...

Esas últimas palabras sí calaron profundo para Iris. Ese era un verdadero rastro de preocupación que podía valorar. Su cuñado no era el más interesado de los hombres, al menos no con otras personas que no fuesen Daisy, para él, aquella era el mundo entero, con el bebé en camino se había puesto mucho más protector.

Al terminar con su práctica de violín, Charles e Iris se alejaron y fueron al jardín trasero, en donde empezarían con los movimientos más importantes para su defensa. Practicaron primero sin un arma, en una situación en la que se viese obligada a compartir atenciones no deseadas. Su cuñado le mostraba con paciencia, aunque ella era muy inteligente y no tardaba mucho en comprender el objetivo de todo lo que le mostraba.

Una vez que avanzaron en las prácticas, el mayordomo fue a buscar su cuchillo, ese mismo que le había obsequiado por su cumpleaños y que le cortó el dedo por andar jugando con su suerte. Esta vez comprendía el valor que tenía para defenderse. Por supuesto que no pensaba matar a nadie y menos al señor Harding, pues Iris suponía que con negarse sería suficiente para que él no insistiera en desear convertirla en su esposa.

Capítulo 13

Llegó el día en que Cedric debía acudir al despacho del letrado. Estuvo ahí a la hora que creyó conveniente para no molestar o parecer desesperado. Después de que su hija lo mandara a volar con los pájaros, él quedó pensativo sobre lo que significaba haber contado su plan en una sola noche. Lady Iris lo veía como un ladronzuelo que deseaba morder más de lo que podía masticar y el letrado le hacía tener dudas sobre lo que deseaba, porque primero parecía odiarlo y después le daba esperanzas a cuentagotas. ¿Qué quería decir esa actitud tan contradictoria?

—Por favor, pase, señor Harding, milord lo está esperando — comentó el asistente del letrado con una sonrisa amable cuando le abrió la puerta.

—Gracias.

—Su despacho está aquí. Su tío ha venido muchas veces a lo largo de los años...

—¿Usted conoce a mi tío?

—¿Al marqués? Por supuesto que sí, es un hombre rígido, pero generoso y amable.

El marqués asintió al darse cuenta de que aquel conocía a su tío. Una vez frente a la puerta del despacho, el asistente abrió y lo dejó entrar.

Cuando pasó el umbral, el letrado levantó la mirada de su escrito e hizo un gesto para que Cedric se sentara en el sillón frente a él.

—Sea bienvenido, señor Harding... —saludó John.

—Gracias, milord...

Con un poco de nervios, él tomó asiento y esperó a que el letrado hablara.

—Estamos aquí para conversar sobre sus prácticas como letrado. Primero debo conocer su carácter, si es decente y profesional...

—Usted sabe que soy un ladrón, milord, si fuese por eso, no tendría forma de llegar hasta aquí.

—¿Cómo le sentó la negativa de una dama en estos días? —curioseó.

Esa pregunta era interesante. Cedric no estaba sorprendido, pero sí decepcionado con la actitud de Iris hacia él. Sabía lo que le esperaba después del encuentro, mas quedó encaprichado de manera que hasta le parecía irracional.

—Lo estoy aceptando como un caballero, aunque no signifique resignación, milord.

—Esas son palabras que esperaba escuchar de alguien determinado a seguir siendo humillado, ese es el camino a la redención, señor Harding. Por eso, he decidido que se pondrá a trabajar conmigo, y no le pagaré. La enseñanza será gratuita. Lo probaré en todos los aspectos, si no le estoy pagando, veré si es capaz de robarme.

—No lo haré, no lo necesito. La enseñanza será suficiente para mí, me gustaría aprender sobre lo que usted sabe hacer.

—Te sorprenderá todo lo que sé... Empezaremos ahora mismo. Mi asistente ha preparado un par de casos para usted, para que se familiarice con los términos legales que, a mi entender, usted conoce.

—No lo creerá, milord, pero fui aplicado hasta que terminé seducido por la vida fácil que no podía permitirme.

—Ahora sabrá que la vida fácil no existe y que la suya ha sido complicada. Con todo el dinero que recibirá una vez que su tío muera, deberá prepararse y protegerse de otros. El dinero atrae alimañas.

—Lo sé porque soy una, solo que una que quiere dejar de vivir así...

Con el paso de las horas, Cedric conoció el ritmo despiadado del trabajo del letrado. Mientras él analizaba papeles, John Preston realizaba sus escritos de forma minuciosa, como si no existiera nada más en el mundo. Estaba sumergido en las actividades. Llegó a ver parte del libro en donde llevaba su contabilidad y estaba sorprendido con los números que tenía. La última vez que vio algo así, la persona era contrabandista, pero el dinero de este hombre venía del trabajo con las leyes y herencias de la gente. Era uno de los letrados más confiables y si lograba ganarse su confianza, conseguiría una oportunidad de sobresalir en esto. Si nadie sabía que él fue un ladrón, las cosas serían perfectas.

John observaba con curiosidad cómo Cedric estudiaba cada papel y le comentaba sus hallazgos. Él se daba cuenta de que Cedric Harding era talentoso en esto y que no estaba diciendo tonterías. El conocimiento de las leyes era algo que no se podía fingir, por lo que podía preparar a este caballero para que en el futuro tuviese su propio despacho.

—Es hora de que se vaya, señor Harding. Soy un hombre que va temprano a su hogar. Quiero tomar el té con mi esposa y mis hijas, al menos con las que me quedan en casa.

—Espero pronto ser digno de poder visitar su casa para compartir un té con su familia.

—Tal vez eso llegue más rápido de lo esperado. Mañana Iris tocará el violín en una velada musical en la casa de lord Hampton. Es un prodigio con el instrumento, se deleitará si la escucha.

—¿Cree que le alegrará verme ahí?

—¿Desde cuándo eso importa al perseguir un objetivo? Si ella le interesa de verdad, buscará la manera de convencerla de que es la mejor opción por más que Iris lo odie. Esto le servirá como una gran escuela de la vida. Debe aprender que el rechazo es parte de lo que nos hace fuertes.

Cedric lo consideró. Con esa mujer quedaría bastante curtido por el rechazo. En realidad, le animaba pensar que implícitamente tenía el apoyo del padre de Iris y debía aprovecharlo.

Cuando ambos se despidieron, Cedric fue a casa de Andrew para descansar. Lo encontró en el salón y le sonrió.

—¿Tienes una invitación para una velada musical de mañana? —preguntó mirando la bandeja de correspondencia sobre la mesa.

—Sí, pero sabes que por mi salud no voy a esos eventos.

—Pues mañana iremos, lady Iris estará ahí. Su padre me dijo que tocará el violín y que es un prodigio.

—Los padres que aman a sus hijas creen que cualquier desbarajuste es una melodía. No hay nada menos veraz que un hombre hablando de las habilidades de sus retoños.

—Lo vi confiado, además, no le fallaré, este proceso de ser un buen hombre lleva tiempo y lo primero que debo hacer para llegar a la dama en cuestión es congraciarme con John Preston y lo conseguiré.

—En verdad creí que te darías por vencido después de dejar al descubierto tus intenciones. Esa mujer no querrá verte después de

que le dijeras que era planeada y que se casara contigo.

—Solo estaba reagrupándome. No abordé las cosas correctamente y no sé si lo mejor es seguir con esa línea sin intentar algo distinto. Sé que lo que dije antes me condena, pero no pierdo nada con insistir un poco. Siento que tengo un poco de apoyo por parte de su padre y eso parece darme una gran parte del camino.

—¿Por qué un padre no apoyaría a su hija y desearía que se casara con un delincuente?

—La respuesta es que ve algo en mí que su hija no logra notar. ¿Quién mejor que él para conocer cuánto tengo o tendré en el bolsillo? Él no es tonto, puede que quiera colocar a su hija conmigo, lo que me favorece para cuando llegue el momento de que se conozca la voluntad de para quién será el título.

—Puede que él esté jugando con tu mente. Quiere que entres en confianza para después decirte que no eres lo que su hija necesita y que todo irá para Benjamin.

—Este asunto es solo capricho de mi tío, Andrew. Sé que no he sido un santo. Permanecí a su lado desde pequeño y sé que me quiere más que a Benjamin. Entiendo que lo hace porque me he desviado del camino que quería para mí. No es un orgullo para él lo que estuve haciendo, tampoco lo es para mí, pero me mantuvo durante años.

—Pero todo fue tu culpa. Debiste ejercer como letrado hace tiempo, pero preferiste perseguir lo que no se te perdió. Sé que no es tiempo de tener en cuenta los defectos; sin embargo, deberías considerarlos para no cometer los mismos errores, Cedric. Mi recomendación es que no te confíes, saques provecho de las enseñanzas de un hombre sabio y que sigas viendo a tu tío hasta el día en que muera. No querrás arrepentirte de no ver por última vez a la persona que te lo ha dado todo.

—Me haces sentir culpable. Creo que iré a vivir con él, pero no quiero que piense que estoy ahí como un buitre esperando a que muera. Sé que de cierta forma lo soy, aunque estando lejos es menos evidente.

—Puedes ir a pasar la noche varias veces a la semana. Las puertas de mi casa están abiertas para ti siempre que lo necesites.

Durante la noche, Cedric consideró no solo los hechos de días pasados, sino también las palabras del letrado y de Andrew. Debía organizar mejor sus objetivos. Sí, había tenido pensamientos fríos y frívolos, respecto al dinero, pero cuando su tío los citó a él y a Benjamin, se sintió avergonzado al saber cómo su tío estaba pensando de su persona y notar la decepción en cada palabra que salía de su boca. Era una gran bofetada que le resultaba difícil de asimilar. Una cosa era pensar en la herencia y disfrutarla en los pensamientos y otra muy distinta, saber que no la merecía por su comportamiento y la vergüenza familiar que le generaba a su pariente. No le hacía sentir más orgulloso que su primo también estuviese metido en cosas turbias, dos errores no eran un acierto. Podía usarlo de consuelo, mas lo único notable era que no eran dignos de nada.

Al día siguiente, él fue a seguir con sus prácticas en el despacho del letrado, conocer ese mundo sería su futuro. Al salir fue a casa de su tío para visitarlo.

—Buenas tardes, señor Harding, ¿ha venido a tomar el té con su tío? —curioseó George al abrir la puerta.

—Si todavía puede hacerlo y quiere mi presencia, así será.

—Él estará feliz de verlo. Ha preguntado por usted y por sus actividades. El señor Benjamin Harding también ha hecho acto de presencia, pero su tío fue implacable y lo echó.

—Es una lástima que no estuviese aquí para ver ese espectáculo. Espero que no me eche en esta oportunidad.

—No creo que le toque la mala fortuna como a su primo, señor. Acompáñame a la habitación para que lo vea.

Al entrar al recinto, Cedric se acercó a la cama en donde su tío se encontraba leyendo un libro. Cuando aquel se percató de su presencia, sonrió.

—Cedric, ¿a qué se debe tu visita?

—A nada, tío. No estoy intentando meterme en el testamento.

—Eso es suficiente para mí. Siéntate... Trae el té, George.

—Sí, su señoría... —acató el sirviente.

—¿Cómo ha estado, tío?

—Unos días bien y otros muy mal. Sé que no pasaré de este año. Estar en cama es cruel, Cedric. ¿Y tú?

—Bien. Ayer empecé con mis lecciones con el letrado. Decidió aceptarme como su pupilo.

—Eso significa que estás enderezando tu camino. Déjame felicitarte... ¿Cómo van las cosas con su hija?

—Mal. Me odia porque le dije que necesitaba que se casara conmigo para que usted me diera el título. Eso no funcionó para que cayera rendida ante mí.

—Solo a ti se te ocurre decir algo así, Cedric. Sin embargo, esa mujer tiene la decencia suficiente para mandarte lejos. Es una que vale la pena. Tuviste buen ojo al escogerla, solo tendrías que convencerla de que eres conveniente.

—¿Y cómo se supone que haré eso?

—Sé tú mismo, encantador, jovial e intenta no hablarle de dinero cuando eso es escaso para ti... Conquístala como si tuvieses el mundo a tus pies, la confianza vale demasiado cuando no tienes mucho que entregar en lo monetario.

—Suena tan fácil... Ella podría hacer sopa con mis entrañas, tío.

—Pero esa es la mujer que tus ojos escogieron, si la quieres tener, lucha por ella. No serás el primer sinvergüenza que se casará por una dote.

—Ni siquiera he pensado en eso, solo consideré el título o la herencia, tío.

—Eres tonto hasta para eso, Cedric. Deja de ser un cabeza de alcornoque. Benjamin ha venido a decirme que se casará en un mes y que me presentará a su esposa para que le entregue el título.

Capítulo 14

—¿Por eso lo echó?

—George morirá siendo un chismoso. Sí, nadie viene a darme órdenes en mi casa. La echaré junto a la mujer que traiga. No quiero que me presenten a alguien a quien no quieren ni respetan.

—Será difícil contraer matrimonio con todas las condiciones que puso, tío. La que quiero que forme parte de mi vida me odia, que me quiera sería una odisea y si acepta casarse conmigo significa que morí mientras dormía.

—Todo lo que vives ahora es consecuencia de tu pasado. Debiste ser más inteligente y seguir lo que el destino tenía deparado para ti. Si ella sabe que eres un delincuente, todo está perdido. Un defecto minúsculo es ser codicioso, pero ser un ladrón confeso, eso es un suicidio.

—No lo sabe con exactitud, pero es evidente que sospecha de mí. Me llamó de nombres cuando bailé con ella. Por supuesto, como practiqué mucho con mi labia característica, pude confundirla y lograr que al menos se quedara con la duda. Dudar no significa culpar.

—Pero tampoco te exime. Tú te metes en demasiados problemas, Cedric, no es saludable.

—Lo sé, tío, pero me siento confiado al poder practicar con el letrado. Mi mente se ha abierto a muchas posibilidades y entre ellas está acercarme a lady Iris esta noche en una velada musical. Ella tocará el violín y su parte ha halagado sus habilidades.

—Si John Preston dice que su hija toca bien, es verdad, aunque eso no avala al resto ni cura el dolor de oído y las ganas de no asistir

a ningún otro evento. Lo único que hace que un hombre dude de casarse con alguien es un instrumento musical.

Cedric rio. Su tío tenía un gran sentido del humor. Lamentaba no haber valorado más lo que aquel le daba. Si lo hubiese hecho, ni siquiera existirían dudas sobre quién heredará algo.

George regresó con la bandeja con masas, galletas, la tetera humeante y dos tazas. Cedric le sirvió a su tío y continuó contándole todo lo que había estado haciendo y sus próximos planes. El sirviente se había quedado a conversar con ellos, pues el marqués tenía una estrecha relación con su ayuda de cámara.

Después de que Cedric saliera de la casa para ir a prepararse para la velada musical en la que abordaría a Iris otra vez. Se sentía envalentonado por la cantidad de consejos que había recibido en poco tiempo, lo que ayudó a levantar su tan deteriorada moral. Sabía que la joven intentaría limpiar el salón y afinar los instrumentos con sus dientes, pero confiaba en sus habilidades. Debía verse más encantador que nunca para atraer a esa mujer hacia él. Sin dudas su tío la aprobaba aun sin conocerla, lo que significaba que ese era el camino correcto.

Andrew le prestó sus ropas elegantes, aunque Cedric era mucho más grande en los hombros por andar mucho tiempo a caballo para cometer sus delitos. Ser un ladrón le dio mucho estado físico.

Él y su amigo salieron de la residencia de aquel y fueron a la velada. Ahí fueron recibidos con sonrisas, pues la mayoría sabía que este tipo de fiesta no era del agrado de la mayoría. Por más que muchas practicaban toda la vida, algunas tenían dos manos izquierdas y otras poseían la capacidad de romper vidrios con las notas agudas de sus cantos, una verdadera pesadilla para un caballero que buscaba esposa.

—Aquí no creo conseguir esposa, más bien me llevaré un gran dolor de oídos y de cabeza. En este tipo de lugares ni siquiera

deberíamos existir los que amamos la paz y la tranquilidad —declaró Andrew que buscó un lugar para enfurruñarse con comodidad. Tomó asiento y cruzó los brazos como un niño caprichoso—. Venimos aquí por tu codicia y porque quieres desenvainar la espada con la hija del letrado.

—Estás exagerando, aunque todo lo que dices tiene cierto sentido. No es descabellado el asunto de desenvainar la espada.

—No eres decente si asumes algo así.

—No soy decente y lo sabes, solo vine aquí para hablar con ella y seguir intentando. Me veré encantador para milady y no podrá resistirse a mí.

Iris y su familia entraron al salón y a ella le sorprendió que hubiese más gente mayor que caballeros en edad de casarse. Al parecer, durante generaciones muchas damas hicieron de las suyas para que una velada musical se viese tan pobre, aunque al recorrer un poco más el salón, vio a Cedric Harding sentado en uno de los sillones. Se veía imponente con las piernas cruzadas, una copa en la mano y el cabello perfectamente recogido en la nuca. No parecía un vil ladrón que planeaba que ella se casara con él para obtener un título.

—No puedo creer que ese sinvergüenza esté aquí, padre —dijo Iris refiriéndose a Cedric.

—¿En verdad es el señor Harding? No parece ni siquiera una persona con apuros económicos... —comentó Martha que cogió su monóculo para observar mejor.

—Déjalo, querida. Él tendrá más dinero de lo que imaginas, no lo molestes con tu odio, no le hace falta. Sé educada y paciente si se te acerca, no querrás arrepentirte después por haberlo rechazado.

—Si hay cosas de las que me arrepiento es de haberlo conocido en la calle y que no tenga un título para discutir con un igual. —Iris

rodó los ojos y fue hacia donde una mujer de edad le hacía gestos mientras ella tenía su violín en la mano.

—Harás sentir culpable a Iris por decir lo que piensa —musitó Martha.

—No todo lo que se piensa debe salir de la boca, Martha. Ella puede arrepentirse. Él es un joven talentoso, alguien que puede seguir mis pasos.

—¿No estarás pensando en retirarte, John?

—No, querida, pero sí ir dejando algunas cosas de lado. Con tanto trabajo no puedo enfermarme tranquilo. Mi asistente no da abasto y con Cedric las cosas irán bien. Esto le servirá para que administre su patrimonio y construya una reputación en el futuro.

Martha y John fueron a buscar asientos cerca de donde estaban Cedric y su amigo. Sin dudar el letrado le tendió la mano.

—Señor Harding... —pronunció John.

Al ver a John Preston, Cedric se puso de pie en un salto, correspondió al saludo e hizo una inclinación de cabeza respetuosa.

—¿Cómo está, milord? Milady, es un placer verla... —Cedric cogió la mano de Martha para dejar un beso.

—¿Cómo está, señor Harding?

—Al verla tan elegante solo puedo agradecer pisar la misma alfombra que usted...

—Oh, qué joven tan galante. —Martha se sonrojó y desde esa distancia podía ver mejor a Cedric. En verdad era un hombre atractivo, aunque sus ojos no eran los más expresivos que hubiese visto. Aquel color verde era casi brillante y no dejaba ver su estado de ánimo.

—Se está esforzando en sus modales, señor Harding, eso habla bien de sus prioridades —alegó el letrado sentándose a su lado después de saludar a Andrew y hacer una breve presentación con él.

—Si quiero algo que sea alto, debo colocarme a su altura. La idea es alcanzar lo que parece inalcanzable, milord.

El letrado sabía que se refería a Iris. A Cedric todavía le esperaba mucho camino por recorrer si quería ganarse los favores de una de sus hijas menos complacientes.

—Espero que pueda apreciar el talento de Iris. Tocará con su nuevo violín, lo estuvo afinando por días. Fue un obsequio del duque de Pemberton y Primrose, ya sabe quiénes son.

Por un momento, Cedric tuvo la decencia para ponerse rojo en las mejillas después de contar que anduvo persiguiendo a la joven a través de lord Stell.

—A eso vine, milord. Habló tan bien de su hija que decidí correr cualquier riesgo.

John le entregó una sonrisa y continuaron conversando.

Detrás del telón, Iris observaba hacia las personas que estaban del otro lado. Su padre estaba hablando con el señor Harding, mientras ella hacía chirriar los dientes de la rabia. No podía ser posible que él prefiriese a ese rufián que la seguridad de su hija. Parecía tan encantado con aquel que comenzaba a dudar que sí misma y que la loca simplemente podría ser ella y haber imaginado todo y hecho una conspiración en su cabeza para dejar mal parado a ese santo varón.

Lo miraba con recelo y sentía que lo odiaba, porque no podía entender la razón por la que era obstinado para acercarse a ella. Esperaba que solo estuviese imaginando que se acercaría y que, como debería, se alejaría de él; no obstante, algo le impedía ser irremediablemente malvada con Cedric Harding. No quería

experimentar dentro de su conciencia lo que podía significar ese hombre para su futuro, no debía estar ahí, no lo merecía, no pertenecía a su clase, estaba ahí para perturbarla, para llevarla hacia su objetivo y que terminara entregando su dote a alguien que tal vez ni siquiera heredara una gripe.

Sé sentía igual que Lily cuando conoció a Matthew, estaba atrapada entre ese hombre, su pobreza y el potencial que veía su padre en él y no se equivocó en ese caso, pero sí podría en este. No eran lo mismo, las diferencias gritaban por ser vistas, peor ella parecía ser la única demente que le encontraba defectos al hombre que era un defecto ambulante.

Mientras seguía observando, su mirada se encontró con la de Cedric y este le guiñó un ojo para que supiera que había sido vista.

—¡Sinvergüenza! —masculló para sí, escandalizada. No podía creer que este caballero se atreviera a faltarle al respeto de esa manera. Se creía con la intimidad suficiente para un gesto que ni siquiera su familia usaba en privado.

—¡Jovencitas! Es el momento que estaban esperando. No me hagan quedar mal. Todas son hermosas y talentosas, que no las consuma el miedo al qué dirán. La mitad de los asistentes ni siquiera escucha. Sean graciosas para conseguir un candidato.

—¡Sí, milady! —replicaron al unísono la mayoría de las damas, menos Iris que estaba ahogándose en la rabia.

Aquella cerró la cortina y se colocó en su sitio. Tendría que salir a exhibirse como carne fresca o quizá como un inocente faisán que no sabe que le están apuntando con un arma.

Los números comenzaron y las primeras dos jóvenes no lo habían hecho tan mal. Algunos pequeños errores eran algo que, tal vez, hasta fuesen necesarios para que se lograra hablar de una dama. La pierna de Cedric se movía sola a causa de los nervios de

ver a Iris. Minutos antes lo había calcinado con sus ojos azules que expresaban solo una cosa: desprecio. Eso comenzaba a ponerlo nervioso. La copa en su mano la había cambiado tres veces por tomarla con presteza. Antes de que diera un sorbo más, la mano de Andrew se lo impidió.

—No puedes beber whisky como si fuese agua. No es justo que quedes tan tranquilo después de haberme traído aquí, mientras yo me mantengo sobrio y con los ojos cerca de la hora del sufrimiento. Cualquiera de las siguientes puede sentirse como una puñalada a mis oídos.

—Te estás volviendo un veinteañero con ínfulas de anciano senil, Andrew. ¿Puedes disfrutar de la maldita música?

—Señor Harding, no hace falta que maldiga nada. Guarde esos pensamientos para usted —recomendó John que los escuchó hablando.

—Perdón, milord. Solo fue un pequeño inconveniente con mi amigo...

En ese instante llegó el turno de Iris. Ella salió al escenario con su vestido marfil y su porte de mujer inalcanzable, con la barbilla alzada y la mirada petulante. Su elegancia era innegable, tanto que se sentía inferior por el hecho de respirar el mismo aire que esa dama, pero no estaba dispuesto a rendirse. Su determinación lo haría persistente como una tos de fumador.

La anfitriona presentó a Iris que, de inmediato, se convirtió en el centro de atención. Muchos de ellos estaban esperando que fallara, pero eso no iba a ocurrir. Con sus primeros acordes demostró que tenía la firmeza y solidez necesaria para deleitar a los presentes.

Capítulo 15

Cedric sonrió al darse cuenta de que el letrado no mentía sobre las habilidades de su hija. Iris tenía talento con el violín, cada nota que escapaba con creciente perfección hablaba de que fue bien educada y que siguió al pie de la letra las instrucciones de quien le había enseñado. Los parientes a su lado se sentían orgullosos de la hija que criaron. A John Preston se le inflaba el pecho de orgullo, mientras que a su esposa se le escapaba una lágrima por la intensidad de la pieza ejecutada.

Él también estaba maravillado con lo que escuchaba y veía, aunque también se daba cuenta de que no la merecía, que no era nadie para ella y se lo hacía saber hasta con las notas más sentimentales de un violín. Cuando movía los dedos y el arco, lo hacía con tal gracia que no solo se trataba de tocar un instrumento, ella interpretaba la pieza como si la viviera, con gestos y movimientos. Cedric se consideraba su gran admirador.

Al terminar su pieza, la ovación fue completa e Iris agradeció a todos con una reverencia. Ella trató de no mirar hacia Cedric Harding, pero él estaba ahí, de pie, como un hombre devoto de su talento y notó algo que antes no había visto: su mirada estaba cambiando.

Regresó detrás del telón, recibiendo las felicitaciones de otras damas con las que nunca había hablado. Sus mejillas se sonrojaron un poco por la atención que recibía, pero se sentía orgullosa, pues por lo general debía compartir hasta los elogios con sus hermanas para no sentir que se hacían diferencias entre ellas. Siempre trataban de hacerlo todo en grupo, de esa manera ninguna sobresalía más que la otra, aunque todas sabían que Primrose era la que encantaba con esa voz angelical que la precedía. Era su gran encanto para conseguir todo. Pese a sus largas prácticas de canto, nunca pudo igualar las habilidades vocales de su hermana, pero

podía defenderse bien, mas no encantar. Su voz era más grave y con aspecto insolente. Sabía que era más ácida que dulce y, en parte, eso la colocaba en un lugar menos preferencial.

Después de ella, la anfitriona hizo que la gente tomara un descanso para pasar hacia la mesa del tentempié. Mientras estaba a punto de coger un aperitivo, alguien le acercó una copa de vino.

—Solo una palabra puede descubrir lo que escuché esta noche... —pronunció Cedric que abordó a la joven sin previo aviso, no pensaba darle una ventana de oportunidad para escapar—: maravilloso.

A Iris no le dio tiempo de reaccionar. Cogió la copa para no hacer una escena pública.

—Este no es un lugar para usted, señor Harding. Los bailes públicos son para gente de su condición —dijo con un deje de molestia, dejando la copa sobre la mesa—. Ya sabe, esos bailes para quienes no tienen dinero. Este, en cambio, es un evento privado, reservado para la aristocracia. Por eso debería marcharse —concluyó con la intención de seguir con su plan original: comer e ignorarlo.

—Qué duras son sus palabras, milady. Espero que no se arrepienta de tratar así a un futuro marqués...

—Hasta que eso no se materialice, usted sigue siendo el señor Harding.

—Lo sé y no veo nada malo con eso.

—Lo malo es que me busca sabiendo que le dije que no, que no lo quiero cerca, que no quiero ser su esposa, que no quiero ser la señora Harding y que no quiero que su miseria se pegue...

—No me quedó claro que no quiere algo... —dijo con sarcasmo —. Usted y yo tenemos algo indescriptible.

—Lo único indescriptible es su desvergüenza. Le dije que no lo quiero cerca y continúa pareciendo sordo al ignorar mi pedido.

—Vine hasta aquí solo para verla y oírla. Su padre me dijo que estaría en esta velada musical...

—No me haga sentir culpable, señor Harding. Espero que disfrutara del número, pero no puedo hacer más por usted. ¿Qué quiere si le he dicho que no a todos sus avances?

—Una oportunidad de amistad si quiere conocerme mejor.

—No quiero ser amiga de alguien que intentó asaltarnos.

—Ni siquiera está segura de eso, aunque, si así fuese, imagine qué divertida sería su vida conmigo. Ambos metidos entre los matorrales sobre un glorioso caballo negro. Puede escoger si prefiere que La abrace yo o lo haga usted...

Ella quedó boquiabierta por el atrevimiento. Sus mejillas comenzaron a cocinarse solas por la vergüenza que sentía, esperaba que nadie lo hubiese oído decir semejante cosa. Imaginar que él la abrazaba le causaba sensaciones extrañas. Ese pecho fuerte contra su espalda le calcinaba los pensamientos e imaginarla abrazándolo no era algo que mejorara el asunto, porque ella querría saber el encanto qué se escondía bajo esa camisa de lino.

—¿Pensó en lo que dijo? Está usted demente, señor Harding. Aléjese de mí junto con sus pensamientos lujuriosos.

—¿En qué momento fueron lujuriosos? Éramos solo usted y yo montados en un caballo en medio de la noche. No me haga imaginar lo que su mente perversa imaginó sobre nosotros, podría sentirme halagado...

—Sinvergüenza...

—No me respondió como sí le gustaría. ¿Me abraza o la abrazo?

—Canalla... Mi padre sabrá de esto.

—No hace falta que se lo cuente, aunque si lo hace, él le restará importancia, ¿sabe por qué? Porque sabe cuánto valgo y qué heredaré. Si usted fuese más amable conmigo, conseguiría el título. ¿Sabe lo que puedo ofrecerle? No solo todo lo que quiera, sino lo que pueda imaginar y está al alcance de un humano excepcional. Entiendo que es una mujer valiosa y lo ha demostrado de muchas maneras. Esta noche me quedó claro que es magnánima y que quizá apuntó más alto de lo que debería, pero soy ambicioso y no me rindo con facilidad.

—Excelente declaración de intenciones que tendrá la misma respuesta de siempre: no.

—Le ofrezco algo que no puede rechazar, milady.

La joven quería reír con sarcasmo, pero intentaba no levantar la voz y terminar hundida en la vergüenza con ese hombre.

—¿Qué puede ofrecer usted?

—Lo que un cuerpo puede dar. Podría darle un beso inolvidable y dejar que me abrace. ¿No le parece una excelente idea?

—Se está ofreciendo usted mismo, ¿cómo puede ser eso un incentivo para alguien? No me haga reír, señor Harding. Debo admitir que su sentido del humor está mejorando con el paso de los días. De ser un delincuente a «hombrezuelo». No podríamos considerarlo un avance, su declive es evidente.

—Puedo ver que mi ofrecimiento le interesa, ya que me ha juzgado como «hombrezuelo», algo que solo su mente libidinosa podría malinterpretar. No me ofende, me hace sentir honrado al estar en sus pensamientos.

Ella abrió la boca con sorpresa, no podía creer lo que oía. Ese hombre la estaba acusando de estar interesada en él.

—¡No estoy tan desesperada, señor Harding! —espetó con la voz más controlada que pudo—. No soy de las personas que recogen porquerías.

—Esa es una palabra muy dura para venir de una dama tan refinada. De todas maneras, me honra. La basura de unos puede ser el tesoro de otros.

—Pues sea el tesoro de otra, lejos de mí. No se convertirá en el mío ni me convencerá de escoger su locura por sobre la cordura.

Cedric cogió uno de los bocadillos de la mesa del tentempié y lo comió sin ajustar sus modales.

—Deberíamos conversar con más frecuencia —dijo él después de tragar—. No hay mujeres tan interesantes como usted. Son pocas las que me maltratan con tanto ahínco. Esto puede llegar a ser divertido.

—Téngase en poco de amor propio, señor Harding. Me divierte verlo humillado, pero considero que todo tiene un límite. Seamos buenas personas y vayamos cada uno por su lado.

Con todos sus movimientos calculados, Cedric cogió la mano de la joven y la asió con cuidado, aunque con firmeza.

El corazón de Iris se disparó al ver que los labios de él se dirigían a su mano, aún no se había colocado el guante por lo que, al sentir el contacto de su boca con la piel de su extremidad, sintió que sus piernas flaqueaban y quería arrojarse al suelo para estar segura; sin embargo, estaba entre mucha gente. Solo comenzó a sentirse extraña, como si se sofocara. Agitó la otra mano, abanicándose como podía.

Al percatarse de lo que le ocurría a Iris, Cedric frunció el ceño.

—¿Se encuentra bien? —preguntó sin dejar de tocar su mano.

—No sea atrevido. Busque a mi padre...

Ante la orden de la joven, él fue a buscar a John Preston. Lo encontró conversando con lord Stell para sacarle toda la verdad de cómo Cedric había conseguido saber todo sobre ellos.

—Disculpen la interrupción, milord. Lady Iris está un poco extraña, creo que se siente mal.

—¿Dónde está?

—En la mesa del tentempié...

Al oír esto, Martha y él fueron hacia donde se encontraba, pálida.

—Oh, Iris, ¿estás bien? Te ves... sofocada... —afirmó Martha.

—Necesito aire...

Los tres fueron tras ella. Cedric no sabía qué había hecho mal para que ella estuviese de esa manera, solo le besó la mano.

Abrieron la puerta que daba al jardín. Iris sintió el aire fresco al salir y comenzó a sentirse mejor. No podía ver al señor Harding con los mismos ojos después de ese instante tan íntimo. Besar su mano sin un protector era casi un pecado, esperaba que nadie hubiese visto eso.

—¿Está mejor, milady? —preguntó Cedric que volvió a tocarla y ella estuvo a punto de regresar a su estado anterior.

—Señor Harding, debería retirarse por su bien —declaró la joven que todavía sentía esas palpitaciones extrañas y la sensación de que todo era demasiado raro con él.

—No puedo irme sabiendo que puede estar enferma. Me quedaré con usted. El tentempié pudo haberle hecho daño...

—Usted es el que me hace daño y no me deja comer los bocadillos —gruñó exasperada.

—Querida, tu madre y yo pediremos una habitación de descanso para ti. No te muevas. Necesitamos que estés tranquila, el señor Harding te cuidará. —John cogió a su esposa del brazo y ambos fueron hacia la casa.

—¡Padre! ¡No puede dejarme aquí, al menos no con él! —exclamó Iris de forma inútil. Ellos desaparecieron al entrar al salón. Ella miró a Cedric con desprecio—. Mantenga distancia de mí si no quiere que le haga daño...

—¿No siente que le falta el aire, milady? La veo bastante agitada —murmuró Cedric que la rodeó como un cazador a su presa.

—Lo único que necesito es que se vaya.

—No lo creo, le falta que la asista para respirar.

—¿Cómo es eso?

—Se llama respiración boca a boca... —Él no perdió más tiempo y pegó sus labios a los de Iris. Aquel no lo sabía, pero ese sería el principio del fin para ambos.

Iris intentó resistirse al acercamiento del señor Harding, pero su voluntad se perdió cuando las sensaciones placenteras se apropiaron de ella. Dejó de querer alejarse y correspondió de la misma manera, quizá con más ahínco que él, sin saber con exactitud cómo debía hacerlo. Su instinto le decía que respondiera y eso hacía.

Por un instante, Cedric se vio rebasado por la apasionada dama a la que estaba besando. Aquello era una verdadera locura que no vio venir, esperaba un empujón o algo así, pero no algo semejante, estaba extasiado y no pensaba dejarla ir, aquello era en verdadero desafío para él, porque ella intentaba ganarle en todos los aspectos

de la vida, no solo en querer tener la razón, también lo hacía en un beso.

Ambos se devoraban mutuamente. Cedric la cogió por la cintura, la acercó a su cuerpo y la apretó contra sí para que no huyera, mientras que Iris se agarró del frac, aferrándose a él como si pudiese escaparse. Ella sabía que estaba mal y pronto regresarían sus padres, debía alejarlo, pero era tan difícil. Tuvo que tomar valor para eso, lo empujó y le propinó una fuerte bofetada.

Con la excitación del momento, él ni siquiera sintió que le habían estampado una mano en el rostro. Volvió a acercarla y le sonrió.

Esa sonrisa del señor Harding era la de un sinvergüenza y debía poner un alto, aunque no pudiese. Cuando él se acercaba de nuevo, ella miró hacia la salida al jardín y vio a sus padres que estaban acercándose. Si la veían así, la iban a casar con él.

Capítulo 16

Antes de que él pudiese hacer algo, la joven se desvaneció en sus brazos de forma repentina y él pudo agarrarla.

—¡Milady! —expresó, asustado antes de que se cayera al césped.

—¿Qué ocurrió? —preguntó John al llegar junto a ellos.

—Ella se desmayó, milord —explicó dando un respingo. Se asustó al oír la voz de John Preston. Sería una bendición que lo hubiese visto besar a esa joven, con eso tendría el matrimonio asegurado y muy probablemente la herencia de su tío.

—¡Oh, Iris! —Marta se agachó para observar a la joven desvanecida en brazos de Cedric.

—Llévela dentro, tenemos una habitación lista para ella —anunció la anfitriona.

Él alzó a Iris con fuerza, la colocó contra su pecho y apresuró el paso.

Mientras eso ocurría, Iris mantenía los ojos cerrados. En el último minuto recordó las palabras de su institutriz: «si no puede salir de una situación en desventaja solo conversando, finja un desmayo». Ese consejo llegó de manera afortunada y estaba segura de que la salvó de casarse con el señor Harding. Todo había ocurrido tan rápido entre ellos, que no le dio tiempo para pensar en lo mal que estaba haberse dejado besar por ese caballero.

La llevaron a una habitación pequeña de la planta baja, alejada de los curiosos. Cedric la dejó en la cama y la miró como si quisiera que le diera una explicación por lo ocurrido.

John se colocó frente a Cedric y observó su mejilla.

—¿Está seguro de que tiene todos los dientes en su lugar, señor Harding? Lo digo porque tiene una mano bien marcada en su mejilla derecha...

En ese instante él recordó la bofetada que le había dado la joven por su atrevimiento. Si quería sacar una ventaja real, ese era el momento de decir la verdad.

—Besé a milady porque ella lo deseaba, entonces me dio una bofetada y se desmayó. Creo que la dejé sin aire, no pudo decirme si lo disfrutó —contó señalando la mano marcada en su mejilla.

Iris quería levantarse y gritar que no era cierto, pero echaría a perder su teatro que debería salvarle la vida, aunque lo único que estaba haciendo en ese instante era complicársela. No podía creer que fuese tan sinvergüenza para mentir de una manera tan descarada.

—¿No se estará equivocando, señor Harding? Abundan los mosquitos en esta época del año. Considero que debió golpearse la cara con su propia mano, ¿o me equivoco? —John le estaba dando una oportunidad de retractarse antes de que terminara por darle la herencia al otro primo ladrón.

Cedric comprendió lo que el letrado quiso hacerle entender con sus palabras. No le quedaba más que aceptar «su verdad».

—Fue un chascarrillo inocente, milord. Por supuesto que fue uno de esos insectos, ni siquiera estoy seguro de que fuese un mosquito, pudo haber sido otra cosa...

La joven suspiró en su mente, aquel caballero tuvo la decencia de cambiar su versión gracias a la intervención de su padre. Ella estaba segura de que él jamás dejaría que su vida se arruinara con un matrimonio tan poco prometedor.

—Eso pensaba, señor Harding. Usted puede seguir divirtiéndose si gusta en el salón, su madre y yo nos ocuparemos.

—Por supuesto, vendré después de que terminen las demás jovencitas, milord.

El señor Harding salió de la habitación y John se sentó junto a Iris, mientras que Martha y la anfitriona fueron a por unas sales para despertarla.

—Abre los ojos, Iris. No eres la primera dama en años que finge para librarse de alguien —declaró John.

Ella le hizo caso al segundo e incorporó el torso en la cama.

—Me dejaron sola con el señor Harding, era presa fácil para él y, por supuesto, pensó que era mejor mentir para conseguir un matrimonio conmigo. No podemos fiarnos de él.

—Entonces no es cierto que se besaron.

—¡Por supuesto que no! Fue un mosquito y él se golpeó. Soy una dama, no puedo pensar en la violencia, padre.

—Claro, entiendo.

Su padre le puso una cáscara de banana para que ella tropezara, no lo hizo, pero era evidente que él sabía cuál era la verdad de las cosas.

Cedric fue al salón y regresó a sentarse junto a Andrew.

—¿En dónde estabas, Cedric? Quiero irme antes de que me sangren los oídos.

—No exageres. No puedo irme hasta ver de nuevo a lady Iris, se desmayó en mis brazos.

—¿Eso significa que la atrapaste? ¿Se casará contigo obligada?

—Esperaba que su padre fuese un hombre juicioso...

—¿Y qué pasó?

—No solo fue juicioso, sino también astuto. Me hizo mentir para que ella no se casara conmigo. La besé y él hizo como que todo solo fuese un malentendido mental.

—Vaya... Considero que puedes escoger a alguna de las jóvenes que están aquí. No tendrás el mejor concierto de tu vida, pero te asegura paz y que nadie te juzgue en el futuro. Podrías buscar algo más acorde a ti.

—Ni hablar, mi tío no aceptaría a una burguesa. Eso es impensable. Piensa que las mujeres sin rango contaminan la sangre y se refiere al caso de Benjamin. Empiezo a creer que eso puede ser cierto. Debo casarme con alguien de la aristocracia.

—Tu tío pone expectativas difíciles para ti.

—Podría ser difícil para cualquiera, pero no para mí. Puedo conseguir a una dama excelente, pero después de besar a lady Iris, no puedo pensar en otra cosa que no sea esa mujer. Es tan apasionada que cualquier otra me daría náuseas. Más que nunca necesito conseguir el título para tenerla a ella. Si no lo tengo, debo dar un paso al costado y con eso matar mis ilusiones a su lado. Ahí buscaré a alguien para pasar el tiempo, pero ahora ya no estoy seguro de desear casarme, no si ella no será mi esposa.

—Cedric, no sé cómo ayudarte. Al final parece que nos quedaremos solos anhelando a la mujer correcta, tú al menos la conociste, yo ni siquiera eso.

—Es mejor no conocerla, así jamás sabrás que no puedes tenerla, Andrew.

La velada musical continuó y Cedric comenzaba a darle la razón a su amigo. Esas jovencitas eran un desbarajuste que enfermaba a

más de uno en ese salón. Él sentía que recibía martillazos en el medio de la cabeza y Andrew parecía haber perdido el conocimiento. Esto los estaba destrozando. Los primeros números fueron buenos, pero los siguientes no compensaban las ganas de tener esposa.

—No puedo más. Lo siento, Cedric. Me voy —anunció Andrew con determinación. Se levantó de la silla sin importarle que los demás estuviesen mirando, al menos los que seguían con vida.

—Espérame en el carruaje, me despido de John Preston y su hija para poder ir contigo.

—Está bien, pero solo un rato, no pienso esperar más, necesito paz.

—Por supuesto, por supuesto...

Él se apresuró a buscar a la joven para verla por última vez, no sabía cuándo tendría otra oportunidad de verla.

Golpeó la puerta y entró a la habitación con cuidado.

—Con permiso, ¿podría despedirme de milady? —preguntó al ver a los padres de ella acompañándola en la cama, los dos sentados al igual que Iris.

Iris rodó los ojos, sabía lo que venía. Se sentía avergonzada, pero jamás demostraría eso, su orgullo no se lo permitía.

—Hágalo, señor Harding, cualquier persona cuerda abandonaría el barco —concedió John y se tocó el puente de la nariz.

—Quisiera desearle que se mejore y también decirle que espero verla pronto en algún otro evento para que conversemos igual que hoy...

La insinuación hizo que Iris abriera la boca, escandalizada. Eso era algo imperdonable, aquel hombre la estaba volviendo loca, pero

de verdad. No podía creer que cruzarse con él en la calle hubiese desatado todo este desastre.

—Que tenga una buena noche, señor Harding... —lo despidió sin más palabras. Se sentía bastante humillada y avergonzada para pronunciar algo más. Aparte, estaban sus padres y no podía declarar los improperios que tenía en la punta de la lengua o sería mal visto.

Se sintió un poco decepcionado, esperaba más enfrentamiento, pero era evidente que la presencia de sus padres impedía su decapitación física, aunque no la imaginativa.

—Que tengan buena noche... —Se despidió con una inclinación de cabeza para todos y los demás correspondieron.

Martha entendía lo que había pasado entre su hija y Cedric, pero no hablaría de eso allí. Si su esposo no estaba quemando ese lugar hasta los cimientos, significaba que todo estaba en orden y podía confiar.

Después de que lo vieran irse, John suspiró.

—Considero importante seguir el ejemplo del señor Harding e irnos a casa. Son cuatro años de vivir este asunto de las veladas musicales. Esto me hace sentir viejo...

—Estoy de acuerdo en que debemos irnos. Antes ya hubiesen cortado los dedos a estas niñas. Algunas carecen de talentos, pero los padres no se dan cuenta de que quizá la pintura sea algo más adecuado para sus hijas —dijo Martha con media sonrisa.

—De hecho, no deberían exponerlas a esta humillación. Si una de mis hijas no supiese tocar un instrumento ni se me ocurriría traerla a torturar gente.

—Quiero irme a descansar, lo necesito —musitó Iris que quería ir a estar sola en su casa, pero sabía que ahí la esperaría Camellia y esta solo le hablaría para que le contara todo.

Iris y su familia se despidieron de los anfitriones para poder irse. Por un lado, ella se sentía avergonzada por lo que tuvo que hacer para que no la obligaran a casarse con el señor Harding. Si sus padres la veían en esa situación quizá la hubiesen dejado pasar, pero en compañía de ambos se encontraba la anfitriona, por lo que no podía darse el lujo de quejarse del hombre estando en sus brazos, desmayarse era lo único que podía hacer. Siempre practicaban caer con clase para no verse ordinarias al fingir. Los desmayos naturales eran escasos, por lo que llevarlos a cabo era un arte.

Cuando llegaron a la casa, fue por el pasillo arrastrando los pies hasta su cama, en donde echó su cuerpo de cara.

—¿Mala noche? Yo me arrojaría así, pero en el suelo si hubiese tenido problemas con el violín —dijo Camellia con una sonrisa burlona.

—No tuve ningún problema. Me besó, Camellia...

—¿Qué? ¿Quién te besó? ¿De qué hablas? —interrogó poniéndose de rodillas en la cama, expectante por lo que su hermana tenía para decirle.

—El señor Harding. Siento que él me sedujo con artimañas y falsos pretextos. Me escandaliza su actuar, pero más me avergüenza el mío.

—¿No te defendiste?

—No, me aferré a él como sanguijuela a la piel. No sé en qué estaba pensando. Me vi nublada por su talento para engatusar. Eso es lo que dijo la señorita Bruster, ahora puedo verlo con una claridad escalofriante. Los miserables tienen un encanto que es capaz de arrastrarte a la miseria. Lo dijo tantas veces y mi mente lo sabía, lo sospechaba y por eso intentaba alejarlo de mí, por mi propio bien y por la de mi dote.

—Es cierto, ella lo dijo demasiadas veces, solo ahora que tú lo dices parece tener sentido. En realidad, nunca le presté mucha atención a eso. La señorita Bruster parecía delirante cuando hablaba de hombres seductores que, si bien no tenían dinero, tenían otros talentos y el mejor estaba en sus pantalones. ¿Lo recuerdas? Entonces no encaja mucho con un beso, ¿o crees que tiene que ver una cosa con la otra?

—Lo que dices es escandaloso, Camellia.

—¿Por qué? Ya sabemos cómo se hacen los bebés, Lily lo ha contado y dijo que la señorita Bruster tenía razón con lo de los pantalones.

—Estás inventando eso.

—No lo hago, la escuché hablando con Daisy y ellas hablaron sobre dotes, no sé si hay más dinero después de la dote, pero ambas coincidieron en que sus esposos tienen algo con mucha dote, no sé si lo entendí tan bien. Me estoy confundiendo.

Capítulo 17

—Tiene sentido que tengan mucho dinero... El dinero es igual a dote. No podemos equivocarnos en eso.

—¿Y si le preguntamos a Alexander si tiene buena dote? —Camellia se encogió de hombros—. Se lo preguntaré a uno de nuestros hermanos primero, no quiero pecar de tonta frente a ellos.

—Tal vez deberías guardarte esa pregunta para cuando cumplas la edad. Estás confundida y has logrado que yo también lo esté, hablaré con la señorita Bruster. Ella podrá darme un poco más de ideas sobre este asunto. No quisiera decírselo a nuestra madre, porque quizá se sienta avergonzada. No sé qué le contará nuestro padre después de que él supiera que mi desmayo fue tan falso como un cuento.

—¿Lo hiciste? ¡Lo hiciste! ¿No te golpeaste la cabeza contra el suelo?

—No, el señor Harding me sujetó.

—Él tiene brazos muy fuertes, pudo cargar muchas cosas en el carruaje.

—Es un delincuente en buena forma. No querrás verlo como un panadero subido en un caballo asaltando carruajes en la noche.

—No se vería bien. Ser asaltada por un hombre así no parece algo malo.

—Nosotras fuimos sus víctimas.

—No sabía que éramos nosotras, Iris, o lo peor, ni siquiera fue él quien lo intentó. En lugar de robar carruajes, parece robar corazones con su encanto. A ti ya te tiene en donde quiere. En un

mes te veré rogando a nuestro padre que te deje casar por tu convicción de ser la señora Harding.

—Eso no pasará. Ahora déjame descansar un poco. Necesito pensar...

—Te aparté ropa de cama. Vístete... —Camellia le dio la espalda a su hermana y se acomodó para dormir.

La joven lo hizo antes de apagar la lámpara y que quedaran completamente a oscuras. Mientras intentaba conciliar el sueño, no podía hacerlo con facilidad porque regresaban a su mente imágenes del beso entre ella y Cedric, lo que hacía que las cosas fueran difíciles de aceptar. Debería sentir asco, odio o cualquier otra sensación, lo único que tenía era una fuerte opresión en el pecho, producto de darse cuenta de lo que había ocurrido. El beso le gustó más de lo que debería y quería admitir. Eso le impedía pensar en otra cosa ajena a él, lo odiaba aún más por eso, pero no podía evitar que las sensaciones placenteras del contacto se extinguieran. En su interior esperaba que algún día volviese a ocurrir, pues no pensaba en otro caballero, su cabeza estaba desocupada y no tenía otro candidato, al menos no había conocido a uno que la impresionara. El señor Harding tampoco lo había hecho, aunque era el que había llamado su atención de la forma incorrecta.

Se tapó la cabeza varias veces con la sábana, recordando su desvergüenza al aferrarse a él y después intentar solucionar el problema con un desmayo teatral digno de una felicitación de la institutriz.

Después de un par de horas de larga meditación sobre su actuar, pudo descansar, pero no fue como imaginaba, pues soñó con el momento, con los ojos verdes y acusadores del Cedric.

Al despertar quería golpear una pared con el puño porque él no había hecho nada para merecerla, era una mala persona y ella, con la simplicidad de la estupidez, cayó en sus garras. La supuesta

inteligencia de la que se jactaba brillaba por la claridad de su ausencia.

En el pasillo, la señorita Bruster caminaba con un libro en la mano. Ella estaba tranquila, esperando que le avisaran el momento en que debía dejar la casa para ir a la siguiente para educar a otra niña.

—Buen día, milady. Tiene el rostro de alguien que ha comido algo que dijo que no se llevaría a la boca —comentó la mujer con una sonrisa.

—Buen día, señorita Bruster. ¿Recuerda que a las mujeres les atraen los pobres por tener un encanto peculiar?

—Jure que no ha probado el encanto peculiar...

—¿Un beso es parte del encanto?

—Sí, pero por suerte no es todo. ¿Quién se atrevió a besarla? Debo comunicarle esto a milord.

—Él lo sabe. Fue el señor Harding...

—¡Oh, no! La eduqué para cosas mejores. No puede caer en las garras de un rufián de poca monta.

—Le di una buena bofetada y fingí un desmayo memorable para evitar que alguien nos acusara. He sabido llevar sus enseñanzas a la excelencia, señorita Bruster.

—Espero que tenga un buen dolor después de esto. Usted es demasiado para alguien como él. Sería tan injusto que con su gracia, belleza y dinero terminara involucrada con alguien así. Lleve el arma que le enseñó a usar el conde, sirve para estos casos.

—No pensé que la necesitara, era una velada musical.

—Ahora ya sabe que no se debe confiar ni en el peor evento organizado del país.

Iris asintió y caminó junto a la institutriz hasta la planta baja, antes de entrar al comedor, escuchó a sus padres conversando.

—¿Cómo que el señor Harding trabaja contigo? —interrogó Martha, confundida.

—No grites, mujer. Sabe mucho sobre leyes y quiere encaminarse. Además, será rico en poco tiempo cuando su tío muera, no solo rico común, uno demasiado adinerado. Lo más probable es que se convierta en marqués porque está haciendo lo que su tío pidió, salvo acosar a Iris.

—Si lo tienes pegado a ti pensará que se la entregarás.

—Eso no depende de mí, sino de Iris. Espero que no se arrepienta de despreciarlo por lo que no es ahora y puede ser más adelante. No creo que tenga la misma oportunidad que Lily. El señor Harding está madurando a golpes de la vida y eso lo hará más fuerte.

—Si estás seguro de que será el próximo marqués, deberías alentar a Iris a que lo conozca.

Ella estaba escandalizada. Su madre y su padre casi la estaban vendiendo a ese hombre por un par de promesas sin cumplimiento.

—¿Les molesta que interrumpa cuando están pensando en venderme? —increpó molesta.

—Buen día, querida... —saludó su padre.

—Es hipócrita de su parte, padre. Lo suponía, no está de mi lado, está del lado de su cliente.

—No es como crees, solo he dado una opinión personal, si no toleras lo que no debiste escuchar, es asunto tuyo, Iris —declaró su padre.

—Está hablando de mí, por supuesto que es asunto mío.

—Si oíste lo que dije, sabrás que mencioné que no puedo obligarte a aceptarlo, tampoco quiero que hagas algo creyendo que yo lo espero.

—No es momento de discutir estos asuntos, nos sentará mal con el desayuno, Iris. Siéntate, y tú, querido, come y después a trabajar —pidió Martha para calmar a aquellos individuos que compartían un poco de sangre.

Sin querer armar un escándalo, Iris se sentó a la mesa, pero no sin antes mirar en sus rostros y tratar de entender sus pensamientos. Ellos mismos habían pedido un tipo de candidato, pero resulta que no quieren seguir sus mismos parámetros. Podría considerarse gracioso de no ser triste y lamentable para ella. El tal señor Harding estaba convenciendo a sus padres de que pensaran que era una maravilla masculina, solo que utilizaba técnicas diferentes. Aquel quería convencer a su tío mediante las leyes, pues era lo que más amaba hacer y a su madre que era tan soñadora. Y la misma Iris no podía quedarse atrás en la tontería, debía seguirle el juego a su familia, porque a ella la estaba convenciendo con besos.

En realidad, la palabra no sería convencida, sino en duda de su propia cordura al dejarse llevar por algo desconocido, pero excitante y apasionado. Lo que experimentó con ese hombre era como darle vida a varias partes de su cuerpo que creyó que no tenían mucho que hacer o que sentir.

—¿Por qué el señor Harding trabaja con usted? —preguntó Iris dirigiéndose a su padre.

—Estudió leyes, quiere practicar y me pidió como un favor que lo ayudara —respondió John con simplicidad.

—No puedo creer que sabiendo que es una vil rata, sinvergüenza, inescrupulosa, cobarde y crápula, lo tenga con usted.

—Lo dijiste bien, hija, conmigo, no contigo... —replicó John Preston—. No tienes argumentos para impedirme hacerle este favor que lo ayudará a apropiarse del título, al menos aferrarse más a él y demostrar que su proceso de cambio es real. Quizá sea o fue lo que has descrito con tanta pasión, Iris, pero a mí me sirve como pupilo, es un iluminado con las leyes.

—¿No se da cuenta de que lo está embelesando con lo que más le gusta solo para llegar a mí?

—Este hombre ha subido tu moral a límites insospechados, Iris —declaró Martha con sorpresa.

—No se trata de eso. Solo necesitan dos dedos de frente para darse cuenta de todas las artimañas que tiene. Quiere casarse conmigo, apropiarse de mi dote, del título, de mi padre y hacerme la vida imposible con presencia.

—Te estás volviendo ególatra. Iré a trabajar. Traten de no pelear mientras no estoy. Despierten a Camellia, ha dormido demasiado. — El letrado abandonó su silla para darle un beso a cada una de las mujeres que lo acompañaban ahí y después fue a buscar su bastón y su sombrero.

—No estoy siendo ególatra, madre. Él quiere desgastar mis límites y poder convencerme de contraer matrimonio con alguien que quizá sea mentiroso, creo que ese es un mayor defecto que su pobreza.

—No convencerás a tu padre de nada, querida. Lo único que puedes hacer es seguir negándote a cualquier avance si no quieres al señor Harding, nadie puede obligarte a escogerlo, aunque si

hereda el título te recomiendo que lo tengas en cuenta en caso de no haber encontrado a otro candidato que valiese la pena.

—Madre, es un ladrón, alguien sin moral, sin ética, no puedo siquiera pensar en que pueda introducirse en nuestras vidas.

—Tu padre dice que es excelente en las leyes. No lo he visto tan entusiasmado con alguien que hable su mismo idioma.

—Eso va en mi contra y a favor del señor Harding. No tiene nada bueno que resaltar a mi entender, pero mi padre es un santo, un inocente que cree en las segundas oportunidades para algunos.

—Tu padre no tiene nada de inocente, si él está aceptando a este joven es porque tiene motivos ocultos, nunca lo olvides. Él sacará una ventaja. Desde aquí parece que el señor Harding tiene las riendas, pero mi esposo es astuto, lo conozco desde hace tiempo y jamás ha perdido ni ha fallado en sus estimaciones. Por algo me casé por más que no todo empezó por amor. Es algo que quiero que recuerdes, no digo que puede ser tu caso, pero no te cierres a conocer a las personas y más cuando ambas sabemos que existe algo peculiar entre tú y ese caballero.

—Lo único que existe es un rechazo hacia él. No pienso soportarlo, no me sacrificaré por darle un título, no quiero ser su supuesta marquesa.

—Me alegra saberlo, entonces no te importará que otra sí quiera serlo. Ahora todos lo rechazan, pero está a punto de convertirse en el joven soltero más codiciado de la ciudad y tú puedes tenerlo con un chasquido de tus dedos. Ese poder es único y debes saber usarlo.

—Pues no estoy interesada en él y mucho menos en hacer competencia por ser la esposa del marqués de lo ajeno. Quien se lo quede pierde, madre.

Martha sonrió y entendió que su hija estaba en una terrible fase de negación de sus sentimientos y su parecer hacia el señor

Harding.

En el despacho de John, Cedric había llegado a tiempo, con una sonrisa serena y el ánimo renovado después de lo que había ocurrido la noche anterior.

—Señor Harding, pensé que no se presentaría por vergüenza... —comentó John con sarcasmo.

—La vergüenza no es lo que me trajo aquí, milord. Si la tuviese no hubiese llegado tan lejos.

—Esa es la actitud, jovencito. Solo no intentes volver a besar a Iris. Puedes igualarte la otra mejilla.

—Golpea muy fuerte, milord. Está bien alimentada o quizá su afán de ser contradicha fue lo que le dio tanta fuerza para matarme como una mosca contra la pared.

Capítulo 18

—Me hace reír, señor Harding. Debe esforzarse más si le interesa Iris; sin embargo, debo advertirle sobre ella. Es determinada cuando algo se le mete en la cabeza y ahora tiene la idea fija de que usted es un problema e intentará por todos los medios que conoce, sacarlo de su vida. No le importa que pronto pueda tener un título, tiene la imagen de que es un ladrón y eso pesa para su toma de decisiones.

—¿Y qué me aconseja?

—Seguir adelante, pero con un plan más elaborado. Puedo ser la reina en su tablero de ajedrez, señor Harding, pero solo una vez que mueva todas sus piezas con inteligencia. A algunos la competencia los vuelve más inteligentes y cuidadores de sus oportunidades.

Cedric entendió el mensaje a la perfección. Iris no le haría caso por su cuenta, necesitaba darle una sensación distinta para que ella tomara una decisión que la acercara él, pero ninguna dama lo estaba tomando en serio.

—Disculpen la interrupción. En la entrada se encuentra una dama, dice ser hija del señor Monroe... —dijo el asistente de John.

—Hazla pasar, es una dama, no la dejes esperando —ordenó John que tomó asiento y le indicó a Cedric que se sentara en el suyo que estaba a unos pasos.

Una mujer de unos diecinueve años atravesó el umbral. Era hermosa de cabellera larga y oscura, sus ojos eran marrones y su piel tan blanca como la porcelana.

—Buen día, disculpen... —saludó la joven.

Los dos hicieron una reverencia y John le indicó el asiento frente a él.

—¿En qué puedo servirle, señorita Monroe?

—Mi padre no podrá venir a firmar esos documentos pendientes, milord, y no confío en que nadie más se los lleve y pueda darle otro papel que no corresponda. Él está enfermo y solo me tiene a mí, pero la codicia de mis primos respira en mi nuca para dejarme sin nada. Ya sabe que aún no conseguí un esposo por estar cuidando de su salud.

—Lamento escuchar que tiene esos problemas, pero no se preocupe. El señor Harding la acompañará para que esté segura de que ningún familiar malintencionado se acerque al lecho de su padre. Él será mis ojos y oídos. Es mi próximo relevo. Cuando se case, puede decirle a su esposo que tener a este joven es como tenerme a mí.

La señorita Monroe le sonrió a Cedric.

—Es un placer, señor Harding. Me da tanta confianza saber que el letrado de mi padre ha depositado su fe en alguien con futuro.

—Para mí es un gran honor estar en la alta estima de milord, señorita. Estaré encantado de acompañarlo.

—He venido en mi carruaje sin que la otra parte de la familia lo supiera. Son capaces de cualquier cosa con tal de apropiarse del banco de mi padre.

Entendía la razón por la que varios estaban como buitres sobre la familia, tenían nada más y nada menos que un banco. En sus momentos más bajos Cedric ya la hubiese visto como una víctima ideal para no morir de hambre; sin embargo, la veía de otra forma, como alguien que necesitaba algo que él tenía.

—Esos documentos están listos. Estuve trabajando días en esto. Su padre es previsor, milady. Solo debe tener cuidado con lo que lleva aquí, eso la convierte en presa fácil de cualquiera. Lo mejor es guardar silencio sobre lo que hay en estos documentos... —John selló los papeles y después los metió en un maletín de cuero—. Todas las hojas, señor Harding...

Él no sabía lo que había adentro, pero era algo bastante grande y lo suponía por la expresión de John Preston. ¿Qué era tan importante que nadie debía saber?

El señor Harding y la señorita Monroe se dirigieron al carruaje de la dama. Dentro estaba una mujer mayor que tenía la cara más rancia que vio en su vida.

—Nana, él es el señor Harding, es letrado como el lord John Preston, de su plena confianza. Lleva los papeles para mi padre.

—Es guapo, señorita Monroe. Necesita un protector, ¿qué mejor que un letrado para estar protegida hasta en los pensamientos?

Él sintió como si estuviesen hablando de un pedazo de carne sin sentimientos. Esa señora lo veía como la cena de esa noche.

—Es...

—Entiendo, señorita Monroe —interrumpió Cedric con una sonrisa—. Al igual que todas las damas, prefiere formar parte de la aristocracia. No se sienta mal por pensarlo. Mi tío es marqués y quizá pronto herede su título, por lo que entiendo lo que es desear trepar en la sociedad. Nadie quiere ir hacia abajo, sino subir.

—Aparte de guapo, inteligente, señorita. Tiene lo que necesita...

—Nana, me está avergonzando. Lo único que quiero en este momento es que mi padre pueda firmar esos papeles para estar tranquilo y después me enfocaré en buscar un esposo.

—Tengo al candidato perfecto para usted, es un conde, alguien que quiere casarse y no ha encontrado a la indicada. Tal vez quiera ser presentada a él...

—¿Un conde? ¿Quién? —preguntó la joven intentando esconder su entusiasmo.

—Lord Stell. Es mi mejor amigo, podría presentárselo cuando lo desee. Le hablaré de usted si lo permite.

La mujer a la que le decía Nana asentía como si se le pudiese salir el cuello.

—Está bien. Le escribiré al despacho del letrado cuando mi padre se sienta mejor para poder dejarlo un rato. Mi familia busca oportunidades para poder abordarlo y tal vez hacerle algo.

—Por supuesto, señorita Monroe...

Para Cedric el asunto era claro, la señorita Monroe quería algo que él por intermedio de su amigo podía otorgarle, estaba seguro de que Andrew al saber sobre la jovencita en cuestión terminaría interesado y cuando la viera, este quedaría complacido. No era de mirar a la gente por su clase, por lo que ese no era un problema para conseguir que ellos se conocieran. Quizá con esto pudiese pagar un poco de lo que lord Stell había hecho por él durante todos estos años.

La casa del señor Monroe era enorme, una verdadera mansión que estaba llena de lacayos en cada rincón, desde cuidar el jardín hasta limpiar los techos, otros se veían grandes y fuertes, tanto que suponía que eran guardias.

Al bajar del carruaje fueron hacia la entrada llena de obras de arte, platería brillante y lujo en cada pilar y a lo largo y ancho del techo artístico de la propiedad. Ni siquiera la casa de su tío rico era tan lujosa.

—Mi padre tiene algunas carencias espirituales, señor Harding, espero que no se note demasiado... —musitó la joven en tono burlón.

—No, no se nota... —replicó correspondiendo el espíritu de su dicho.

Ella llevó a Cedric hacia las escaleras que parecían no tener fin y después por un pasillo amplio lleno de muebles artesanales y más jarrones. Después la señorita Monroe abrió una puerta con una llave que tenía en su poder. En ese instante, él comenzaba a dudar de que la joven le hubiese contado la verdad sobre sus parientes y que no fuese ella la que estuviese haciendo algo malo.

—Lamento tener que encerrar a mi padre, pero solo lo hago durante mi ausencia.

Él asintió ante la disculpa de la joven y la siguió. Un hombre de unos setenta años estaba acostado en la cama. Le recordaba a su tío al verlo en esas condiciones.

—Padre... —pronunció la señorita Monroe para despertarlo.

—Katherine... —murmuró él abriendo los ojos.

—Traje al letrado conmigo, padre. Él es el señor Harding, trabaja con lord John Preston. Aquí trae los papeles que pidió. Yo misma fui hasta su despacho.

El hombre miró con desconfianza a Cedric, puesto que no lo conocía.

—¿De dónde ha salido este hombre, Katherine? ¿Estás segura de que no es algún supuesto pariente que no podemos comprobar?

—No lo es. Le juro por mi madre muerta que a este caballero lo saqué de la oficina del letrado. Él mismo dijo que tenerlo aquí era como tener sus ojos y oídos.

—Buen día, señor Monroe. Para que no desconfíe de mí, le pasaré los documentos para que los lea. Si ahí dice lo que usted le pidió a John Preston, puede confiar en mí, de lo contrario, puedo retirarme y dejar que él venga cuando pueda.

El señor Monroe extendió la mano para que le diera los documentos y poder leerlos. Una vez que los tuvo en su mano, reconoció todo lo que le había pedido a su letrado, no había sido cambiada ni una sola expresión, ahí estaba lo que necesitaba.

—Es este... —dijo el banquero—. Firmaré.

Con dificultad, pudo levantarse e ir hacia su escritorio de la habitación. Su hija colocó la silla para que tomara asiento y después también le acercó la pluma y el tintero.

—En todas las hojas, señor Monroe... —pidió Cedric que miraba por encima de su hombro. Lo que decía ese papel era conveniente y se lo contaría a Andrew, no con intenciones morbosas de burlarse, sino para que comprendiera la conveniencia de casarse con la señorita Monroe y que esta no quedara en la miseria cuando él muriera.

Aquel señor firmó en todas las hojas y pareció aliviarse al terminar de hacerlo. Era como un asunto pendiente que tenía con la vida.

—Ahora estoy más tranquilo... —confesó el banquero.

—¿Qué tiene ese papel que es tan especial, padre?

—Es algo para protegerte, Katherine, y dejar a algunos en donde merecen. Es una lástima que los muertos no puedan ver cuando los vivos estallan de rabia, porque me encantaría poder hacerlo cuando llegue la hora de leer esto.

—Ha hecho una maldad otra vez, padre.

—No, no es maldad, es justicia. Lo siguiente es encontrar a alguien que sea capaz de llevar esta carga con honestidad y encargarse de ti. Por estar aquí conmigo has perdido oportunidades únicas para conseguir a un hombre que sea tu esposo.

—Todavía hay tiempo de hacerlo, no debemos apurarnos.

—Debes apresurarte porque si yo te falto, mis bienes se quedarán esperando a quien lo tenga y si no hay ese alguien, pasarás necesidad.

A Cedric le picaba la mano por contar lo que deseaba, pero debía soportar, él estaba ahí por un asunto ajeno a un futuro matrimonio.

—Señor Harding, dígale a John que lo estaré esperando, al menos para una despedida cordial...

—Así lo haré, señor Monroe. John Preston está ocupado con los asuntos de mi tío en este momento. La vida está siendo dura con algunos...

—Oh, espero que todavía esté con vida.

—Lo está. No puede irse sin saber que sus sobrinos han hecho las cosas bien...

—Mi hija es lo único que me mantiene aquí. Sería bueno que ella conociera a alguien como usted.

—Milady me ha comentado sus ambiciones. Puedo ayudarla con eso hasta cierto punto...

—Me ha dicho que conoce a un caballero que está buscando esposa, es un conde —confesó Katherine, sonrojada.

—Quiero conocerlo —pidió el padre de la joven.

—Debo hablar con el conde de Stell para que conozca a su hija. Tal vez una velada fuese lo ideal y...

—Una cena, quiero que venga a cenar a mi casa. Usted también, señor Harding.

Estaba metido en un lío de aquellos. Su amigo ni siquiera sabía que estaba empeñando su alma por el hecho de solo haber mencionado su nombre. Andrew era un buen hombre; sin embargo, no sabía de qué podría ser capaz si se veía involucrado en algo que no le agradase. Esa misma noche conversaría con él.

—Hablaré con él, prometo una pronta respuesta...

Después de eso, siguieron conversando. Notó que la hija del banquero estaba entusiasmada por conocer a Andrew. Él estaba seguro de que ella se enamoraría con solo verlo y su amigo quizá sintiera lo mismo. Aquel no era demasiado ambicioso en su búsqueda, quizá lo único que necesitaba era paz.

Cuando Cedric regresó al despacho del letrado, este se había retirado y solo el asistente estaba enterrado bajo un montón de papeleo.

—¿Crees que el letrado necesite estos papeles con urgencia? —preguntó Cedric refiriéndose a los documentos del señor Monroe.

—Sí, de hecho, pidió que se lo llevara a su casa esta tarde...

Capítulo 19

La situación estaba servida para él, por lo que Cedric cogió esos papeles y los llevó consigo a casa de Andrew, pero no con la intención de enseñarle nada de lo que había ahí. Eso era capaz de seducir a cualquiera, incluso al corazón menos corrompido, incluso podría volverse un poco codicioso y casarse con la señorita Monroe; no obstante, toda su atención la tenía lady Iris y no solo porque fuese aristócrata, sino por la pasión que escapaba por cada poro de su piel.

En casa de su amigo, llegó poco antes de que se sirviera el almuerzo, dejó lo que llevaba en la mesa cerca de la entrada y fue a sentarse junto a Andrew que estaba leyendo un libro.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó lord Stell.

—Podría decirse que muy bien. Conocí a una joven hermosa, rica y con ánimo para casarse...

Andrew bajó su libro de inmediato y me dedicó una sonrisa.

—Por fin cambiarás de objetivo. Las cosas con lady Iris no van tan bien.

—No es lo que crees, ella quiere un esposo, pero no cualquiera. Desea que sea de la aristocracia.

—Ese no será un problema en un par de meses quizá.

—No tiene un par de meses para pensarlo, Andrew. No sabemos qué ocurrirá conmigo, por lo que le hablé de otro caballero, pero con un título...

—¿De quién hablaste?

—De ti, por supuesto. La señorita Monroe es una mujer preciosa, de cabello oscuro y ojos marrones. Otro de sus atributos, aparte de su belleza, es que su padre es banquero, una dote generosa, además, el señor Monroe quiere conocerte y te ha invitado a su casa.

—¡Me vendiste! —exclamó Andrew, incrédulo.

—No, por supuesto que no, solo mencioné tu nombre en los momentos correctos. Quieres una esposa y no encuentras una, ¿verdad?

—Esto va mucho más allá de lo que un amigo debería hacer por otro.

—¿Te conseguí algo íntimo con una dama o no? Su padre tiene más vida del otro lado del arcoíris que de este, Andrew. Si muere la dejará a merced de su familia que quiere dejarla en la calle para apropiarse de todo... No querrás ver su piel de porcelana en un burdel atendiendo borrachos.

—Ni siquiera la conozco para que apeles a algún sentimiento.

—Tienes el corazón blando, por eso estoy haciendo esto. Vamos, hazlo por mí, no me hagas quedar mal. Si todo sale bien y le consigo un esposo, ella podrá ayudarme con lo que necesito para conquistar a milady.

—¿En qué locuras estás pensando para aprovecharte de una joven con necesidades?

—No necesita nada más que un esposo. No me hagas ver como el villano. Quiero poner celosa a milady. Si sabe que puede perderme con una dama rica, eso ablandará la piedra que tiene en el pecho que los mortales llamamos corazón, Andrew. La idea es que luche por mí.

—Por favor, si esa joven lucha, pero para liberarse de ti. No digas tonterías, nos meterás en problemas a ambos.

—Sálvame, Andrew, estoy en tus manos. Si esa joven no es de tu agrado, puedes patear mi entrepierna o echarme de tu vida para siempre.

—En qué líos más me meterás, Cedric. Hago todo por ti y me pagas comprometiendo mi tiempo con desconocidos. Espero que esa mujer sea lo que espero, porque haré que mi perro te arranque los testículos de una mordida si no es así y sabes que Malone puede hacer cosas malas...

Por supuesto, Malone, ese era su Spinel de pelo rizado, un verdadero demonio de los canes que no conoce de amor ajeno que no sea el de su amo, porque odia a todos. Mientras él está en la casa, el sabueso debe estar en un corral para que no se lo coma vivo.

—¿Cuántos años viven los perros? Este ha vivido más de lo recomendado, tal vez doscientos años...

—Malone tiene solo ocho años, no te atormentó demasiado. Además, los perros son capaces de sentir el aura de las personas. La tuya debe estar podrida para tener que hacer lo que hiciste hoy al dar mi nombre.

—Intentaré conservar intactas todas las partes de mi cuerpo. No traigas a Malone.

Debía negociar la presencia de ese animal en la casa o todo terminaría en un desastre. Ya vivió momentos en los que tuvo que subirse a un mueble para no convertirse en la cena de ese animal.

Al terminar de almorzar con su amigo, fue a su habitación y trató de descansar un poco antes de ir a casa del letrado para dejar los documentos del señor Monroe, pero no podía dejar de hacer planes en su mente retorcida. Todo parecía alinearse con lo que

necesitaba. Esa debía ser una señal de que era el camino correcto. Esperaba tener suerte en su posible hazaña.

***

En casa de John, Martha y sus hijas preparaban el salón del té para tomarlo entre ellas y aprovechar el tiempo para practicar un poco de costura, pues ellas no tenían la misma habilidad que Primrose con eso y tenían que esforzarse el doble si querían impresionar a alguien sin quedarse sin dedo en el intento.

—Creo que podría hacerle el dobladillo a ese vestido que me queda largo —comentó Camellia, confiada.

—Y yo creo poder coser el agujero de una media imaginaria. En fin, soy una verdadera inútil. Cuando tenga una doncella, ella se encargará de esos asuntos —dijo Iris que dejó la costura por un momento para beber un sorbo de su té.

—Podríamos probar con el tejido, a todas nos vendría bien un chal de lana... —alentó Martha al notar que Iris siempre caía en lo mismo, que era rechazar las labores comunes de una dama.

—Recuerda que esto y los libros serán nuestras únicas formas de entretenimiento, Iris —musitó la menor.

—Entonces prefiero pincharme los dedos sin tener que intentar seguir un patrón que, claramente, no puedo. Las líneas se me mueven al intentar unirlas. ¿Qué más quieres? En los libros las letras bailan un baile campestre... No puedo hilar nada.

—¿Desde cuándo no puedes hacerlo? —cuestionó su madre.

—Siempre me ha costado, pero cada vez es más difícil.

Martha frunció el ceño con inquietud. Esperaba que Iris no tuviera problemas de visión. Quizá la situación estuviera empeorando; nunca había sido de leer libros con tipografías

diminutas y siempre había preferido aquellos en los que podía distinguir las palabras sin tener que entrecerrar los ojos. La contabilidad de su padre usaba caracteres más grandes, pero en algunos comprobantes solía pedir ayuda a sus hermanas o a algún sirviente cuando, según decía, las letras comenzaban a bailar frente a ella.

—Iré a por algo para ti... —comentó Martha con una idea fija en su cabeza. Se levantó de su silla y fue hacia la salida del salón del té.

Fue al despacho de su esposa y abrió la puerta sin tocar, pues no creyó que estuviese ocupado; sin embargo, ahí estaba el señor Harding con un maletín.

—¿Necesitas algo, querida?

—Disculpen la interrupción. No sabía que el señor Harding estaría aquí. Solo vine a buscar tu monóculo, John.

—Buenas tardes, milady. Solo he venido a traer unos papeles para milord —saludó Cedric que se acercó a la dama y cogió su mano con educación.

—Usted siempre tan servicial, señor Harding...

—¿Para qué quieres el monóculo? —preguntó su esposo.

—Para Iris, dice que las letras bailan frente a sus ojos, por lo que creo que necesita uno. Lo pondré a prueba.

El hombre le entregó lo que su esposa pidió.

—Gracias, querido...

—Martha, antes de que te vayas, pide al servicio que lleven dos tazas más al salón del té, el señor Harding se quedará con nosotros.

Su esposa asintió y salió del despacho con una sonrisa, pero al cerrar la puerta detrás de sí, se apresuró a ir al salón del té. Entró como una tromba y comenzó a ordenar lo que estaba tirado alrededor.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Camellia que estaba cosiendo y Martha casi le arrebata su tela.

—Madre, responda —pidió Iris que se puso de pie.

—¡El señor Harding ha venido! —exclamó la dama.

Iris sintió que perdía el aliento al oír eso. ¿Cómo se atrevía a ir hasta ahí?

—¿Está segura? —cuestionó Iris a su madre que intentaba esconder el desastre.

—Me saludó, por supuesto que lo estoy. Trajo un maletín para tu padre. En verdad están trabajando juntos. Dudo mucho que esto sea un juego o un plan para estar cerca de ti solo por el hecho de estarlo. Él está tramando algo.

Después de que Iris se quedara en blanco por unos segundos sopesando lo que su madre decía. Ella se puso a guardar los objetos de valor del salón.

—¿Qué estás haciendo? —cuestionó Camellia al ver que Iris escondía el juego de té de plata pulida dentro de uno de los muebles, mientras que ella y su madre estaban tratando de ordenar hilos, agujas y telas esparcidas por todas partes.

—Esconder lo que tiene valor. Si fuese ustedes, dejaría las telas y escondería la platería. Es un delincuente. ¿No es obvio lo que debemos esconder? No es una modista, es un ladrón —replicó siguiendo con lo suyo.

—Querida, son los adornos, déjalos ahí... No tocará nada si estamos aquí... ¿Es lógico lo que te digo? —curioseó su madre que después miró a Camellia y esta estaba guardando sus aretes en el delantal—. ¡Camellia!

—¡Qué!

—Ponte los aretes. No te los arrancará de la oreja si estamos presentes tu padre y yo. Oh, qué vergüenza.

—Es que Iris tiene razón. Deberíamos esconder lo valioso, madre. No sabemos qué puede intentar. Nuestro padre está viejo, y nosotras no podríamos defendernos de un afamado salteador de caminos.

—Las dos dejen de decir tonterías y compórtense como damas. Las mujeres educadas sonríen, saludan y son amables, no importa lo incordio que pueda ser la otra persona. Para eso se ha pagado a una institutriz. Sé que la señorita Bruster ha hecho un excelente trabajo, al menos es evidente con Primrose, pero ustedes dos son un verdadero dolor de dientes. Siéntense y sean buenas niñas.

Las dos dejaron caer sus cuerpos en los sillones y cruzaron los brazos, enfurruñadas.

—Las jóvenes de hoy en día parece que están afectadas por la tontería colectiva. Iré a dar órdenes en la cocina y regresaré en un rato. Este lugar ha quedado perfecto. Cojan un libro para que no parezca que están sin hacer nada.

Su madre salió con presteza, mientras que Camellia e Iris se miraban.

—No pienso quedarme con los brazos cruzados. Traeré mi cuchillo —espetó Iris.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cortarle la lengua porque quiere besarte? ¿Qué pasa si en lugar de apuñalarlo, te apuñalas?

—Tengo práctica con un árbol. No fallaré si debo defenderme.

—No quieres defenderte, eres solo una criatura caprichosa que es prejuiciosa con un hombre pobre.

—¿Prejuiciosa? Mira quién habla, la que escondió sus aretes. ¿Quién es la prejuiciosa ahora?

—¡No es justo si lo pones así!

—Pues iré a por mi cuchillo y nadie me detendrá.

La joven fue con rapidez hacia las escaleras y buscó su cuchillo. Lo cogió y después comenzó a pensar en dónde lo colocaría. Escogió ponerlo en una de las ligas de su media. Tendría que ser muy sutil al sacarlo si fuese necesario. Con la misma prisa que la llevó a su habitación, regresó al salón. Su madre ya estaba ahí con dos tazas más y otros asientos preparados para su padre y el señor Harding.

Ella tomó asiento en su lugar anterior y su madre le colocó un libro en el regazo y después le entregó el monóculo de su padre.

—Prueba con esto. Así sabremos si es lo que necesitas.

—¿Un monóculo? Me veré tan mayor que no quiero hacerlo, madre.

—Es por tu bien. Con eso las letras dejarán de parecer un enjambre de abejas ante tus ojos.

Suspiró con desgana, pero hizo lo que su madre le pidió. Colocó el monóculo frente a sus ojos y después abrió el libro que tenía letras diminutas. Las palabras se alinearon no tan perfectamente como le gustaría, pero hacía que no forzara sus ojos en la lectura.

—Puedo leer lo que dice aquí sin trabarme ni inventar una palabra —confesó con una sonrisa.

Capítulo 20

—Lo suponía, Iris. Traeremos al médico para que te vea y busque uno especial para ti, lo necesitas, querida.

Estaba impresionada por poder ver de esa manera después de mucho tiempo. Trataba de no hacer ciertas actividades en las que debía forzar mucho la vista, de hecho, las partituras ni siquiera las miraba con frecuencia, solo con los números que hacía para su padre se esforzaba, pero era porque le gustaba hacerlo.

Después de unos minutos, al escuchar que la puerta se abría, Iris guardó el monóculo con rapidez e intentó poner la cara amable que su madre le había pedido que pusiera y que su padre desearía ver, solo para que un ladrón no pensara que era una maleducada.

Cuando vio a Cedric entrando, su corazón dio un vuelco. Ella creyó que lo odiaría por lo que había hecho, pero ocurrió lo contrario, lo veía más atractivo que antes. Su sonrisa era segura y su porte más cuidado. En verdad no parecía un sucio ladrón, parecía un delincuente de sociedad, un libertino que robaba virtudes. Esa idea la sonrojó y miró hacia otro lado, lo malo era que, al cambiar de dirección, Camellia la estaba mirando, analizando sus expresiones y notaba en ella que quería burlarse por la cara que tenía al verlo.

Cedric se relamió los labios antes de saludar. Primero se acercó a Camellia y le agarró una mano para dejar un beso educado.

—Buenas tardes, milady. Tiene un pendiente precioso, ¿en dónde está el otro?

Camellia buscaba el otro como loca. Primero creyó que él le había robado solo con verla y que era un experto; sin embargo, solo fue una jugada, su pendiente estaba en el mismo lugar: su oreja. Se sintió avergonzada y esta vez fue la misma Iris quien quiso burlarse de su hermana.

Él llegó hasta Iris y levantó su mano, acarició la piel a través de la tela del guante de algodón, aspiró el aroma, cerró los ojos y dejó el beso. Si nadie estuviese en ese salón, Cedric ya hubiese intentado besarla. Sentía que estaba perdiendo el control sobre sus instintos. Esto no parecía ser solo la forma de conseguir una fortuna, sino también darse cuenta hasta donde se podía perder la cordura en un objetivo para terminar embelesado por una mujer. Cuando decían que las mujeres eran capaces de derribar imperios, se reía de eso. Pese a no tener nada, él se sentía derribado en sus barreras por una mujer grosera de alta sociedad.

—¿Ya se encuentra mejor después de su desmayo? —indagó con voz suave. Por lo general tenía la voz gruesa, pero siempre acostumbraba a cambiarla de acuerdo al lugar en el que se encontraba, cuando robaba debía hacerlo con otra voz.

—Sí, estoy recuperada. ¿A qué ha venido?

La mirada que Martha le dedicó a su hija por sus escasos modales hizo temblar al resto de los que estaban en la sala.

—Me alegra saberlo...

—Es bueno verlo... —comentó Iris para que su madre dejara de cocinarla con los ojos.

—Me siento bien al saber que soy bienvenido. Estoy trabajando con su padre y no quisiera que le incomodara mi presencia...

—No me incomoda, señor Harding. Puede usted venir cuando guste.

—Iris tiene razón, señor Harding, puede hacerlo cuando guste. Tenemos muchas cosas pendientes, por lo que usted vendría seguido a la casa como hoy. ¿Cómo le fue con el señor Monroe? —curioseó John, mientras su esposa servía té para ambos varones.

—Primero el señor no quiso confiar en mí...

—Vaya, ese hombre no lo conocía y ya tenía razones más que suficientes para no confiar —comentó Iris con sarcasmo. No pudo contenerse al oírlo. Sí, era una joven un poco salvaje, pero la verdad estaba ahí, no podían tapar el sol con un dedo.

—Pero su preciosa hija, la señorita Katherine Monroe, lo convenció y fue tal su confianza, que tengo una cena pendiente en estos días. El mismo señor Monroe me invitó... —mintió tergiversando los hechos reales. El verdadero invitado era Andrew, pero él también iría porque así lo quería el hombre.

—La señorita Monroe es una verdadera joya. Ser la hija de un banquero tan adinerado es una gran ventaja y más cuando su dote es el banco de la familia... —dijo John dejando atónitas a las damas, ya que Cedric había leído los papeles por encima del hombro del señor Monroe.

Lo que había oído era suficiente para que ella mirara a Cedric como si este estuviese en otra órbita, pese a estar en el mismo lugar.

—¿Qué tanto dinero se puede obtener de un banco? —indagó Martha, curiosa.

—La dote de esta joven es igual a la que tienen Iris y Camellia juntas con los aportes adicionales de sus hermanos...

Camellia escupió su té, la dote de todas era alta, pero la de esa joven rozaba lo estúpidamente ridículo.

La satisfacción de ver a Iris haciendo números en su mente no tenía igual. Por fin podía mirarla con suficiencia, como ella siempre lo hacía. Entendía que no le agradaba ser superada por otra mujer y le molestaba aún más que fuese más rica.

—Eso es tener mucha suerte, señor Harding. Imagine que tenga el título de su tío y un banco. ¡Oh, qué afortunado! —expresó Martha con verdadera emoción.

Cada palabra de su familia se sentía como un puñetazo aún más fuerte en el estómago de Iris. Ese hombre convertiría a una mujer sin sangre aristocrática en una marquesa. A él hasta podía perdonarle eso porque era de linaje noble, aunque no alcanzó un título, sin embargo, esto era algo inconcebible.

—No quiero adelantarme, pero lo que sí sé es que he quedado cautivado con alguien de mi misma línea social. Ella es tan hermosa que si llegara a verme con otros ojos podría llegar a considerarme el hombre más afortunado del mundo.

—¿Qué demonios tiene este té que deja a todo el mundo como estúpido? —masculló Iris, enfadada por todo lo que oía—. No pueden estar halagando a este rufián. ¡Ni siquiera debería estar aquí!

—¡Iris! —espetó su padre con dureza.

—¡No pienso callar más! Estamos sentados con un vil ladrón que ahora tiene ínfulas de banquero y que quién sabe si no ha cambiado las disposiciones de ese hombre para conquistar a la hija desesperada por un matrimonio.

Cedric le sonreía con sorna al ver que perdía el control sobre sus impulsos y dejaba salir todo lo que tenía dentro.

—Soy la única que no compra la actuación de este hombre. O todos se están volviendo dementes o la demente soy yo. No tiene sentido que esté aquí, con nosotros...

—Iris... —insistió su padre—. El señor Harding trabaja conmigo y será mi sucesor porque tiene la capacidad suficiente para ser el próximo letrado mejor pagado de la ciudad.

Ella miró a su padre y después a todos los demás. Su madre la observaba con molestia y Camellia solo se limpiaba la boca con la nariz y una servilleta, porque el té le había salido por ambos lugares.

Iris parecía haber perdido el juicio y todo era por culpa de Cedric Harding.

—Debería tomar las cosas con calma, milady. Considero que debería resignarse a mi presencia si estaré aprendiendo cosas de su padre. No la molestaré, es solo cuestión de aceptarnos mutuamente. Sé que no le agrado porque no tengo dinero, pero también es consciente de que mi realidad cambiará en algún momento, espero que no sea pronto, porque eso significaría la muerte de mi tío. Le pido disculpas si la molesté o si mi amabilidad le incomoda.

No respondió. Iris se limitó a negar con la cabeza y guardar silencio para seguir escuchando los delirios. Todos estaban en su contra y se empeñaban en mostrar a ese hombre como un redimido, alguien que se rasga las vestiduras como un ser humilde e iluminado. Nunca creyó ver tanta zalamería junta. Se sentía indignada.

Escuchó a todos ellos desvariando y solo trataba de establecer contacto visual con una persona que no estuviese completamente consumida por la carismática presencia del señor Harding, pero Camellia también comenzaba a prestarle atención y no sabía si se trataba del tema de conversación o sus ojos hipnóticos que estaban haciendo el mejor trabajo del mundo al dejar tontos a todos.

El señor Harding tenía a casi todos en ese salón convencidos de que era el ejemplo de redención y estaba a punto de dejar a Iris como una mujer desquiciada. No era lo mejor que su probable futura esposa se comportara como una loca, pero era inevitable debido a su negativa a verlo de otra forma. Le parecía que solo era resistencia a lo que ella sentía por él. Entre ellos existía algo que solo esa joven no aceptaba, mientras que él corría con los brazos abiertos para ir a su encuentro.

Cuando él decidió que era tiempo de retirarse, se levantó con respeto e hizo una inclinación hacia todos ellos.

—Me retiro. El té estaba delicioso y la conversación fue divertida. Espero regresar pronto.

La familia Preston se puso de pie para despedirlo.

—Lo estaremos esperando después de su cena con la señorita Monroe. Lo acompañaré a la puerta... —habló John que dio unos pasos hacia él.

Los dos caballeros salieron de la sala e Iris pudo demostrar toda la frustración que destilaba su corazón con un gruñido y una expresión caprichosa.

—Jovencita, te esperan clases adicionales con la señorita Bruster por este comportamiento. ¿Qué hemos hablado sobre tu conducta con la gente de menos recursos?

—No soy prejuiciosa, madre, pero ese hombre saca lo peor de mí.

—Ella está enamorada del señor Harding y eso la enfada —concluyó Camellia que comió la última galleta de la bandeja.

—¡Las mentirosas se mueren, Camellia! —masculló Iris, avergonzada.

—Lo que supone tu hermana es evidente. No puedes concebir que ese hombre pobre se esté fijando en una mujer más rica que tú, déjalo ir, Iris. Tú enfócate en otro tipo de persona, quizá un conde o un duque. No te sugiero a ningún futuro marqués, pues eso sería malo al saber que una joven sin cuna ocupará el lugar de marquesa que pudo haber sido tuyo si hubieses tenido fe.

Iris negó con la cabeza y salió del salón del té con dirección a su habitación. No saldría de ahí hasta que la institutriz le arrancara una oreja con un tirón o que hiciera estallar su oído con un grito. Jamás aceptaría nada de lo que se le acusaba con Cedric Harding.

Ese hombre era una lacra y ella no debía pensar en él ni siquiera para odiarlo. Eso sería darle demasiada importancia que no merecía.

Mientras que ella intentaba no morir en medio de sus pensamientos, John y Cedric se despedían en la entrada de la casa.

—Ha jugado la carta de la señorita Monroe con mucha inteligencia, señor Harding. Lo felicito. Ha puesto a mi hija a caer de un burro.

—No es del todo mentira, milord. Es cierto que tengo una cena en esa casa, pero es para presentar a mi amigo, lord Stell. La señorita Monroe está interesada en un noble con título. Lamento no estar entre sus opciones.

—Lo mejor es que no diga nada de esto y siga con el juego.

—Lo sé. Su hija ha perdido el juicio.

—Ella debe aprender que no puede juzgar a todos con la misma vara. Usted puede ser un ladrón, pero está dejando ese camino y cualquiera estaría orgulloso de conocer su verdadero potencial. Su tío estará feliz al saber lo que hace.

—Espero que sí. Siento que lo he decepcionado por demasiado tiempo. No merece un sobrino más que sea una porquería, para eso está Benjamin.

—Confíe en sus habilidades, señor Harding. Está tomando el mejor camino que puede. No crea que mi hija es un premio, es un calvario con hermoso rostro y un corazón bueno, aunque confundido en este momento. Sea inteligente y juegue bien todas sus cartas, un paso en falso y el teatro se le caerá.

—Sí, milord. Lo haré, no tenga duda de eso.

Capítulo 21

Dos días después...

Cedric y Andrew estaban de pie en la puerta de la mansión del señor Monroe.

—Siento que van a querer comprar mi conciencia —dijo Andrew mirando a su alrededor.

—Es una mala idea. Serviría ofrecer dinero a un pobre diablo, no a un hombre rico como tú.

—Es cierto, pero la situación será incómoda. ¿En verdad la señorita Monroe es bella? Esta casa dice que puede comprar a cualquier hombre porque es fea como el demonio.

—No te metería en este problema si no valiera la pena. Si no la quieres, cuando sea marqués me sacrificaré y me casaré con ella. Es una mujer bonita, no te arrepentirás de conocerla.

—Eso espero. Reza por tu vida, Cedric. Mi tiempo es valioso. La mujer de mi vida puede estar ahora mismo en un salón elegante.

—Pero no más elegante que esta casa, Andrew. —Cedric le guiñó un ojo a su amigo.

El sirviente los dejó entrar y ellos pasaron hacia el enorme recibidor. Cedric ya conocía el lugar, pero Andrew evaluaba el calibre de la persona que vivía en esa casa.

—Señor Harding... —pronunció la voz angelical de Katherine que estaba emocionada al ver a la figura alta y atlética que se encontraba junto al joven letrado.

Al mirar hacia el lugar de donde venía esa voz, Andrew quedó enamorado al instante de Katherine. Cedric parecía haber sacado a

esa mujer de sus sueños.

—Señorita Monroe... No podíamos dejar de venir. Aquí le traigo al sacrificio del cual le hablé... —Cedric cogió la mano de Katherine y dejó un beso en ella—. Andrew, ven, te presentaré con la dueña de esta casa.

—¿Has dicho con mi dueña? —cuestionó sin perder de vista a Katherine.

Ella también había caído rendida ante el atractivo y el encanto del conde de Stell. Aquello era más de lo que esperaba. En verdad no había confiado en que el señor Harding le presentara a alguien que valiera la pena.

—Es un placer, lord Stell. El señor Harding me habló de usted y de su búsqueda de una esposa...

—¿Cuál búsqueda? No, no, no. Eso terminó. Encontré a la dama más bella de Inglaterra...

—Andrew... —Él le apretó el brazo a su amigo que se estaba poniendo muy intenso. Sabía que aquel quedaría encantado, pero no se le ocurrió que quedaría completamente estúpido por ella.

—No le hiciste justicia a la señorita Monroe. Te faltaron palabras para halagarla...

—Oh, milord...

Katherine y Andrew no dudaron en cogerse de la mano como si se conocieran de toda la vida y Cedric no existiera.

—¿Y el señor Monroe? —indagó Cedric para no quedar fuera de la conversación, porque aquellos dos estaban perdidos, estudiándose como si fuesen dos animales a punto de aparearse. Era horrible estar en medio.

—Bajará con los sirvientes. Hoy amaneció fuerte y quiere cenar con nosotros... —contó sin dejar de mirar el rostro perfecto de Andrew.

Después de unos minutos, el señor Monroe bajaba en una silla con ruedas que era alzada por varios sirvientes que debían cargar el peso de ambos.

—Señor Harding, resultó que no es un charlatán —dijo el hombre en tono divertido.

—Por supuesto que no, señor Monroe. He traído a mi amigo, el conde de Stell.

—Es él, padre... —lo señaló Katherine, emocionada.

—Ya veo... Ahora necesito saber más sobre él, al menos más de lo que ya he descubierto.

—Buenas noches, señor. Cedric me habló de ustedes y aquí me tienen. Estoy feliz de no haber rechazado este contacto.

—Por supuesto que está feliz. Mi hija es encantadora, pasemos al comedor.

Un sirviente empujaba la silla hacia el comedor para que los demás pudieran sentarse. Una vez que todos se acomodaron, el señor Monroe sonrió.

—Sé sobre sus fincas productivas, lord Stell, impresionante, es un hombre organizado. Debo decirle que no pensaba encontrar nada bueno sobre usted por ser amigo del señor Harding al que también investigué y su vida no es tan brillante.

Por un segundo, Cedric quiso defenderse, pero Katherine intervino.

—Mi padre no puede dejar de saber sobre las personas que me rodean. Usted prometió presentarme a un conde y lo cumplió. Todo lo que él sabe, ahora es un secreto para nosotros. No se preocupe.

—Lo que dice Katherine es cierto, señor Harding. Cuando me trajo los papeles, desconfié; no voy a negarlo. Mi informante me habló largo y tendido sobre sus actividades pasadas… Omitiré los detalles. Lo relevante es que hoy ha enderezado su camino, y lo ha hecho con la confianza y el aval de un hombre íntegro como el letrado John Preston. Ese respaldo no es uno cualquiera: es, sin duda, el más sólido de todos.

—Lamento que tuvieran que enterarse de mis actividades anteriores, he dejado esa vida porque no puedo seguir de esa manera, soy un hombre instruido y desperdicié mi vida. Mi tío dice que heredaré mucho, pero no sé qué de todo lo que tiene me espera, solo sé que no puedo dejar que muera con la idea de que soy un fracaso. Nunca debí portarme mal. Andrew es la persona más honorable que conozco y siempre ha sido paciente, me ha salvado y aconsejado en muchas ocasiones. No hay hombre más confiable que él en todos los aspectos.

—Es cierto. Sobre el conde de Stell solo hay cosas buenas. Tiene buena reputación, dinero y amistades sinceras. Ahora solo depende de él si le interesa mi hija...

Katherine se sonrojó y miró a Andrew que solo se limitaba a escuchar, esperando el momento para hablar.

—Por lo poco que he podido notar, la señorita Monroe es un encanto y estaría complacido de escuchar sobre ella por más tiempo.

—No se hable más. En un mes tendremos la boda.

Cedric dejó caer su tenedor para decir unas palabras y conseguir retrasar eso. No estaba listo para perder a su único apoyo

moral tan pronto. No sabía cuál de ellos estaba más demente. Si el padre, la joven o Andrew si aceptaba semejante locura.

—No me queda mucho tiempo en este mundo y deseo asegurar el futuro de Katherine. Se llevará mi banco, lord Stell. Espero que sea suficiente para aceptarla.

Andrew quedó boquiabierto con lo que escuchaba. Miró a su amigo que no le había dicho nada sobre lo que recibiría si aceptaba algo con esa joven, suponía que él sabía todo eso. Él supuso que por ser una joven rica tendría dinero como dote, pero ¿un banco? Eso ni siquiera lo había soñado. Aquí nada era improvisado, todo había sido calculado y estudiado. A él no le importaba el dinero, la joven era lo que su amigo prometió y eso era suficiente para poder conversar con ese hombre sobre matrimonio. No iba a encontrar a una mujer que lo impactara de esa manera como lo hizo Katherine. Era más de lo que había soñado.

—Vine sin conocimiento apropiado para negociar, señor Monroe —confesó Andrew con cortesía—. No sabía que la dote sería su negocio. Creí que solo sería dinero como el de las demás jóvenes.

—Entiendo su perspectiva, lord Stell. Según sus negocios, usted mismo se encarga de ellos, por lo que no será difícil que vea el banco como uno más. Será un insignificante detalle en un futuro cercano. Lo importante es el matrimonio, y que mi querida Katherine esté protegida. Mi miedo no es morir, es dejar a mi hija a merced de personas que al tener mi dinero la echarán a la calle. Ella es tan valiosa, mi mayor tesoro...

La joven se secaba las lágrimas al escuchar a su padre, un hombre rico, casi rogando a un desconocido que la tomara como esposa para cuidarla.

A Cedric no se le ocurrían palabras. Quería hablar, pero no podía, parecía un pez fuera del agua abriendo y cerrando la boca buscando aire. Su amigo estaba más loco que padre e hija al aceptar

un matrimonio sin conocer al menos una hora a esa familia, pero suponía que ellos encontraron al miembro faltante para que la disociación fuese completa.

—Es comprensible. Estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida con la señorita Monroe y no es por el banco, es porque estoy interesado en conocerla más allá de esta cena que ni siquiera empezamos.

Lord Stell miró a Andrew que parecía ahogarse. Estaba seguro de que deseaba decirle que lo considerara al menos unos días; sin embargo, ese hombre estaba desesperado por ubicar a su hija con alguien importante. No esperaría a darse cuenta de que se la entregó a otro en dos días. Conocía el riesgo; sin embargo, también se daba cuenta de que no quedaría prendado de otra mujer como quedó de esta.

Después de ese punto, la cena giraba en torno al dinero del señor Monroe y del conde. Harían los arreglos pronto para que su hija se casara con Andrew. El banquero pagaría todos los gastos, pues deseaba una boda lujosa y extravagante para ella. El amigo de Cedric no estaba interesado en mostrarse, siempre fue alguien de bajo perfil porque eso le permitía que siempre mantuviese su buen nombre alejado de los desmanes de otros nobles, aunque siempre bailaba junto al peligro cuando se trataba de Cedric.

Cuando los dos salieron de la casa del señor Monroe y subieron al carruaje de Andrew, Cedric cogió a su amigo de ambos brazos y lo zarandeó.

—¿Qué demonios hiciste ahí adentro? Debiste pedir un tiempo para considerarlo.

—Cedric, cálmate. Según tú, ¿qué tengo que considerar? No veo problema alguno con esta gente. La joven es preciosa y me encanta, el hombre es rico y me dejará la inmensidad de su fortuna. Responde, ¿qué es lo que tengo que pensar? El que debe reclamarte

algo soy yo, porque no me dijiste que está gente saca dinero del sombrero como los magos sacan conejos. Tú sabías sobre la dote...

—Supe que la dote provenía del banco en cuanto lo vi firmar aquellos papeles con el letrado. Pero antes de eso ya le había hablado de ti a la joven, y se mostró sinceramente entusiasmada. Sé que no eres codicioso; aun así, preferí callar lo que sabía, por si no te agradaba. Yo no tengo tiempo para casarme si el señor Monroe muere antes. No sé cuándo tendré yo a mi propio difunto ni siquiera si llegaré a ser marqués. Pensé que contaba con más margen para utilizar a la señorita Monroe y provocar los celos de lady Iris, pero ahora que vas a casarte con ella, todo se ha ido al demonio.

—La señorita Monroe es una mujer inteligente que pagará el favor de conocerme, Cedric. Le comentaré sobre tu necesidad y estoy seguro de que ella accederá.

—¿Crees que sí?

—Absolutamente. No me gusta presumir, pero está encantada conmigo.

—Cuando la vi dije que estaba hecha para ti.

—Me has pagado todo lo que hice por ti a lo largo de nuestras vidas. No me debes nada más. Nunca pensé que tú me llevarías a mi destino.

—Y yo no sabía que creías en esas cosas del destino.

—Tal vez, pero supongo que cada cosa nos lleva hacia donde nos conviene, aunque no lo parezca.

—Si eso fuese cierto, no hubiese robado nada.

—La vida también es libre albedrío. Gracias a eso estás saliendo del hoyo y ganándote el respeto de un hombre importante como el letrado… y el mío, como futuro banquero.

—Sé que harás un buen trabajo con ese banco. Ese caballero no pudo dejar su fortuna en mejores manos que las de un tacaño como tú.

Los dos rieron a carcajadas mientras se dirigían a la casa de Andrew después de que se pusieran de acuerdo en que el conde era un poco tacaño.

A la hora de dormir, Cedric intentaba ser estratégico para conseguir que este compromiso entre Andrew y Katherine fuese algo ventajoso, al menos lo sería por unas semanas hasta que se casaran y cayera la mentira de que él estaba detrás de ella. Tenía un par de días para conseguir que esa dama le dijera que estaba dispuesta a algo, necesitaba presionar un poco más y no se le ocurría cómo sin que todo estallara en su cara.

Capítulo 22

Iris trataba de concentrarse en sus prácticas de violín y en las clases repetitivas de la señorita Bruster a pedido de su madre por haber sido irrespetuosa con la misma persona. Había perdido la cuenta, pero él era el individuo que lograba sacarla de sus casillas.

—¿Y tus clases con el cuchillo? —preguntó Charles al verla leyendo un libro de modales debajo de uno de los árboles del jardín trasero.

—Mi madre cree que tengo que aprender cosas más importantes, como, por ejemplo, soportar a un delincuente paseando por nuestra casa, tomando té con nosotros y pronto se sentará en mi regazo para pedirme que me case con él para robarme la dote y dejarme en vergüenza.

—Supongo que hablas del nuevo letrado en la oficina de tu padre. Es cierto, es una lacra, pero está en alta estima de John. ¿Qué puedes hacer tú? Abrir los brazos para recibirlo, porque tienes la batalla perdida desde que un caballero conquista al padre. Debes entender el asunto, él no está buscando entrar por tu corazón, sino por el lado de John y lo está consiguiendo. Lo tiene de su lado y no es porque esté ciego. Sabe lo que hace y nada es improvisado, todo es intencional.

—Sí, lo sé. Lo peor es saber que mi padre, la persona que más amo, está en mi contra.

—Mmm... Quizá él ve algo que tú no. El señor Harding será el próximo marqués, todos lo sabemos más que suponerlo. ¿Quién más que John para saber a ciencia cierta? Él ya está cuidando el futuro que tú desconoces.

—Pues un marqués delincuente no es algo que me ilusione. No lo soporto. Desde que lo vi por primera vez...

—Aquí ninguno terminó casado porque estuviésemos amándonos a primera vista, Iris. Yo odiaba a tu hermana y quizá todavía la odie un poco por ser tan adorable, no me agradan las personas sentimentales, pero con ustedes aprendí a tolerar muchas cosas...

—Por supuesto, muchas cosas y a muchas personas.

—¡El bebé! —vociferó Martha corriendo hacia Charles e Iris.

—¿Qué pasa con el bebé? —preguntó Charles sabiendo que el único que venía en camino era el suyo.

—¡Va a nacer! ¡Hay que buscar a una comadrona!

Martha regresó corriendo dentro de la casa. Iris y Charles corrieron para buscar a Daisy. Ella estaba en el salón con la falda empapada quejándose de dolor.

Su esposo no dudó en cogerla en brazos para llevarla a una de las habitaciones, mientras que su madre daba órdenes a los sirvientes.

—Tu padre debe saber que nacerá su próximo nieto, Iris. Ve con Camellia a buscarlo. Los sirvientes están ocupados aquí y otros van a buscar a una comadrona.

—Está bien. ¡Camellia, vamos al despacho de nuestro padre!

Camellia no quería irse, esperaba saber cómo se desenvolvería todo con Daisy.

Las dos subieron al carruaje de Charles porque su padre tenía el de la familia y fueron a su despacho a buscarlo. Las calles llenas de gente dificultaban la llegada. Ambas estaban preocupadas por su hermana y por saber si sería un niño o una niña. También debían avisar a sus otras hermanas, aunque Primrose y Alexander quizá no

pudiesen asistir si no estaban en Londres, ya que preferían vivir en Yorkshire.

Al llegar, ambas lo hicieron con rapidez y golpearon la puerta como si necesitaran echarla.

El asistente de John fue a abrir y las damas pasaron sin dudar haciéndolo a un lado hasta llegar al despacho de él. Aquel estaba trabajando en compañía de Cedric. Aquellos tenían muchos papeles en sus escritorios.

Al momento en que Iris estaba a punto de hablar, vio a Cedric y olvidó todo lo que iba a decir.

—¿Por qué entran así? —increpó el hombre que bajó su monóculo al igual que dejó la pluma en el tintero.

La menor esperaba que Iris hablara, pero estaba distraída con el otro hombre en la habitación.

—Es Daisy, el bebé está en camino. Nuestra madre ha pedido que le avisemos porque todo ocurrió cuando ella estaba visitando nuestra casa.

John echó la silla hacia atrás por la sorpresa.

—Cedric, termina los papeles que tienes y puedes retirarte... Debo ir a casa.

—Sí, milord... —acató Cedric sin dejar de mirar a Iris.

Si las miradas hablaran, las de Iris y Cedric dirían lo que sus bocas no podían.

—Milady... —pronunció Cedric que se puso de pie.

—Señor Harding...

—¿No desea que la acompañe?

—No, es un momento de nervios y usted altera a los míos. Quizá no altere a los de la señorita Monroe... —habló con sarcasmo sin poder evitar su recuerdo sobre la última vez que se vieron.

—No, no altero los suyos. Ella ha sido paciente y amable. He cenado con la señorita Monroe hace un par de días... Me habló sobre la dote que tiene y es nada más y nada menos que el banco de su padre.

—Si van a conversar sobre muchos asuntos lo mejor es que venga con nosotros, señor Harding —pidió John que cogió su sombrero y su frac para salir.

—Sí, creo que milady tiene muchas cosas que saber sobre esto... —alegó Cedric que se apresuró para ir. No tenía relación familiar con ellos, pero lo que necesitaba era hundir el puñal en el corazón de Iris para conseguir una reacción, un grito que le pidiera que la escogiera.

Ella estuvo a punto de reclamar, pero Camellia la cogió del brazo para que salieran. Ambas irían a seguir avisando, mientras que su padre y el señor Harding irían en el carruaje del letrado.

—Está llevando este juego a instancias peligrosas, señor Harding. Le dijo una mentira que se le terminará cayendo en la cabeza. La señorita Monroe es prometida de su amigo. Ese compromiso está publicado en el periódico —alegó John esperando que el intrépido Cedric Harding no se ahogara en sus propias mentiras.

—Supongo que algunas cosas ocurrieron con el periódico de su propiedad, ¿no es así, milord? No estaría resaltando eso si no hubiese tomado partido en el asunto.

John rio.

—Lo vio en el despacho, ¿cierto?

—Sí, lo trajo de su casa. Esa maniobra me ha salvado de tener que buscar otra forma de aspirar al corazón de piedra que tiene lady Iris.

—Me hace reír, señor Harding. Iris es un poco más dura que sus hermanas, pero también es dulce.

—Seguiré esperando esa dulzura de la que habla, hasta ahora solo es un mito que me tiene aquí aguardando por un poco eso.

Llegaron a la casa y John no tardó en ir a ver a su hija que estaba acostada en la cama retorciéndose de dolor con Charles gritándole a una comadrona que parecía tranquila esperando el momento en que llegara el bebé. Le dio un beso a Daisy y esperó al otro lado de la puerta con su esposa que había colocado las sillas alrededor.

Los frutos de Charles exigiendo que alguien hiciera algo por los dolores de su esposa solo hacían que se presumiera que era un padre primerizo que no podía ver sufrir a su amada. Él era protector con ella y cualquier destello de sufrimiento para su querida mujer era intolerable.

Cedric había preferido quedarse en el salón. Ahí un sirviente le entregó una copa de whisky para esperar a que las cosas se calmaran, aunque los gritos, no solo de una mujer intentando parir hacían que la paz fuese algo difícil de disfrutar.

Iris y Camellia regresaron con la parte de la familia que pudieron encontrar, pues Primrose y Alexander estaban en otro condado, lo único que podían hacer era enviar una carta para comunicar el nacimiento del bebé.

Lily, Iris y Camellia subieron las escaleras con prisa para ver a Daisy, aunque Iris le dedicó una mirada de reproche a Cedric que solo estaba sentado ahí.

Matthew, el esposo de Lily, se acercó a Cedric y le extendió la mano.

—Soy Matthew Rogers, marqués de Archer. Usted debe ser el señor Ladronzuelo, ¿no es así? —preguntó con humor—. Debo disculparme, pero cuando Iris lo menciona, lo hace con apodos viles.

—Cedric Harding, su señoría. Esos motes sutiles solo hablan de su afecto por mí...

El marqués tomó asiento cerca de Cedric y le hizo un gesto a un sirviente para que le diera una copa de whisky, él no podía estar ajeno a una bebida.

—Mi esposa, Lily, era un pequeño demonio tan entrañable. Una víbora codiciosa que me fascina. Considero que a estas damas hay que amarlas con sus defectos y más defectos.

—¿Es difícil integrarse a la familia Preston?

—No mucho, solo se debe tener el mismo desorden mental para pertenecer. Créame, un ladrón da la talla exacta. Lily tiene el encanto de un escorpión, siempre picando para que duela. Existió un tiempo en el que me arrastraba por los senderos de la miseria, cuando eso conocí a milady y no pude decir más... Quedé enamorado de esa mujer. Si no fuese por John, me habría ignorado por completo; él conocía mi situación y abogaba por mí, convencido de que, cuando me recuperara, podría ofrecerle algo bueno a su hija. Aun así, me humilló y arrastró mi ya triste reputación por el suelo… hasta que me volví tan rico que regresó llorando. Así es, señor Harding, solo hace falta dinero para que caigan como moscas cerca del humo.

—Creo que en este caso el dinero no funciona. Sabe que tengo muchas posibilidades de ser marqués, pero para ella es solo eso, una posibilidad. No le atrae la idea de ser marquesa o una fortuna, me odia de manera fortuita.

—¿Odio? Se equivoca. Ellas aman con el odio, señor Harding, mientras mayor sea el odio, el amor es el doble. Iris debe estar derretida de amor.

—¿Está seguro?

—Puedo apostar una fortuna y no perderé.

—Apelaré a que no esté equivocado con eso, porque si lo está, estaré perdiendo el tiempo.

—Nunca será una pérdida de tiempo si está decidido a que ella será su esposa. Si no está dispuesto a tolerar todo tipo de humillaciones, Iris no es para usted.

—Considero que no me tiene en alta estima por el momento.

—Es un acto normal, la paciencia es su único aliado.

En la planta superior, todos se sentaban a esperar noticias de Daisy, aunque solo escuchaban alaridos de dolor.

—¿Ese caballero que está en la planta baja es el señor Harding? —preguntó Lily—. Es muy atractivo para ser un simple ladrón, creo que más que robar pertenencias, roba miradas y corazones en la calle...

—Sí, es él. Todos estamos seguros de que vino por Iris. Ese hombre la busca para casarse... —comentó Camellia.

—Sí, para robar mi dote, mi paz y mi familia —masculló Iris.

—Parece encantador. Matthew se quedó para conocerlo. Estoy seguro de que tendrá una buena impresión de él —dijo Lily.

—Por supuesto. Él también fue un pobre diablo al que tú rechazaste hasta el cansancio y después fuiste a rogarle para que no te dejara a un lado... —replicó Iris, socarrona.

—Reza para que no te pase y tengas que rogar como yo, Iris. Es difícil humillarse, pero por amor fui capaz de hacerlo. Él pasó tiempo haciéndolo, ¿por qué no podía corresponder?

—Qué hipócrita. Lo rechazaste por pobre y cuando tuvo dinero corriste a sus brazos.

—Hipócrita eres tú que hablaste maravillas de su belleza y sobre que era mejor el amor y todas esas cosas. ¿En dónde quedó esa Iris? Supongo que ahora te das cuenta de cuánto cuesta conseguir un futuro para el que te prepararon con ideas fantasiosas de que todo tiene que ver con tu educación. Ves con tus propios ojos y sufres en tu carne la tristeza y la incertidumbre. Vuelve a llamarme hipócrita y te diré la que será la causa de tu muerte.

—Ve abajo, Iris —ordenó su padre.

—Pero, padre...

—Lily ya tuvo un bebé, será más ayuda que tú si debe entrar en la habitación...

Iris se levantó y masculló una maldición al ser expulsada, pero no fue a la planta baja, aún no. Iría preparada para amenazar a ese hombre si se acercaba a perturbar su paz.

Capítulo 23

Después de pasar por su habitación, lo hizo preparada con su cuchillo escondido en su mano, en donde tocaba su vestido. Podía considerarse que había perdido el juicio, pero era porque ya no sabía qué hacer para intentar dejar de pensar en ese hombre. Si seguía viéndolo, que él siguiera ganando terreno en la vida y más, terminaría rogando a alguien con la moral tan floja como una suripanta para que se casara con ella. Tenía miedo de sus propias decisiones y quería evitarlas a toda costa.

Al entrar al salón, Matthew y Cedric conversaban animadamente sobre algunos asuntos políticos. Se reían de las estúpidas puyas entre los sectores. Ella parecía una patética criatura esperando que dejaran de carcajearse. Cuando se percataron de su presencia, los dos se pusieron de pie.

—Iris... —Matthew se acercó, le dio un beso en la mejilla y después se alejó un poco.

—Ten cuidado con las malas compañías, Matthew.

—No te preocupes, querida cuñada, iré a saludar a tus padres. Entretén a la visita, estará encantado contigo.

—Ajá...

El marqués se retiró y los ojos de Iris se dirigieron a los de Cedric.

—Venga conmigo al jardín, tenemos algo importante que conversar... —habló la joven con seriedad.

Cedric no perdió tiempo y se puso de pie para seguirla. Ella caminaba unos pasos delante de él. Se movía con gracia pareciendo etérea al alcanzar la luz exterior. Aunque presumía que nada bueno

saldría de una conversación privada en el jardín, él prefería eso a ningún contacto.

—Seré breve, señor Harding. Solo le pediré una cosa y espero que me conceda esto por nuestro bien.

—La escucho, ¿qué quiere pedirme?

—Quiero que deje el despacho de mi padre y también que no visite esta casa. Lo mejor para usted es buscar otro sitio en el cual aprender.

—Espere... ¿Desea que deje de aprender con el mejor letrado de la ciudad, el que lleva los asuntos de la gente más importante y que me ha dado casos porque usted es insegura sobre lo que siente por mí?

—No he dicho eso, sino que no me parece apropiado que esté respirando en mi nuca como si fuese un depredador acechando a su presa. Le he dejado claro que no tengo interés.

—¿Puedo presumir que son celos por la señorita Monroe?

—¿Celos? Está bebiendo muy temprano, señor Harding. Antes de sentir celos por alguien como usted, prefiero que me saquen la lengua.

—Es tan encantadora cuando cela de mí. —Él acortó la distancia con ella—. Puedo casarme con cualquiera, pero usted será por siempre la dueña de mi corazón.

—¡Aléjese y no se atreva a volver a decir algo semejante!

Ella estaba agitada. Lo veía acercarse cada vez más y esta vez sentía que sí iba a desmayarse de verdad por la expectación. Ya se habían besado antes y fue la sensación más placentera de su vida, pero sabía que era peligroso volver a experimentar eso. Cuando él levantó la mano para tocar su mejilla, Iris colocó el cuchillo en el

cuello de Cedric como Charles le había enseñado, aunque temblaba mucho, su cuñado tenía un pulso envidiable.

El señor Harding primero se asustó un poco al ver el cuchillo, pero ella estaba más asustada que él. Le quitó el arma con cuidado para que ninguno se cortara.

—Es un poco peligrosa, milady, pero creo que me gusta el peligro...

Él no pudo contenerse más. Se apoderó de su boca con un movimiento rápido y certero. No le dio tiempo para pensar en nada para reprenderlo. Su lengua se juntó con la suya y ambos se pusieron a bailar en una danza poderosa que los cegaba.

La joven no pudo resistirse al avance de Cedric y cayó en sus brazos con la pasión de la primera vez. Se aferró a su ropa con fuerza y dejó que todo fluyera. Se estaba rindiendo ante lo que su cuerpo deseaba. Era una lucha constante entre lo que su mente le exigía y lo que el cuerpo le pedía. No podía resistirse a lo que aquel le ofrecía como un demonio de la tentación.

Cuando tuvieron que separarse para respirar, los dos se miraron con la agitación brillando en los ojos después de haberse besado.

Entonces Cedric levantó el cuchillo y lo colocó cerca del cuello de Iris.

—Juro por Dios que estos besos que me da me incitan a que quiera casarme con usted, pero no puedo obligarla, si lo hiciera, podría considerarme el mismo patán de antes y yo deseo un cambio verdadero, ver orgullo en los ojos de mi tío antes de que muera, quiero merecer ser su heredero, por eso, solo me llevaré algo de usted, porque seré paciente para que me permita ser su esposo.

Él cortó la punta de uno de los bucles de Iris. Estaba tan bien hecho que ni siquiera se deformó al hacerlo con un cuchillo. También esa arma contaba con un filo capaz de cortar cualquier cosa.

—No vuelva a hacerlo, señor Harding. Esto no está bien —declaró con la guardia baja, viendo cómo él llevaba aquel corte de su cabello hasta su nariz para olerlo.

—¿Y cómo no lo haría si todo el tiempo estoy pensando en usted y en cómo conseguir que me acepte? ¿Por qué se resiste a esto que sentimos?

—No sé de qué está hablando... —Iris le dio la espalda y se alejó unos pasos. Agarró la parte de su cabello que todavía quedaba después de que él lo cortara.

Cedric se acercó y colocó una de sus manos en el hombro de ella y con sus dedos acarició la mejilla de Iris.

—Sabe de lo que hablo. Me quiere en su vida tanto como yo la quiero en la mía. Esta lucha porque soy pobre es algo que nos hace daño a los dos.

—No me hable sobre lo que nos hace daño. Usted es la persona que más daño me hace con sus apariciones. Me resisto a esto que es tan inapropiado.

—Inapropiado solo para su prejuicio.

—No me convencerá de nada, señor Harding.

—Es caprichosa, pero puedo intentar persuadirla con un delicioso beso otra vez. ¿Le agrada la idea?

—Ni se le ocurra. No se atreva a hacer nada para acercarse de nuevo. —Ella volvió a alejarse.

—¿O qué? ¿Me despreciará? Su desprecio es mi desayuno de todos los días, el mantra con el que se levanta de la cama cada mañana. Si tiene la decencia puede hacerme el favor de cambiar de estrategia.

—¿Estrategia? Habla de usted como si fuese la víctima de una mujer malvada que lo desprecia por gusto.

—¿Y no es así?

—No, tengo mis razones. La primera, es que usted es un ladrón; la segunda, es un mujeriego que quiere tener a dos mujeres cuando está persiguiendo a una que tiene como dote un banco. Usted no es una paloma blanca, señor Harding.

—Admito que no lo soy, pero usted me orilla a tener que buscar a alguien que mi tío pueda aceptar. Me rechaza cada vez que me ve. Quiero estar a su lado, pero con su negativa, ¿qué puedo hacer?

—¿Quiere que le diga pobrecito? Eso no ocurrirá ni en sus sueños más extremos.

—Entonces, ¿prefiere verme con otra que tenerme a su lado?

—Por favor, no haga preguntas absurdas. Usted pasa a ser el problema de la dama y no mío. Ella es la hija de un banquero, una mujer a su altura no necesita a la hija de un letrado con una dote común.

—Nunca fue por la dote, usted es la indicada, la que cumple con mis requisitos y los de mi tío.

—Ambos son personas extrañas.

—No lo entiende. Esto no es cuestión de dinero, es estirpe. Él cree que mezclar la sangre de gente sin ser de la aristocracia solo trae algo malo y yo comienzo a pensar igual que mi tío. Mi primo, Benjamin, intentó matarme cuando solo era un bebé. Es el hijo del mayor de mis tíos, el que era marqués y renunció a su título para estar con una doncella. Si no fuese por algún mozo que me salvó de ahogarme, usted no me hubiese conocido.

—Si hay algo que lamentar es que lo hubiesen salvado solo para insistir con una mujer que le dice no muchas veces.

—Tal vez, pero creo que entiende todo. Quizá mi tío me condene por escoger a la señorita Monroe, pero fue porque usted me rechazó, aunque me deseaba fervientemente y no podía superar las licitaciones de mi pobreza o que en el pasado fuese un delincuente.

—Habla del pasado como si lo que hizo fue hace mucho tiempo y no hace pocas semanas. Qué conveniente. Nos amenazó y ahora quiere casarse conmigo. Creo que ese es un grave error de juicio, señor Harding.

—Ahora soy un hombre correcto, ¿no puede darme una oportunidad de demostrarle algo? Seré rico...

—¿Y si no tiene un título?

—Hagamos un trato.

—No negocio con ladrones.

—Solo escúcheme y considere esto... Si mi tío no me da el título, usted quedará libre de mí y en caso de que me dé todo el dinero no vinculado, me iré para siempre. Sé que le importa su buen nombre y ser importante en el futuro. Créame que lo sé, pero esto es lo más honesto que puedo ofrecerle.

No supo qué decir, lo miró como si lo estuviese considerando. Sus ojos verdes intensos eran aún peores en medio de esa luz del jardín. Se estaba acostumbrando a verlo y eso le hacía temer. Cuando estaba a punto de responder, se oyó el llanto fuerte de un bebé.

Los dos abrieron los ojos con sorpresa y, por un minuto, dejaron de ser el centro de atención.

—Debo ir a ver... —declaró Iris a punto de irse, pero Cedric la cogió de la muñeca.

—Responda algo, por favor.

—Lo consideraré...

Eso fue todo lo que dijo antes de regresar dentro de la casa para ir a ver al bebé que había nacido. Cedric la siguió, aunque solo hasta el salón, esa familia tendría un momento muy íntimo y él ya estaba estorbando, había conseguido lo que fue a buscar.

—¿Y usted quién es? —cuestionó William al ver a Cedric entrando desde el jardín.

Él recordaba al hermano de Iris, aquel le dio una buena paliza.

—Cedric Harding...

—Ah. El salteador. Solo esta familia puede adoptar gente extraña. Mis hermanas tienen gustos exóticos, pero un ladrón es algo más extremo. Iris lleva las cosas a otro nivel cada vez que puede. ¿Vino a robar?

—No, no vine a eso —respondió con el mismo nivel de sarcasmo —. Acompaño a su padre en el trabajo, soy un letrado más en formación.

—De ladrón común a uno más sofisticado, eso es crecer, señor Harding. Soy William Lowther, duque de Welberg.

—Es un placer, excelencia. Disculpe mis malos modales de la primera vez.

—Es bueno recibir una disculpa, pero sepa que no se casará con mi hermana si no tiene algo que ofrecer.

—Me estoy encargando de eso, su excelencia.

—Espero que así sea...

Cedric se despidió de la familia unos minutos después y fue a la casa de su tío. Estaba un poco sentimental y estaba decidido a pasar la tarde y la noche con él.

—¿Se encuentra bien, señor Harding? Lo veo fatigado —dijo George dejándolo pasar.

—Es que creo que las cosas están difíciles. Me puse en una posición casi imposible.

—Nada es imposible para quien lo intenta. Su tío amaneció un poco cansado, pero estará feliz al verlo y saber en lo que anda.

—Lo bueno es que tengo material para entretenerlo por un par de horas.

—Estará encantado al oír algo más que grillos en la noche.

El sirviente acompañó a Cedric a la habitación del hombre. Al verlo, su tío sonrió.

—¿Cómo has estado, Cedric? Es bueno verte.

—¿Cómo está, tío? Tengo mucho que contarle.

—Espero que sean cosas buenas. No me gustan las malas noticias, esas son las que apresuran la muerte.

—No sé si lo que le diré será de su agrado o no, solo espero que su corazón aguante.

Capítulo 24

—Sea lo que sea quiero oírlo, Cedric. No muchas cosas llegan a mis oídos en estos últimos años.

—Está bien, tío. Primero quiero comentarle que estoy siguiendo las enseñanzas del letrado. Estoy llevando varios casos, unos sin mucha importancia, pero otro es bastante jugoso. Le conseguí esposa a Andrew y es la hija de este hombre del caso importante.

—Me alegra que consiga una buena esposa. ¿Y tú? ¿Cuándo presentarás a alguien?

—Creo que es ahí en donde fallé, tío. Sigo detrás de la hija del letrado.

—¿Es por diversión, por interés o porque te ignora?

—Por la última. Sé que le agrado, pero ella no quiere que le agrade, es algo contradictorio. Le dije que me diera una oportunidad, si tenía el título ella se convertirá en mi esposa, pero si no, la dejaré en paz. Entiendo que como mujer piensa en su buen nombre, en la reputación y se compara con sus hermanas que son esposas de aristócratas adinerados.

—Tonterías. ¿Has llegado a considerar a otra? Claramente, esta mujer no ve tu valor, Cedric, aunque entiendo que tienes muchos defectos ante sus ojos. Quiero defenderte, pero termino del lado opuesto.

—Empecé del lado opuesto. Nunca debí asaltar el carruaje de ellos, fue mi error, pero lo peor fue no tener un título que ofrecerle. Ella no me hubiese visto ni si me pongo la ropa de la honestidad. Hoy quise jugar algo desesperado y creo que sus besos me cegaron para proponerle esto.

—¿La has besado?

—Sí, lo hice, en dos ocasiones. En la primera fingió desmayarse para que no quisieran casarnos a la fuerza y la segunda hoy. Estoy intentando todas las artimañas que conozco para eso.

—No pensé que te tomarías en serio la idea de casarte, pero a ser un requisito para el título o el dinero, no estás obligado a unir tu vida a alguien que te desprecia o que lo hará toda la vida. Veo en ti lo que siempre quise notar: disciplina, determinación y conciencia. Esperé mucho para ver esto. Si hoy me sorprendiera la muerte, estaría conforme, al menos vi que tú, quien eres al que más quiero, podrás ser un hombre de bien.

—Es lo que siempre debí perseguir, el camino fácil no siempre es el mejor, tío, y más aún cuando conlleva un delito. Fui un verdadero tonto, deslumbrado por lo que no podía darme el lujo de tener.

—Tendrás lo que mereces, a su debido tiempo, hijo, lo tendrás...

Esa noche Cedric se quedó a dormir en casa de su tío. Mientras él lo hacía, George acomodaba las almohadas del marqués para que este descansara.

—George, mañana, antes de que el letrado salga de su casa, quiero que pase por aquí. No quiero que se encuentre con Cedric, tengo algo importante que decirle.

—Así lo haré, su señoría.

—Esa carta que escribí hoy también se la entregaré. Cuida de que no la vea Cedric hasta que se seque.

—Sí, señoría...

Por la mañana, George salió temprano para buscar al letrado en su propia casa. Para su buena fortuna, llegó antes de que él saliera.

—Milord... —llamó George a John.

—¿Todo está bien en casa del marqués? —preguntó con preocupación.

—Él se encuentra bien, pero tiene algo importante que decirle y necesita que vaya sin que el señor Harding lo sepa.

—El señor Harding debe ir al despacho en una hora.

—Él está en casa de su tío, al menos cuando salí dijo que iría a casa de su amigo, lord Stell, para cambiarse de ropa porque se quedó a dormir.

—Entiendo. Creo prudente que esperemos un poco para ir y asegurar que ya se retiró.

—Sí, milord.

Los dos dieron un par de vueltas por la ciudad antes de ir a la casa del marqués. Cuando creyeron conveniente, entraron a la residencia. El sirviente lo llevó con tranquilidad hasta la habitación en que se encontraba el aristócrata.

—Buen día, su señoría —habló John, sonriente.

—Buen día, milord. Me sigue viendo aquí porque la muerte fue de paseo a otro lugar y me da tiempo de ver qué hace Cedric.

—¿Quiere saber si está haciendo las cosas bien?

—En los ojos de él, noto que se está esforzando. Para mí es suficiente, pero no es por eso que lo hice llamar.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—Porque debo confesar un gran secreto que he guardado durante muchos años y creo que es el momento de que esta culpa salga de mí.

—¿Quiere que deje constancia de lo que dirá?

—No. Usted cambiará mi última voluntad con lo que le diré.

—Está bien. Lo escucho.

—Cedric no es mi sobrino...

John sintió que algo en su pecho golpeaba, había pensado que las cosas para ese joven serían diferentes, pero al no tener un tipo de relación con el marqués, las cosas se ponían difíciles en lo referente al título.

—No es mi sobrino —repitió—, es mi hijo, uno al que jamás pude reconocer porque su madre estaba casada con mi hermano menor y yo con otra persona.

El letrado se llevó la mano a la frente. Cedric siempre fue la opción para el título, desde un principio, pero era un bastardo para el marqués.

—Mi hermano trataba mal a su esposa y una noche en la que fue a pedirme que interviniera, las cosas pasaron a otra cosa. Amaba a mi mujer, pero no sé qué pasó por mi mente, fue una sola noche y siempre me arrepentí. Después de unos días, mi hermano se fue de la casa por unas semanas para sucumbir al vicio sin que nadie pudiese impedirle nada. Durante ese tiempo, ella me confesó que había quedado embarazada de mí.

El marqués hizo una pausa para poder continuar con su confesión.

—No podíamos decir nada. Cedric no nacería en mi matrimonio, pero sí en el de mi hermano. Lo vi crecer con ellos, sufrir y lo único que podía hacer era permanecer al margen, como un tío que solo podía ser generoso si existían problemas. Nunca demostré todo el afecto que guardaba por él.

El aristócrata cogió un pañuelo y se limpió una lágrima, una que nunca pudo darse el lujo de derramar.

—Le di más de lo que un tío cualquiera entregaría en educación. Anhelaba poder abrazarlo y decirle que era el hijo que tanto había deseado con mi esposa, pero ella estaba seca y mi hermano y su esposa no eran habituales compañeros de cama. No sé si alguna vez él supo que Cedric no era suyo. Todos los hermanos nos parecemos y no existe razón para pensar que Cedric no pertenecía a la familia Harding. Puse estas condiciones absurdas y la competencia entre Benjamin y mi hijo para que él cambiara y fuese merecedor de algo que siempre le correspondió. Quería que se convirtiera en un hombre de bien y lo está logrando. Su hija lo está importando, milord. Él está perdidamente enamorado de ella y quiero que se casen. Le pido que falle a favor de Cedric, no importa lo que haga Benjamin, recibirá un pequeño porcentaje, porque también quiero que se quede con lo que no está vinculado al título.

—Son cambios importantes. No iré a mi despacho, el señor Harding no puede ver esto, prepararé el escrito en casa y lo traeré lo más pronto posible.

—Eso espero. Cuando me muera, quiero que le entregue esta carta a Cedric. Es mi confesión. No creo que pueda tolerar en vida que él me odie por ser su padre y dejarlo sufrir tanto.

—¿Está seguro de que no desea que yo se lo diga?

—Sí. No podría ver el desprecio en sus ojos. Prefiero que crea que soy el tío viejo que morirá y le dejará una fortuna.

Pese a no estar de acuerdo con esto último, John asintió. La confesión del marqués quizá lo liberó a él; sin embargo, le dejó un peso en el pecho al letrado porque no sabía si iba a poder cambiar la opinión de Iris respecto a Cedric.

—Así lo haré, su señoría.

—Quiero conocer a su hija, esa a la que Cedric le dijo que si no heredaba nada la dejaría en paz y que si tenía el título se casaría con ella.

—El señor Harding siempre está arriesgándose con mi hija. Un día de estos terminará siendo atendido por un médico. Hablaré con Iris para que venga conmigo para firmar lo nuevo que redactaré.

Antes de que John se fuera, George fue a la habitación del marqués.

—Disculpen si interrumpo algo. El señor Benjamin Harding se encuentra aquí en compañía de una dama...

El marqués miró a John que asintió.

—Hazlos pasar.

—Sí, su señoría. —George fue a cumplir la orden.

—Su sobrino real trajo a alguien para cumplir con lo que dijo de casarse con cualquiera.

—No le diremos nada aún, que se entere de todo durante mi muerte.

Benjamin entró con una mujer que parecía asustada. Era frágil y hermosa, no parecía tener más de veinte años.

—Qué bueno que está aquí el letrado para que sepa quién está cumpliendo con todas las condiciones —masculló Benjamin, confiado.

—Benjamin, ¿quién es esta dama?

—Es mi futura esposa. Se llama Juliette Morgan, es hija de uno de mis antiguos clientes. Saluda, Juliette —ordenó Benjamin apretando el brazo de la joven con fuerza.

—Buen día, su señoría...

Tanto John como el marqués se dieron cuenta de lo que ocurría con la joven. Ella no estaba ahí por voluntad.

—Me alegro por ti, Benjamin.

—Eso no es lo que vine a buscar, tío. Estoy cumpliendo con lo que pidió de manera absurda.

—¿Y qué quieres? ¿Que te diga que el título es tuyo? El letrado puede dar fe de que no he dicho nada. Además, esta tarde conoceré a la prometida de Cedric, lady Iris Preston...

En ese instante, Benjamin entendió que ahí había más en juego. John Preston e Iris Preston eran parientes, evidentemente.

—Qué sucio es Cedric, tío, y más lo es su letrado con sus preferencias...

—Tenga cuidado con sus opiniones difamatorias, señor Harding, porque bien puedo sacar su nombre de cualquier documento por la sola insinuación —declaró John.

—Cedric es un miserable que ha tirado al nido. ¡Es un maldito malnacido! ¡Debió morirse! —exclamó Benjamin que cogió un par de artículos de la habitación y los arrojó, rompiendo la ventana y atentando contra la humanidad de John en el proceso.

George corrió hacia el marqués para defenderlo y que su sobrino no pudiese hacerle daño. La joven que lo acompañaba salió de la habitación, corriendo. Era la más inteligente de todas. Benjamin seguía despotricando contra cualquiera.

—Haga lo que le pedí, a toda prisa —ordenó el marqués.

John no dudó más y salió de esa casa, pero no dejaría que Benjamin le hiciera algo, necesitaba que firmara los papeles para

que todo quedase como él deseaba. Fue hacia las caballerizas y pidió apoyo a George, pues el sobrino demente del marqués era capaz de cualquier cosa.

Mientras que todo eso ocurría, él fue a su carruaje a toda prisa. Lo sucedido era algo fuera de lo común.

En la residencia de John, todos estaban despidiendo a Charles y Daisy, que llevaban a su bebé recién nacido para que llevarlo a conocer su propia casa, aunque ellos también habían tenido sus inconvenientes, con la madre del conde queriendo conocer a su nieto. Tuvieron que echarla a la fuerza. Aquella mujer no entendía de razones.

Después de que acabara el desastre, llegó John y alcanzó a despedirse de ambos con prisa.

—Iris, ven a mi despacho —ordenó después de darle un beso a Daisy y un apretón apresurado a Charles.

Iris estaba asustada por el rostro serio de su padre, no sabía qué era capaz de decirle. Solo esperaba que el señor Harding no hubiese abierto la boca de manera tonta y que en ese momento le diría que se casaría con él. Prometió pensar en esa propuesta que había hecho el hombre y, aunque era conveniente, sus prejuicios eran demasiados para tomar una decisión tan pronto.

El despacho ni siquiera estaba cerrado, su padre estaba ahí, esperando que entrara. Al oír que la puerta se cerraba detrás de ella, sintió que aquel dictaría una grave sentencia.

Capítulo 25

—Juro que no me he metido en ningún problema, padre. Si el señor Harding le ha dicho algo, sepa que es mentira —declaró.

—¿Es mentira que te propuso un acuerdo?

—No le he dado una respuesta sobre lo que propuso. ¿Por qué no es capaz de mantener la boca cerrada?

—Cuida tu lenguaje, jovencita. Lo que harás es escucharme con atención. El marqués ha decidido darle su título a Cedric Harding por varias razones y no solo porque de los males es el menor, sino por una que me confesó: él es su hijo.

Iris no creía lo que ocurría. El señor Harding había añadido un defecto más a todos los que ya tenía: era un bastardo.

—Es un bastardo.

—Técnicamente no, Iris. Nació dentro de un matrimonio y siempre se presume que el padre es el esposo. El marqués no ha dicho nada y solo nosotros sabemos sobre este secreto.

—No debió decírmelo, tengo tendencia a ser mala persona con el señor Harding.

—Pues dejarás esa maldad y serás una buena joven. Vi potencial en el señor Harding desde un principio, lo ayudé y veo de cerca su crecimiento. Lo mejor de todo es que te quiere. Con esta decisión que tomó el marqués debes entender una cosa: él ya no necesita de ti, no hace falta que te ruegue nada, el título será suyo contigo o sin ti. No está obligado a volver a buscarte. Si él dice que una humillación es suficiente para que desaparezcas de su vida, así será. Espero que jugaras bien la mano que te tocó para que quiera seguir pensando en casarse contigo.

Las palabras que dijo su padre le afectaban más de lo que quería admitir. Esto era lo que había deseado, que dejara de molestarla. Si él ya había conseguido lo que quería, no había nada que pudiera unirlos.

—Es lo que siempre esperé, que me dejara en paz. Desde que lo conozco no ha hecho más que perseguirme. Este es el momento correcto para irse, así no debo pensar en ningún ofrecimiento suyo.

—No entiendes, Iris. El marqués quiere conocer a la que cree que será la futura marquesa. El señor Harding le contó todo sobre ti y antes de morir expresó su interés en conocerte.

—No quiero conocer a nadie...

—Irás conmigo y lo conocerás. No pierdes nada. El señor Harding no estará presente, este asunto es privado y espero que no salga de este lugar. Finge que no sabes nada de lo que te he contado. Ahora ve y piensa en lo que te dije sobre el joven. Recuerda que, si tú lo quieres, debes luchar por él, porque aquel ya no tiene necesidad de perseguirte.

Iris asintió y se retiró del despacho de su padre. Apenas salió, se quedó de pie. El silencio en los pasillos de la casa hacía que se sintiera extraña. Lo que le dijo su padre calaba profundo, cuando no debía significar nada para ella, porque era lo que había pedido desde que conoció al ladrón.

Después de haberlo besado las cosas se complicaron. Sabía que nunca debió llegar a eso, pero dejó que pasara, se dejó seducir por él y no entendía qué la había atraído al señor Harding si no tenía nada que ofrecerle aparte de palabras, locuras y tonterías. Esto no era lo que había imaginado. Creyó que tendría una temporada tranquila, escogería o sería escogido por un caballero de carácter calmado y reservado, quizá un poco hablador, pero nunca se le ocurrió que estaría interesada en el peor candidato que ofrecía la ciudad, un hombre sin título, delincuente, codicioso y vil.

Definitivamente, la pobreza era atractiva en algún punto que hacía perder el buen juicio a las damas y ella cayó como lo habían hecho muchas a lo largo de la vida. Todas las enseñanzas y advertencias de la señorita Bruster las había usado para sonarse la nariz.

Unas horas después, su padre la esperaba para que pudiesen ir a la residencia del marqués. Ella se arregló para que no la vieran como si se hubiese levantado de la cama y salido a pasear.

El trayecto hasta la casa del hombre fue en silencio, su padre tenía el maletín de trabajo en su regazo como si fuese valioso.

—¿Por qué importan tanto esos papeles, padre?

—Esa pregunta hace que dude de tu inteligencia, pensé que solo estabas a pocos metros de Primrose en eso, pero me doy cuenta de que estás después de Lily.

—Entiendo que son importantes para ellos.

—Y para ti. ¿Piensas que le di una oportunidad al señor Harding porque me gusta recoger vagabundos de la calle? No, Iris. Lo hice por ti, por este título, para tu futuro. Un padre hace lo que sea por sus hijos y más por sus hijas. A Lily le mostré el mejor camino y ella se negó, aunque tuvo que rogar de manera humillante por él, cosa que no quería que hicieras con el señor Harding. Siempre te creí muy inteligente, pero me demostraste que tus prejuicios son más importantes que la razón. Este ladrón, delincuente, salteador o como quieras llamarlo, es un aristócrata desde la cuna al que le faltaba el título y que tomó un mal camino, mas quiso enmendarse y eso es lo que importa. Él creía que ganaba terreno al estar a mi lado en el despacho, aunque el mayor beneficiado he sido yo al conseguir que me quite trabajo y que se interese en mi hija para darle todo lo que merece. Tendrás una vida de lujo a su lado si dejas de pensar con la soberbia.

—Yo tengo miedo, estoy asustada por lo que siento y que nunca quise. Ese hombre se metió en mi vida y no pude sacarlo porque tampoco quería hacerlo. Son emociones tan contradictorias. Él no es lo que durante años esperé en las enseñanzas de la institutriz. No se presentó como el caballero idílico.

—Ese es el problema de la fantasía, Iris. Duele cuando te das cuenta de que solo estaba en tu mente y que la realidad tiene dos lados. Puede ser brutal o puede ser más allá de la imaginación.

—No es un hombre típico. Sé que mis cuñados tienen defectos, pero me avergüenza llevar a un ladrón a nuestra mesa.

—Escucha, nadie puede juzgarte por amar a un hombre que actuó de mala manera en el pasado cercano. Era joven con problemas desde la infancia. Pudo ser asesinado desde pequeño por ser considerado un inconveniente por el mismo que hoy compite por la herencia. El señor Benjamin Harding es un hombre al que no le importa nada y Cedric debe aprender a cuidar su espalda. Cuando este documento salga a la luz, él estará en peligro.

—Pero una vez que esté establecido que será marqués, el otro no puede hacer nada.

—Jurídicamente no, pero sí puede golpear en otras partes. Una vez lo intentó y puede volver a hacerlo.

Se sentía peor cada vez que su padre le contaba más cosas. No quería imaginar al señor Harding en una mala situación y menos siendo asesinado por su propio primo. Este asunto del dinero era más complicado de lo que ella entendía.

Una vez frente a la residencia, Iris bajó del carruaje y observó el sitio. Era un lugar imponente y sobrio. Parecía ser un espacio en el que vivía un hombre solitario. Le hacía falta colocar rosas en el jardín. Sin darse cuenta, ella pensaba en todas las mejoras que haría en esa morada. Al sorprenderse a sí misma imaginándolo,

comprendió que estaba considerando casarse con Cedric Harding, y no estaba segura de si lo haría por las razones correctas.

—Entre, por favor, milord. Disculpen el desastre. El señor Benjamin destruyó casi toda la casa cuando intentamos sacarlo con los mozos —contó George.

—Ese hombre es un demente. Esta es mi hija, George.

—Sea bienvenida a su futura casa, milady. El señor Cedric no deja de hablar de usted cada vez que viene a ver a su tío.

—Gracias... —dijo sonrojada. Le dio un escalofrío cuando aquel sirviente dijo que era su casa, ni siquiera se había comprometido con el heredero y ya la trataban como la dueña.

El sirviente los llevó escaleras arriba, mientras delataba los momentos de terror que vivieron. Al marqués lo cambiaron de habitación, pues ahí todo estaba irrecuperable y lo llevaron a la que fue de su esposa.

El marqués abrió los ojos al oír que la puerta se abría.

—Menos mal que es usted, letrado —pronunció el hombre cansado.

—Lo prometido es una deuda, su señoría. Traje los papeles y también a mi hija.

Aquel la miró de pies a cabeza y asintió. La había aprobado con una sola mirada.

—Cedric puede tener todos los defectos del mundo, pero jamás tendría mal gusto. Es usted la dama más hermosa que he visto en años. Al verla sé que será una mujer que llevará en alto el título que ocupó mi esposa. Se ve tan determinada como ella. Siempre parecía enfadada con la vida.

—Es un placer conocerlo, su señoría. —Iris hizo una reverencia respetuosa.

—Siéntense. Quiero hablar con milady un buen rato sobre Cedric. Me ha contado todas las cosas malas que ha hecho, pero también tiene cosas buenas. Es un joven inteligente y resiliente. Pudo haber continuado con la mala vida, pero desde que puso los ojos en esta preciosa dama, no ha querido más que corregirse. Sé que no tiene la mejor impresión sobre él porque me lo dijo sin rodeos. Deseo que me conteste, ¿qué posibilidades existen para que se case con él? No quisiera irme de este mundo sabiendo que no pudo ser feliz. La riqueza es distinta a la verdadera felicidad.

—Es una confesión manipuladora, su señoría. No quisiera ofenderlo, pero he de admitir que su sobrino no es el mejor candidato del país, de hecho, me atrevo a decir que es uno de los peores. —Ella miró a su padre para saber si este la calcinaba con la mirada, mas él solo asentía—. Me ha asaltado, besado a la fuerza, sometido a sus atenciones de todo tipo y cortado un mechón de mi cabello.

—Lo que dice es bastante condenatorio, milady, y tal vez él omitiera esto último, aunque no es algo descabellado. Un caballero enamorado guarda hasta los insultos de su amada como si fuesen tesoros.

La joven rio con gracia al oírlo decir eso. Entendía de donde el señor Harding había sacado esa palabrería tan preparada para agradar y conquistar que usaba en ocasiones. La sangre era más espesa que el agua, definitivamente.

—Así es difícil decir que no me casaré con su sobrino.

—Eso significa que se casará con él.

—No lo he decidido aún.

—Creo que fue muy claro cuando me propuso matrimonio: casarse conmigo si obtenía el título y dejarme en paz si no. Ahora lo tiene y solo le falta pronunciar las palabras correctas.

—Si a usted no le agradara Cedric, lo habría apartado hace tiempo; pero sus esfuerzos nunca estuvieron destinados a espantarlo de verdad.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto, que alejar a un hombre sin futuro de mí era lo que se esperaba. Esa idea siempre estuvo en mí y fue apoyada por los años de educación que tuve. Él nunca fue el indicado según la teoría, pero mi familia me ha demostrado que la teoría y la práctica son cosas distintas.

—Es así. Quisiera que considerara a Cedric, si eso ocurre, espero alcanzar a ver el matrimonio de ustedes, aunque es poco probable. Estoy estirando mi vida al máximo para estar seguro de que dejo a mi sobrino en buena situación.

—Todos dicen que el señor Harding ha cambiado y que su vida mejora. No debería preocuparse por eso. Atender su salud es más importante.

—No lo es. Desde mañana, quiero que le enseñen todo a Cedric. Por favor, busquen a mis administradores y muestren esos papeles para que comience su camino como futuro marqués. Tengo que darle algunas directrices, quizá falte un poco a sus deberes como pupilo, milord.

—Ese no será un problema para él. En el poco tiempo que lo conozco, sé que querrá equilibrar todo y enloquecerá, más aún con la señorita Monroe cerca.

Capítulo 26

Iris no pudo ocultar la molestia al oír hablar de esa joven. Era evidente que no solo había contado sobre su supuesto interés por ella, sino también le habló a su tío sobre sus oportunidades con la hija de un banquero.

—Creo que la mujer dueña del banco puede ser mejor esposa para su sobrino, contribuirá mucho más para agrandar la fortuna familiar —comentó con enfado en la voz.

—¿La señorita Monroe? Oh, no, no, no. Ella está comprometida con lord Stell. El mismo Cedric me lo contó ayer. Este jovencito ha estado levantando tanto polvo que terminará asfixiado.

La joven giró la cabeza hacia su padre, indignada.

—No me diga que usted no lo sabía, padre.

—No me correspondía decírtelo, querida. Son asuntos del señor Harding.

—¿Sus asuntos? ¿Y yo no pertenezco a esos asuntos? Me ha visto enfadada y molesta por culpa de ese nombre durante días y ahora resulta que ni siquiera estaba interesada en él. Debió defenderme.

—Milady, en defensa de mi sobrino y del letrado, considero que intentaron apelar a los celos para generar interés de su parte hacia Cedric. La joven ni siquiera lo vio como opción porque no tenía título. Él sabe lo que es ser rechazado dos veces por mujeres ricas, pero es la negativa de ella lo que más le molesta.

—El señor Harding tiene demasiados defensores. Me siento como si estuviese en el estrado rival. La lógica siempre ha podido conmigo más que los sentimientos y eso se acrecentó con los años.

Este hombre cobarde y pusilánime me ha puesto a prueba y me ha engañado. No puedo esperar nada bueno de él.

—No sea tan dura con él. No sabe cómo conquistar a una verdadera dama.

—Pues quiero conversar con ese hombre hoy mismo. Padre, lléveme a su despacho. —Ella se puso de pie con determinación.

—Espera que termine unas cosas aquí con el marqués. Puedes esperarme en la planta baja...

La joven asintió.

—Fue un placer conocerlo, su señoría.

—El placer ha sido mío. No sé si volveré a verla, pero me complace haberla conocido. Si dejo este mundo, sé que Cedric quedará en las mejores manos con un excelente maestro y una mujer decidida y comprometida con lo correcto.

Después de eso, Iris salió de la habitación, dejando solos a los caballeros.

—Mi hija no puede ocultar algunas cosas, señoría. Debe aprender a controlar sus impulsos.

—Ella está muy bien en ese aspecto. Es lo que Cedric necesita. A veces buscamos un complemento en la vida y ellos serían una excelente combinación. Él necesita mucha corrección y milady es ideal. Definitivamente, ha mejorado en todo y puedo morir en paz.

—Vivirá para saber si se casaron o no. Es tiempo de que lea todo y procedamos con sus órdenes.

Mientras su padre se quedaba con el marqués, ella comenzó a recorrer la residencia sin permiso de nadie. Abría puertas como si ese lugar le perteneciera. Cuando abrió la habitación del dueño de la

casa y vio que estaba destrozada, se quedó pasmada. Después siguió con otra que estaba cerca. El aroma que salía de ahí la golpeó. Parecía que Cedric habitaba ese sitio por el olor que percibía. Enseguida recordó los besos que compartieron y cayó en la cuenta de que, si aceptaba lo que aquel sugirió, sería su esposa, tendría sus besos todos los días y el aroma del jabón que usaba se impregnaría en su piel. Se sonrojó al considerarlo. No podía hacerle el camino tan fácil a ese hombre y menos después de que utilizara artimañas para provocar sus celos hasta hacerle perder la cordura.

—Esta habitación es la del señor Harding. Viene a dormir a veces, aunque vive con el conde de Stell... —contó George que la encontró rondando mientras él seguía recogiendo el desastre.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué susto! —Ella colocó su mano sobre su pecho.

—Disculpe por haberla asustado, milady. Solo quería ofrecerle un paseo más detallado por la casa. Quizá quiera conocer la galería, tenemos retratos del señor Harding cuando era un niño.

—Sí, sí... —respondió sin poner mucha atención a sus palabras, ella todavía seguía intentando que su alma regresara a su cuerpo y que su corazón no explotara.

—Sígame, milady...

El sirviente la condujo a la planta baja y avanzaron hasta una de las puertas más imponentes. Al entrar, descubrió un mundo que superaba con creces todo lo que había visto en las casas de su familia. Los retratos de la residencia que perteneció a sus padres eran numerosos, pero en esta abundaban aún más.

—Este es el señor Jardín cuando tenía dos años... —indicó el hombre señalando una pintura con el niño sentado junto a tres perros pequeños de color negro.

Al observarla con detenimiento, reconoció la mirada penetrante. Su pupila contraída que no parecía mostrar emoción siempre estuvo ahí y, al notar el resto de las pinturas, vio que era un rasgo genético en cada miembro de la familia.

—Este lado es completamente del señor Harding. No quisiera decir nada sobre favoritismo, pero su señoría siempre ha querido tener cosas de su sobrino aquí. No le importa lo malo que pueda hacer, para él siempre será su favorito.

Era cierto. Podía ver a Cedric Harding en cada etapa de su vida. Cualquiera pensaría igual que el sirviente al creer que aquel era solo el sobrino favorito y no el hijo fuera del matrimonio que tuvo el marqués.

—¿Y este joven? —preguntó Iris después de apreciar todas las pinturas con el rostro de Cedric.

—Ese es el señor Benjamin Harding, el otro sobrino, el que destrozó la casa.

—No parece ser una buena persona. Tiene los mismos ojos que todos, quizá hasta la mirada, pero sus cejas indican algo más.

—No lo es, por esa razón su señoría no lo quiere como al señor Cedric. Lo recibe y lo tiene cerca por obligación y para corregir al favorito con la amenaza de dejarle el título.

—Veo que la manipulación también está en la sangre y que resulta con todos los que son sometidos.

—En eso tiene razón. Siempre se han manipulado entre ellos. Aquí nada se dice sin algún interés oculto.

—¿Cuál es el suyo? —curioseó Iris girándose hacia él—. Dijo que aquí no se dice algo sin interés oculto. Hacerme recorrer una galería y hablarme sobre el señor Harding tienen un objetivo.

—He caído en los malos hábitos de esta familia, excúseme, milady. Lo único que deseo es la felicidad del señor Harding y que, por supuesto, el señor Benjamin no sea el nuevo marqués porque es malvado y me despedirá apenas tenga la oportunidad. Con usted y el señor Cedric aquí, estaría tranquilo y feliz sirviéndoles con fidelidad.

—Una declaración de intenciones idealista, nada mal para convencer a alguien que ha pensado en matar al futuro heredero. El señor Harding me debe la paz que me robó desde que se cruzó en mi camino la primera vez.

—La entiendo. El señor Harding es tan intenso como el marqués, pero no descansa hasta lograr su objetivo. Desde que su señoría logró que usted entrara por esa puerta, él ganó el juego.

Iris comprendió lo que él sirviente quería decirle. Estaba resumiendo su futuro, que terminaría casada con Cedric de cualquier forma.

Después de que su padre bajara, ellos pudieron retirarse para ir al despacho. Ahí ella enfrentaría su destino. Necesitaba ver a ese hombre a la cara antes de decidir cualquier cosa.

En el despacho, Cedric estaba extrañado de que el letrado no estuviese ahí haciendo alguna cosa, aunque fuese para reclamarle su lentitud. Cuando oyó la puerta y vio al hombre que no estaba solo, se levantó de un salto de la silla que ocupaba para hacer una inclinación de cabeza para Iris. Una sonrisa encantadora se colocó en su rostro al verla.

—Buenas tardes, milord, milady... —habló Cedric.

—Buenas tardes, señor Harding. ¿Podría pasar a la pequeña sala para conversar con mi hija? —preguntó John.

—Por supuesto —aceptó el joven sin saber que entraría dentro de una bolsa con un gato furioso.

El señor Harding caminó unos pasos delante de Iris para poder abrir una puerta hacia un salón pequeño con un sillón, dos sillas y una mesa. No cerró, porque no era bien visto encerrarse con la hija de su jefe.

—Quería decirle algo, señor Harding... —declaró Iris una vez que lo vio acercarse.

—La escucho, milady... —Él estaba embelesado al verla. Todo su cuerpo reaccionaba distinto cuando ella estaba cerca.

Aquella no dijo nada más, solo le dio una bofetada que casi le echó los dientes.

—Esto es por mentirme sobre la señorita Monroe. Ella es la prometida de lord Stell —masculló molesta.

Él trataba de que su rostro volviera a tener forma normal.

—Eso dolió, milady... —confesó acariciando su rostro y también moviendo su boca para acomodar todo lo que se había movido dentro.

—No le duele lo suficiente. Merece más sufrimiento, señor Harding. Me quitó la tranquilidad hablándome de ella.

—Entonces funcionó. ¿No escuchó el dicho que dice: «en la guerra y en el amor, todo vale»? Quería conseguir su atención y lo hice.

—Forzando los celos...

—Los celos no existen si no hay interés. Esto solo sacó a la luz lo que estaba dentro de usted, lo que no quiere admitir, lo que esconde con vergüenza. Me ama y no desea confesarlo ante el resto por mi proceder y lo entiendo, pero no cambia lo que ambos sentimos.

—Señor Harding, estoy cansada de este juego y confundida con todo lo que ocurre entre nosotros. Es cierto que no quiero aceptar algo, pero no sé qué es.

—Podríamos averiguarlo juntos. Le conté mi verdad y cómo llegué hasta usted. Mis intenciones siempre fueron casarme y en un primer momento fue para asegurar el título, pero me di cuenta de que esto nos quitaba la tranquilidad. Lo único que quise después de todo era robar su corazón, ser su único dueño. Mi propuesta no cambia, si no tengo lo que espero, la dejaré en paz.

—Pero ¿a qué costo, señor Harding? Primero me enamora y después quiere dejarme porque usted mismo no cumple las expectativas que se exigió.

—Seamos realistas. Nadie quiere a un aristócrata sin título. El dinero permite tener muchas cosas, pero no compra el privilegio de la élite y sé en dónde están ubicados ustedes por su familia y su padre.

—Esa es la idea que me ha llevado al sufrimiento, que me ha mantenido despierta en las noches y que condena a mi pecho a la soledad y a acusarse de no saber escoger de acuerdo a los convencionalismos. Vengo de la casa de su tío...

—¿De la casa de mi tío? —indagó con incredulidad.

—Si usted cree que sabe hacer las cosas, ese hombre tiene mucha más experiencia. Ha pedido conversar conmigo.

—Mi tío debe pensar que soy un inútil hasta para conquistar a una mujer. Debe estar cansado de mi tontería para haber pedido por usted.

—Tenga en cuenta que ese caballero está muriendo. La paciencia es algo que no puede darse el lujo de tener. Si quiere algo bien hecho debe hacerlo él mismo.

—¿Le habló mal de mí?

—Al contrario, habló tan bien de usted que creí que no estábamos hablando sobre la misma persona. Quien habló mal fui yo, le di múltiples razones para justificar lo inapropiado que es querer que me case con alguien como su persona.

—No esperaría menos de su honestidad... —Él rio y ella le correspondió bajando la mirada con una sonrisa tímida.

—Vi sus pinturas en la galería. Tiene un hermoso caballo negro. Presumo que es el que lo abandonó cuando creyó que podía robarnos.

—Sí, Bruma es así. Es un obsequio de mi tío, mi semental favorito. ¿Qué más habló con él?

—Eso lo conversará con mi padre, a nosotros nos atañen los asuntos sentimentales.

—La palabra atañen en compañía de «sentimientos» en su boca es algo que quizá sea para festejar. Espero comprender o al menos presumir que mi tío ha tenido éxito.

—No, él no lo tuvo. Fue usted. Me rindo, señor Harding, luchar contra esto ya no es opción.

Capítulo 27

Pese al dolor en su mejilla, pudo entender con claridad lo que esa mujer le había dicho.

—¿Significa que acepta casarse conmigo?

—No, significa que aceptaré un cortejo decente, en donde no intentará robar nada de la casa de mi familia.

—¿Puedo ofrecerle un anillo de compromiso?

—Solo si no se lo ha robado a nadie, aunque déjeme dudar de que tenga algo que mínimamente se parezca a eso.

—Se lo pediré a mi tío. Él estará feliz al darme una de las joyas.

—Sí, por supuesto que estará feliz porque ambos han conseguido lo que querían.

Cedric acortó la distancia entre ambos y cogió las manos de Iris y ella no se resistió. Dirigió sus ojos verdes hacia los de la joven.

—No se arrepentirá de esta oportunidad. Mi cambio será real, no volveré a robar ni mentir. Solo quiero todo lo bueno que me espera en esta vida y más si es a su lado. ¿Le importaría si sello este momento con un beso?

—No ha pedido permiso las veces anteriores, señor Harding, no veo la necesidad de hacerlo ahora.

—Si quiero ser un caballero para una dama, debo aprender a comportarme como uno.

Con dulzura soltó las manos de ella y alzó su mentón para poder besarla sin prisa, sin miedo, sin necesidad de intentar

enamorarla, tenía lo más importante: su aprobación, y ese era el principio de lo que deseaba. Quería construir algo distinto.

Ella correspondió a aquel beso casi casto, inocente, que le despertó sensaciones muy distintas a las emociones rabiosas del primer encuentro. Este sí era el comienzo que deberían haber tenido.

Cuando se alejaron, ella sonrió. Sus mejillas se sonrojaron al instante, porque todo se sentía diferente, incluso la mirada de Cedric había cambiado.

—Mi padre tiene mucho que decirle sobre lo que hablamos con su tío. Yo he terminado con lo que deseaba hacer.

—¿Puedo visitarla pronto?

—Cuenta con permiso suficiente, señor Harding.

—¿Por qué este cambio? ¿Mi tío tiene algo que ver? ¿Sabe si cambió su decisión?

—Eso debería conversarlo con mi tío, él sabrá cómo explicarle todo.

—La verdad es que no me importa lo que ocurra si he logrado que usted me vea.

—Es porque usted es tan persistente como un dolor de dientes. No hay mucho que acotar. Vaya con mi padre y converse, se lo pido.

—¿Si le hablo, él me dará su mano?

—Tal vez me entregue de cuerpo entero. —Ella le sonrió.

El señor Harding asintió y salió del salón para ir a buscar al letrado. Aquel tenía la vista fija en la ventana que daba hacia la calle.

—Milord, su hija ha aceptado que la corteje... —contó Cedric, emocionado.

John se giró sobre sus talones y le indicó que cerrara la puerta y tomara asiento.

—Lo sé, señor Harding. Se nota que lo aceptó de buen grado... —John señaló la mejilla derecha que había recibido la bofetada.

—Su hija es muy cariñosa...

—No se acostumbre a ese tipo de cariño, porque nunca le hemos demostrado que esa es la forma de darlo.

—Sí, milord. Ella me dijo que tenía cosas que decirme.

—Sí, señor Harding. Su tío desea que comience a tomar posesión de las responsabilidades del título. Hemos cambiado las disposiciones y ahora usted es el heredero principal y su primero se llevará una jugosa cantidad de igual forma, pero no como antes después de que su primo destrozara la casa de su tío intentando agredirlo.

La palidez en el rostro de Cedric solo dejaba entrever que no sabía lo que había ocurrido.

—¿Qué? ¿Benjamin hizo qué?

—Intentó agredir a su tío cuando le confesó que estaba decidido a darle a usted el título. Estuve ahí y lo presencié.

—¿Mi tío está bien? ¿No le ha ocurrido nada?

—No, él está bien, tuvo que mudarse de habitación porque ahora mismo no tiene ventanas.

—Qué desgraciado.

—Señor Harding, tenga cuidado. Su primo está fuera de control, no se confíe si lo ve.

—Sé que es peligroso, muy peligroso.

—Se le notaba el hambre en los ojos. Por el bien suyo y el de mi hija, trate de mantener distancia y no propiciar nada con él.

—Está bien. Esto ni siquiera deja que me emocione por el título...

Después de decir eso, se quedó pensando un instante. Iris ya sabía que él sería el heredero, así que suponía que aquel repentino cambio no nacía de un amor inmenso ni de una atracción súbita, sino del deseo de convertirse en marquesa. No podía culparla: él mismo le había ofrecido ese camino. No debía sorprenderse por lo que estaba ocurriendo, aunque hubiese querido creer lo contrario, que todo era por afecto. Pero no podía engañarse era lo que había buscado desde el principio, porque cuando la conoció no pensó en los sentimientos de ella.

El letrado le mostró el poder que le había concedido el marqués a su sobrino para poder realizar todas las gestiones como futuro heredero hasta el momento de su muerte. Solo debían llevar eso a los administradores y demás autoridades para tomar control total sobre la que sería su herencia. Tratarían de hacer esas gestiones al día siguiente. Cedric se despidió de todos, incluyendo de Iris para poder ir a ver a su tío. No le gustaba lo que había ocurrido en su casa y estaba decidido a que, si su primo regresaba, él debía defender al marqués.

Una vez que estuvo en casa de su tío, todo se veía normal por fuera, no parecía que un demente hubiese arrasado con la prioridad; sin embargo, una vez adentro, notó que faltaban cosas como jarrones, platería y un par de sillas.

—Señor Harding... —pronunció el sirviente con verdadero alivio.

—Me contaron lo que pasó. Si no hubiese salido, todo estaría bien.

—No se culpe, no es adivino. Su primo demostró su verdadera naturaleza.

—No puedo creer que intentara atacar a un hombre indefenso.

—Su tío ahora tiene un arma durmiendo con él. Ya no volverán a sorprenderlo.

Subiendo las escaleras pudo notar que seguían faltando cosas. Era una verdadera lástima que todo lo que conocía fuera arrasado por la locura de Benjamin, lo único rescatable era que no mató a su tío.

Cuando entró en la habitación, el espacio olía a lirios, tal como cuando su tía vivía.

—Tío... —habló el joven que despertó al hombre.

—Cedric...

—Vine a quedarme. No puedo permitir que Benjamin regrese a hacerle daño. Debo agradecer los años que me crio y atendió, se lo debo.

—No me debes nada, Cedric. Si quieres hacer algo por mí, solo deseo que vivas feliz con la mujer que quieres, que corrijas todo lo que está torcido y que seas un ejemplo para tus hijos.

—Es lo que haré. Hoy milady me dijo que aceptaría que la corteje. Quiero darle un anillo y espero que me permita tomar uno del joyero.

El marqués se movió un poco y cogió algo de debajo de la almohada.

—Este era el de mi esposa y será para la próxima marquesa. Es una esmeralda con diamantes alrededor.

—Es hermoso y un tanto ostentoso, tío.

—Esa joven lo merece. Además, le has estado mintiendo para mantenerla interesada. Es una compensación generosa.

—Lo hice porque no veía otra forma. Raptarla no era una opción, porque perdería lo poco que he estado construyendo en este corto tiempo. Gracias a Dios nadie sabe sobre mis andanzas.

—Has tomado la decisión correcta. A situaciones desesperadas, soluciones descabelladas, querido mío.

Durante la noche estuvo conversando con su tío y hasta cenó con él, aunque lo veía cansado y somnoliento. Hablaron sobre lo que debía saber y cuáles eran los valores para dirigir esa herencia.

Ni siquiera Cedric creía sobre el crecimiento que había tenido en las últimas semanas. Estaba alejado del crimen y de la holgazanería. Su vida había cambiado y sabía que eso había sido impulsado por dos cosas: sus propias ansias de crecimiento e Iris. Sí, esa mujer que sin saberlo hacía que quisiera mejorar para tenerla. No estaba conforme por cómo había conseguido el compromiso, mas no estaba dispuesto a rendirse para conseguir que su corazón le perteneciera en caso de no hacerlo aún.

Escribió una corta misiva a Andrew para contarle que se quedaría en casa del marqués y que le enviase su ropa por un sirviente. Lejos de hacerle caso en ese aspecto, su amigo llegó con el baúl entero y con muchas ganas de escuchar lo que tenía que contar sobre las travesuras de Benjamin. Andrew, que visitó esa casa en múltiples ocasiones, notó la falta de muchos accesorios, la mayoría yacían rotos en el jardín trasero.

Bebieron y conversaron hasta la madrugada, cuando Andrew se retiró y Cedric por fin podría descansar y pensar en qué hacer

durante el día.

Ni siquiera llegó a tener buenas ideas, cuando el periódico cayó en sus manos y lo que vio lo dejó horrorizado. Era un artículo en el que se hablaba sobre «la verdad sobre Cedric Harding».

«Un hombre sin escrúpulos que le ha robado a media ciudad durante años para mantener su vida de vicios, cuyas posibilidades de que formara parte de la aristocracia londinense por intermedio del conocido y reputado letrado John Preston, eran altas».

Esa frase, escrita sin ningún tipo de vergüenza, era la peor parte. Era evidente que Benjamin había empezado su ataque contra él como represalia por no heredar el título. No sabía cómo enfrentar al mundo ese día, cualquier idea de salir a trabajar le oscurecía la mirada. No estaba seguro de poder caminar entre los demás si lo miraban de forma condenatoria.

—¿Qué hará, señor Harding? —indagó el sirviente, preocupado.

—¿Qué más puedo hacer aparte de continuar viviendo? Ahora todos saben mi más oscuro secreto y lo peor es que no solo me afecta, sino también a otros, como el letrado. Por supuesto que Benjamin debía dejar abierta la puerta de la suspicacia.

—Lo que sé que no debe hacer es encerrarse en esta casa. Recuerde que debe hacer todas las gestiones para controlar el matrimonio. Le diré algo desde lo más profundo de mi lógica. Usted será el marqués, ¿qué le importan los demás? Tendrá lo que necesita y nada importará. ¿Por qué le interesan las personas que jamás lo aceptaron? Siga adelante con quienes lo aprecian y perdonan sus errores.

—Intentaré hacerlo, George. Sé que nada será fácil para mí a partir de ahora y tampoco para milady, porque ensuciaré su reputación si me caso con ella.

—No estará pensando en dejarla ir, señor Harding.

—Puedo hacerle mucho daño sin querer. Además, ella solo se habría casado conmigo por presión de mi tío y su padre. Sé que siente algo por mí, pero no está segura. Considero que en este momento ni siquiera el letrado querrá saber de mí y mucho menos sus clientes que saben que trabajo ahí.

—Estoy seguro de que John Preston sabe lo que hace y desde el primer día supo de todos los riesgos de tenerlo con él.

—Quiero creerte, pero en este momento no me encuentro en un buen lugar. Pensé que estaba consiguiendo todo lo que había deseado, respetabilidad, dinero y amor; sin embargo, lo puedo ver caer tan rápido como lo construí...

—No deje que el señor Benjamin gane, hágale frente a la situación.

—Intentaré hacerlo.

Tomó valor para salir de su casa e ir al despacho de John. Las gestiones debían hacerse para poder tener acceso a algo. Cuando golpeó la puerta para entrar, el asistente del letrado lo miraba como si fuese un verdadero crápula. Ni siquiera le dirigió la palabra cuando lo saludó. Sí, era un verdadero paria social. No le servía el título para nada. Jamás podría formar parte de lo que siempre había deseado.

Se sentó en su sillón y se tapó la cara con ambas manos. Él estaba sucio y quien lo tocara o se juntase, terminaría igual de afectado. John le abrió las puertas no solo de su negocio, sino también de su hija. Por su culpa terminarían embarrados y Cedric no deseaba que eso ocurriera. Debía tomar una decisión difícil.

Capítulo 28

En casa de John, él arrugó el periódico con rabia.

—¿Qué pasa, querido? —indagó Martha, pues su esposo pocas veces se ponía de malhumor.

—El primo del señor Harding lo ha delatado. Ahora toda la ciudad sabe a qué se dedicaba...

—¿Crees que es prudente que Iris se case con alguien que hará que los demás la traten como si fuese una paria?

—Eso dependerá de Iris. Yo sé lo que tengo que hacer y eso es cumplir con las disposiciones del marqués. Al otro señor Harding no le gustará la respuesta que escribió su tío para defender a Cedric. Es cuestión de soportar este golpe con gracia.

—No sé si la gracia ayudará a este hombre. Considero que Iris debe saber todo esto antes de que se ilusione con este hombre.

—Es un poco tarde para eso último. Tienes razón en que debe saber a lo que se enfrentará si la gente descubre que es probable un compromiso entre ellos. La insinuación aquí es evidente: creerán que intentaré convencer al marqués de ceder su título a otra persona por conveniencia propia.

—Y todos sabemos que no es así.

—Es un terreno fangoso, querida, no me animaría a afirmar nada.

Iris y Camellia bajaron de su habitación y vieron a sus padres conversando con rostros serios.

—Algo no está bien, ¿verdad? —inquirió Iris al ver el periódico arrugado.

—No, no anda bien —respondió su padre sin intención de endulzar nada. John alisó un poco el papel y se lo entregó—. Léelo y considera lo que harás.

—Quisiera leerlo, en verdad, pero ¿me presta su monóculo.

Él lo sacó de su bolsillo y se lo entregó. Ella lo limpió un poco y después comenzó a leerlo.

Al hacerlo, trataba de mantenerse calmada. Sabía que lo que decía ese periódico era la realidad de la situación, pero lo que insinuaba sobre su padre, eso era inconcebible.

—¿Quién se atrevió a publicar esta mentira sobre usted, padre? ¿Acaso fue el primo malvado del señor Harding? —inquirió, mientras Camellia intentaba leer sobre su hombro.

—Ha sido él, pero no te preocupes. Te aseguro que mi reputación sobrevivirá.

—¿Y el señor Harding?

—Él será perseguido con lanzas y antorchas, Iris. ¿Qué más puede ser si aquí dice que asaltó a media ciudad? No somos tontos, será una cacería de brujas.

—Basta, Camellia. Lo peor que puedes hacer es decir esas cosas sobre tu futuro cuñado —alegó su madre.

—¿Cómo que futuro cuñado? Dime que estás pensando con la claridad suficiente para no aceptar suicidarte y matarme socialmente antes de que alguien me conozca... Iris... —rogó su hermana que se colocó frente a ella—. No estudie dieciséis años para terminar siendo la cuñada de un paria. ¡Oh, Dios, que alguien me arranque el corazón para no sentir esta angustia!

—Creo que este será un asunto familiar muy delicado. Que se sepa sobre el pasado del señor Harding es terrible para todos

nosotros —alegó el padre de Iris.

Ella estaba perdida en sus pensamientos. Pensaba en la vergüenza pública que tendría que enfrentar si se casaba con él. Sentía temor y quizá hasta la misma angustia que Camellia, pero no de la misma forma. Cedric quería una vida nueva y se la estaban negando por su pasado. Era evidente, pero la gente no olvidaba los malos ratos. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? En su pecho anidaba el sentimiento más puro de estar a su lado de forma incondicional porque sabía sobre sus defectos y pese a eso la amaba a su manera. No era fácil aceptarlo y pisotear todo lo que durante años estudió. El título era un buen incentivo, mas el dinero no compraba el corazón.

Mientras que John dejaba su casa ardiendo, fue a cumplir con lo que debía que era acompañar al Cedric para que la gente supiera que era el nuevo apoderado.

Cuando llegó al despacho sintió el ambiente tenso. Su asistente bajaba la mirada y Cedric estaba en su lugar, aunque sin hacer nada.

—Buen día, señor Harding, debemos salir.

—Buen día, no sé si es prudente para ambos. La gente pensará que estamos contaminando como lo hace su asistente que no se ha dignado a saludar.

Los ojos de John se posaron en su asistente de años.

—¿Crees en mentiras? ¿Crees que yo avalaría una mentira? Si lo consideras, lo mejor es que no trabajes bajo mi filosofía...

—No es así, milord. No desconfío de usted, es solo el señor Harding.

—El señor Harding está en conflicto con su primo, el que es el verdadero criminal y ha esparcido mentiras porque el tío no le dejará el título a él, sino que se lo dará a este joven. Si quieres puedes leer el poder que el marqués firmó ayer para que tus dudas se disipen.

—Confío en usted. Es un hombre intachable. Perdón por pensar mal, milord.

—Pide disculpas al señor Harding por tu actitud. Lo que él está pasando es difícil.

—Disculpe, señor Harding, nada excusa mi comportamiento.

—No se preocupe. Entiendo a la perfección... —Eso fue lo único que pudo decir Cedric.

No podía alegar que esa nota estuviese llena de mentiras, porque la parte que hablaba de él era lo que le condenaba. Solo que debía pensar en cómo dar vuelta la situación a su favor o su título estaría manchado por el escándalo y no podría casarse con la mujer de su vida, aunque el letrado aún confiara en su persona.

Los dos comenzaron su recorrido por los lugares más importantes y no solo mostraban el papel con las firmas y sellos oficiales, también hablaban sobre lo que había salido en el periódico y lo explicaban. Poco a poco estaban dándole a Benjamin una cucharada de su propia medicina. Las personas influyentes harían lo suyo y como último paso, John tenía pensado aplastar a ese hombre con las palabras directas de su tío. Este no se saldría con la suya, no arrastraría a Iris al escándalo.

Pese a las buenas expectativas que trataba de transmitir el letrado, Cedric tenía en mente que no podía avergonzar a la persona que amaba y le dolía tener que pensar en alejarse y no entregarle ese anillo.

Terminaron las diligencias cuando el sol caía sobre la ciudad. Cedric quedó exhausto, aunque fue a buscar un poco de consuelo a la casa de Andrew. Se sorprendió al encontrar ahí a la prometida de este. La señorita Monroe estaba ahí en compañía de una doncella, discutiendo sobre los arreglos del matrimonio.

—Cedric... —pronunció su amigo al verlo triste y fatigado. Se levantó de su sillón y fue a darle un abrazo—. Leímos lo que salió publicado esta mañana. Estoy seguro de que fue tu primo.

—Sí, fue él...

—No se preocupe, señor Harding, tiene nuestro apoyo. Sé que la sociedad puede ser muy difícil —declaró Katherine que cogió la mano de Cedric con respeto—. Mi padre dijo que podríamos encargarnos del problema...

—¿Encargarse del problema? —cuestionó con inocencia. Su mente estaba tan apagada que no pensaba con mucha claridad.

—No crea que todas las deudas se pagan con dinero, señor Harding. Considero que la deshonra se paga con la vida.

Andrew se sintió mareado al oír hablar así a su futura esposa, pero suponía que no todas las fortunas eran tan limpias para quejarse de lo que obtendría con ella. Tanto él como Cedric no estaban acostumbrados a maldades más allá del robo, el asesinato traspasaba límites que ellos no deseaban cruzar.

—Le agradezco, señorita Monroe, pero es un familiar, por más que quisiera matarlo, no podría hacerlo.

—Mi padre me enseñó que, para sobrevivir, se debe escoger entre la propia vida o la otra. Si él lo está destruyendo, ¿por qué no sacarlo del camino?

—Katherine, Cedric y yo no somos asesinos, quizá somos gente con moral relajada, pero no somos capaces de relajarnos hasta ese punto.

—Entiendo. Por lo que veo tendré que ocuparme de las cobranzas de forma personal en el futuro...

Cedric y Andrew se miraron con un poco de temor, pues esto rozaba lo desquiciado.

—Gracias por comprender, señorita Monroe. Ahora estoy preocupado por lady Iris. Apenas conseguí que se case conmigo y no sé cómo solucionar este problema. Sé que siente vergüenza de todos sepan lo que fui. Ella debe estar odiándome, por más que su padre diga lo contrario. Considero que no me recuperaré de esto y no es justo que si la relacionan conmigo termine como una leprosa.

—Cedric, no estarás pensando en abandonar todo por lo que trabajaste. Estás cerca de convertirte en el próximo letrado, ser esposo de la mujer que anhelas y tener el título y dinero que durante años te quitó el sueño —pronunció Andrew.

—Ni el oficio, ni el prestigio valen tanto como la decepción que podría ver durante toda mi vida en los ojos de milady. Para mi mérito, esto me hace sufrir más de lo que podría hacerle sufrir a ella. Estoy a tiempo de que solo yo tenga este dolor, porque lady Iris debe seguir sintiendo un poco de desprecio por mí, ese que la mantiene segura y que no la deja confiar por completo en lo que puedo ofrecerle.

—Te estás torturando innecesariamente, Cedric. Las cosas mejorarán con el tiempo.

—Sí, con los años. Desperdiciará su juventud en esto. Si no fuese porque mi tío sigue con vida, ya estaría rumbo a Escocia o Francia para huir de la vergüenza.

—No puede dejar todo lo que conoce porque alguien quiere arruinarle la vida, señor Harding. Hay formas de contrarrestar lo ocurrido. Si él puede acusar falsamente, usted también —aseguró Katherine que no se rendía ante la tristeza y resignación del hombre que le había conseguido el esposo perfecto que ella deseaba.

—Lo más honorable que puedo hacer dentro de mi deshonra es hacerme a un lado y dejar que ella consiga un hombre sin una mancha tan pública como la mía. Tiene razón en que puedo contrarrestar esto diciendo que el verdadero delincuente es él y que la gente puede dar fe de esto, en cambio, sobre mí no existen pruebas, salvo acusaciones sin fundamentos, pero eso no me devolverá la respetabilidad para que una mujer como milady quiera casarse conmigo. La diferencia entre tener dinero y tener reputación es que el dinero no compra la reputación. Estoy arruinado y lo estaré por años. Pondré al mismo John Preston a limpiar mi nombre; sin embargo, el suyo también está salpicado por el escándalo. Somos dos peces muertos flotando en la inmensidad del mar de los chismes. Él conservará clientes, pero a mí nadie me conoce y jamás me darán una oportunidad después de esto.

Unos golpes apresurados sonaron en la puerta de la casa de Andrew. Cuando abrieron, George estaba ahí, agitado.

—Señor Harding, su tío ha empeorado y ha pedido verlo. Creo que esta vez ha llegado el fin —declaró el sirviente.

Aquel no dudó un minuto, ni siquiera se despidió de Andrew ni de Katherine. Subió al carruaje en el que había ido George.

—¿Qué le ocurrió? ¿Acaso se enteró sobre lo que hizo Benjamin?

—Sí, lo sabía desde la mañana, pero empeoró. Se ha quedado acostado y no se mueve, casi no abre los ojos. No lo he visto así jamás, por eso, sé que su final es inminente.

—Morirá sabiendo que soy una vergüenza horrible como mi padre.

George quería morderse la lengua, pero él sentía que el marqués debía saber que su hijo sabía la verdad.

—Señor Harding, debo decirle un terrible secreto, uno que creí que él se llevaría a la tumba, pero lo oí cuando se lo contó a John Preston. En realidad, el marqués no es su tío.

—¿Qué? —preguntó Cedric con una palidez mortal en su rostro.

—Él es su verdadero padre y no el que usted creyó que era durante años. Contó que durante una noche en que consolaba a su madre después de una pelea con su esposo y la esposa del marqués estaba en otro condado visitando a sus parientes, cedió a la carne y se acostaron. De ahí nació usted y el hombre al que creyó su progenitor no sospechó nada. Esa es la verdad, señor Harding.

Sintió que había dejado de respirar. Todo lo que creyó real era solo una terrible mentira. Las cosas comenzaron a encajar de una manera terrible. Ningún tío es tan generoso para dejarlo vivir en sus propiedades sin pagar nada, darle dinero para una educación de élite y lo más evidente era la galería con sus pinturas. Siempre se había preguntado por qué no había más pinturas de Benjamin y solo las de él llenaban una pared completa. La respuesta estaba ahí, se pasaba el tiempo apreciando a su hijo en la distancia sin poder decir nada.

—¿Crees que las cosas han mejorado con esta confesión, George?

—No, pero puede hablarle a su padre antes de morir...

—No mejoró, ni mejorará. Ya tenía muchos defectos y para rematar, ahora resulta que soy el bastardo.

—No se lo diga a nadie. De todas maneras, no lo quita de la línea de sucesión, fue reconocido por el hermano, solo no lo diga en voz alta, que el señor Benjamin no se aproveche de esa nueva debilidad.

Su mente daba tantas vueltas que solo quería descansar para no pensar. Nunca se había sentido tan acorralado y desanimado.

Cada vez llegaban noticias peores, no quería volver a escuchar nada.

Pese a que no estaba feliz con lo que había escuchado, sabía quién siempre fue un verdadero padre.

Una vez que entró en la habitación del marqués, él se sentó a su lado y tomó su mano.

—Padre... —habló con la voz temblando.

El marqués abrió los ojos con dificultad y derramó lágrimas.

—Creí que jamás escucharía esa palabra de tu boca, hijo mío. Lamento que las cosas hayan sido así...

—Fueron como mejor quedaba. Pudo ser peor y que yo terminara en un orfanato si él que creí que era mi padre se enteraba de la verdad.

—Perdóname, Cedric...

—No tengo nada que perdonar, aunque sí todo por agradecer.

—Te pido perdón por haberte puesto en esta situación. Quería que cambiaras, que fueses un hombre de bien. Deseaba que llevaras este título con honor. Siendo un ladronzuelo no lo hubieses conseguido, aunque ponerte a competir con este demente de Benjamin no fue una de mis mejores ideas.

—No se preocupe, lo enfrentaré, no tardará en volver a dar otro golpe. Estaré listo...

—Adiós, mi amado Cedric...

El aristócrata cerró los ojos ante el temblor de Cedric al oír su despedida.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó entre lágrimas intentando despertarlo, pero aquel no respondía.

George se limpió los ojos con un pañuelo ante la escena. Habían perdido al marqués y otro nuevo surgía.

Capítulo 29

La noticia de la muerte del marqués se extendió por la ciudad, llegando hasta los oídos de Benjamin, que con eso quería reclamar lo que le pertenecía. No perdió tiempo para llegar hasta la casa en la que había vivido el hombre.

John Preston se encargó de los arreglos funerarios y el velorio sería solo algo íntimo, con Cedric, sus administradores y amistades más cercanas, no estaba abierto para el público general por todo lo que había hecho Benjamin.

—Iris desea venir a acompañarlo en su dolor, su señoría —dijo John dándole a Cedric su primer roce con el título de marqués.

Eso lo golpeó y miró a John con sus ojos tristes después de haber llorado toda la noche.

—No, no deseo que venga. Sería horrible que la relacionaran conmigo. Hay gente chismosa apostada afuera para comer las migajas de lo que cae aquí.

—No puede pensar así si se casará con Iris.

—Iré a verla esta noche. Hoy quiero estar lo más solo posible.

El letrado asintió y se mantuvo al margen, aunque se quedó a conversar con las amistades del marqués para limpiar de forma más íntima la reputación de Cedric.

Andrew estuvo presente con la señorita Monroe, ambos dándole las condolencias. Después, Benjamin entró al velorio con elegancia, imponiendo su presencia.

—Al fin se murió el viejo —celebró, colocándose frente a Cedric.

—No es momento para tus estupideces, Benjamin. Es un velorio, ten respeto —masculló Cedric con molestia.

—¿Qué respeto merece el maldito viejo que nos torturó por el dinero para que al final decidiera dejarte el título a ti? Lo que deberías hacer es tener un poco de vergüenza y retirarte a la sombra, Cedric. Hundirás el buen nombre de la familia con tus delitos.

Las personas que estaban ahí no podían creer lo que oían. La forma en la que ese hombre se refería al fallecido era una completa falta de respeto.

—Si te quedas, hazlo con respeto, si te vas a avergonzar públicamente, retírate. Hay mucho espacio para que te sientes.

El sirviente del marqués se mantenía cerca de Cedric, con un arma en el frac. No confiaba en Benjamin, era un crápula.

Benjamin fue a sentarse en uno de los sillones disponibles cerca del letrado.

—Mi tío no debió alcanzar a cambiar nada, ¿no es así? —interrogó a John.

—Después del entierro se conocerá la voluntad del marqués, mientras tanto, ninguno de ustedes tiene derecho a nada.

—Tengo lo que él pidió para acceder al título, estoy a punto de casarme...

—Después de destrozar esta casa, ¿todavía cree que merece algo?

—Soy el verdadero heredero, el indicado, el que siempre debió ser. Usted no puede quitarme lo que me corresponde por derecho.

—El testamento habla sobre lo que cada uno recibirá, señor Harding, pero le anuncio que no se haga ilusiones con lo que obtendrá. Le recomiendo que sea más amable con su primo, quizá consiga mucho más de esa forma...

El hombre no tomó bien las palabras de John. Salió raudamente del lugar para regresar solo para la lectura del testamento.

***

Por la noche, Cedric tenía el anillo de compromiso que su tío le había dado. Jugaba con él como si no supiera qué hacer. Nunca se consideró un héroe, más bien creía ser un villano, uno bastante tonto después de todo; sin embargo, no podía hacerle daño a Iris. Sabía lo importante que era su buen nombre para ella y su familia. Que la relacionaran con él solo representaría vergüenza y en el futuro quizá se arrepentiría, no sabía si el título de marqués valdría la pena para algo.

Fue hasta la casa de John. Golpeó la puerta y esperó por un rato. El lugar le parecía más silencioso que de costumbre.

—Pase, señor Harding... —anunció el sirviente que se hizo a un lado—. ¿Desea hablar con milord?

—No, quisiera conversar con lady Iris. A milord lo veré más tarde en casa.

Aquel asintió y fue a buscar a la joven, mientras Cedric esperaba observando todo a su alrededor.

Iris estaba en su habitación esperando que fuera la hora de cenar. Durante el día había tratado de distraerse con su violín, pero no lo había logrado, pues la muerte del marqués rondaba su cabeza. Cedric no la había buscado después del escándalo y su padre trataba de mantenerse hermético al respecto. No podía dejar de pensar en que la reputación del señor Harding lo estaba afectando más de lo

que debería. Siempre se mostraba socarrón y seguro, pero suponía que no lo estaba pasando bien y ella estaba ajena a ese sufrimiento.

—Disculpe, milady, ha venido el señor Harding y pidió hablar con usted... —comunicó el hombre.

Ella saltó de su cama como un resorte y su hermana que estaba dormitando se movió como si estuviesen siendo atacadas.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó Camellia mirando a su alrededor.

—Cálmate, Camellia. Solo ha venido el señor Harding y quiere hablar conmigo.

—Dile que puede ir a morir en otro lado. Aquí no queremos la osamenta. Recuerda que estoy detrás de ti y que me perjudicarás si no lo haces.

La joven frunció el ceño, molesta. No le hizo caso y se retiró. Quería verlo y saber cómo se sentía. Al bajar las escaleras lo vio, pero no tenía el aura de siempre. El joven confiado y burlón que se acercó a ella en la calle no estaba ahí. Su rostro se veía triste y derrotado.

—Señor Harding... —musitó acercándose con lentitud.

Él también acortó distancia y suspiró.

—Usted es siempre tan hermosa, milady...

—Gracias, pero no es lo que se debe decir en estos casos. Lamento su pérdida...

—Lo sé, milady, pero prefiero obviar lo que me hace daño, porque durante estos días he recibido más golpes de los que puedo afrontar con mi nula respetabilidad.

El corazón de Iris latía con premura. Sabía que nada bueno podía venir de esas palabras por parte de alguien en duelo.

—Lo lamento, señor Harding. Es una lástima que su primo llevara esta guerra a nivel público.

—Lo hizo porque sabía que era una forma de hacerme daño y hundir mi poca reputación. Lo logró con éxito, sin pruebas de lo que dijo. La gente a la que quise pertenecer jamás me aceptará, ni por más que tenga un título. Soy consciente de mis limitaciones. —Él metió la mano en el bolsillo de su frac y sacó el anillo—. Esto me lo dio mi tío antes de morir. Era el anillo que deseaba que usted tuviese.

Cedric cogió la mano de Iris y le quitó el guante de la mano derecha. Deslizó el anillo por su dedo y vio que le quedaba perfecto.

Una sonrisa calmada se dibujó en el rostro de Iris. El anillo la emocionaba y parecía calmar su mal presentimiento.

—Es hermoso, señor Harding...

—Es para usted. Para que sepa que siempre quise algo bueno, aunque al principio mis intenciones fueran de las más codiciosas que un hombre puede tener. Pero terminé enamorado de la mujer que me rechazaba cada vez que podía. Inventé mil formas de llamar su atención hasta conseguirlo...

Se emocionaba con las palabras de Cedric. Se llenaba de gran expectación al oírlo.

—Sin embargo, por más que tenga las mejores intenciones del mundo para hacerla feliz, debo dejarla libre, para que pueda escoger un verdadero esposo, alguien que le ofrezca una vida sin esta mancha de ser un delincuente. Cometí tantos errores que me perseguirán para siempre. No quiero arrastrarla a mi desastre. No sabe cuánto me duele esta decisión. Luché para tenerla y por esto debo dejarla ir. Después de la lectura del testamento, me iré a

Escocia a empezar de nuevo. No podré cumplir mi objetivo de ser el legado de John Preston, ni tampoco su yerno.

Las manos de Iris se enfriaron porque su pecho parecía haber recibido un golpe mortal. Él la estaba dejando sin empezar nada. Le daba un anillo que no era de compromiso, era de despedida.

—¿Me dice todo esto con tanta serenidad? ¿Me da un anillo valioso que pertenece a su familia solo para abandonarme? Por esto no confiaba en usted —expresó, decepcionada.

—Lo hago, porque sé lo importante que es la vergüenza y la sociedad para usted. Desde un principio me rechazó por no ser nadie y, peor aún, un ladrón de poca monta. La amo, la amo con mucho dolor, pues tengo que dejarla ir. No entiende lo que siento, ya que usted solo me aceptó porque sabía de antemano que el título quedaría para mí. Usted no habló desde la sinceridad de su corazón, sino desde el interés que siempre la movió.

Eso fue un verdadero insulto para Iris. Se sentía ofendida hasta las entrañas.

—¡Tuve que luchar contra años de educación, señor Harding, para aceptar lo que afloraba en mi corazón, solo para que al final de cuentas me diga que no! ¡Es tan humillante! —Alzó la voz con lágrimas saliendo de sus ojos.

Él corrió a consolarla, a limpiar sus lágrimas rabiosas. Se quitó sus guantes para acariciar su piel.

—La amo, milady, la amo tanto que renuncio a hacerle daño, a soportar el desprecio por mi causa.

—Si usted ama así, no quiero su amor, señor Harding. Me robó el corazón y ahora que ya no lo quiero de vuelta, desea devolverlo.

El hombre colocó su frente con la de ella para después besarla como si el mundo se acabara, mientras Iris se aferraba a él para que

no se le escapara. Cuando se separaron, Cedric besó las manos de la joven para llevarse su esencia.

—Adiós, milady. Le deseo un futuro brillante. Pensaré en usted cada vez que mire al cielo y lo acompañaré con su delicado mechón que robé.

Después de eso, él se apresuró a salir del lugar o terminaría arrodillado, rogando para que huyeran hacia un lugar en donde no lo conocían.

—¡Señor Harding! —gritó Iris que cayó al suelo sumida en un dolor horrible.

Camellia fue la primera en llegar al salón y la encontró arrodillada en el suelo, llorando como no la había visto nunca. Después llegaron sus hermanos y sus padres.

—¿Quién demonios le hizo esto? —increpó William tratando de tocar el hombro de su hermana, pero esta se negaba a cualquier contacto, solo estaba ahí, llorando.

—Fue el señor Harding... —contó Camellia, indignada—. Ese hombre no quería hundirse solo y vino a hacer daño.

—Merece un escarmiento —espetó Dimitry, molesto.

Martha se arrodilló para abrazarla. Apenas pudo lograr que ella se recostara en su hombro.

—¿Por qué lloras si te ha dado un anillo, Iris? —curioseó Martha al notar la esmeralda brillante en su dedo.

—Porque no es un compromiso, es una despedida. Dijo que se irá a Escocia después de la lectura del testamento...

—Ahora voy a la lectura, Iris. Me apena la situación por la que atraviesan. El señor Harding no quiere que se hable de ti y por eso

hace esto.

—¿Por qué me mintió con sus planes, con sus promesas, padre? Por algo no quería estar cerca de él, para no sufrir por un pobre diablo.

—Y ciertamente no lo merecía —gruñó Dimitry.

—Hablaré con el señor Harding, Iris. Tal vez pueda convencerlo de que no es el fin del mundo para tener que dejar el compromiso que deseaban.

—No quiero que le hable a ese señor. Para mí está muerto... — Iris se levantó del suelo y fue corriendo escaleras arriba.

John miró a los demás y estos le devolvían la mirada como si él fuese culpable de algún crimen.

—Me voy a cumplir con la última voluntad de un difunto —dijo John que cogió su maletín que estaba en la mesa cerca de la entrada. Salió como si nada hubiese pasado.

***

George había preparado la sala para la lectura del testamento. Esa noche era decisiva para que la guerra terminara o llegara a extremos insospechados.

Después de decirle adiós a Iris, Cedric llegó destrozado a la residencia y lo único que deseaba era acabar con lo que los había llevado a tal punto. Al cabo de unos minutos, Benjamin también se presentó, observando la casa como si ya le perteneciera.

Los dos tenían aspectos distintos, mientras que Cedric parecía un muerto viviente, Benjamin había rejuvenecido.

El letrado tardó más tiempo en llegar, como si hubiese hecho una diligencia antes de llegar a la lectura. John colocó su maletín

sobre una mesa y sacó los documentos.

—Iniciaremos la lectura con los dos herederos presentes. La última voluntad del marqués está en estos documentos...

—Deje tanta parafernalia solo para decir que todo será para mí... —masculló Benjamin.

—Su ignorancia es indescriptible, señor Harding. Guarde silencio, esto tiene sus pasos... —John comenzó leyendo las posesiones listadas para herencia, el dinero existente y las inversiones.

A Cedric ya no le importaba nada de eso. Escuchaba de forma monótona lo que decía John. Su mente estaba en Iris y en lo que había hecho antes por su bien. Benjamin jugueteaba con sus manos, nervioso, mientras George observaba como un águila para defender a Cedric.

—Mi última voluntad es que Cedric Marcus Harding Ashford, obtenga el título de marqués, con las inversiones, las minas y el ochenta por ciento de las propiedades no vinculadas al título. Benjamin Robert Maxim Harding Brown, se quedará con el dinero y el veinte por ciento de las propiedades no vinculadas. Estos son mis deseos. El único que ha demostrado un verdadero cambio en este tiempo fue Cedric. Benjamin, tú tienes más de lo que mereces... —John terminó de leer—. Estas fueron sus últimas palabras, señores Harding. El nuevo marqués es Cedric Harding.

—¡Esto es una verdadera mierda! —vociferó Benjamin mirando a Cedric y al letrado, primero a uno y después al otro—. ¡Se han confabulado para robarme lo que me pertenece!

—Esta es una historia que cansa, Benjamin, te ordeno que te retires de mi propiedad —mandó Cedric.

—¡Esto no se quedará así! ¡Lo juro!

Aquel salió dando un portazo, dejando a Cedric en compañía de John.

—Su señoría, ahora podemos hablar de Iris.

—Lamento haber provocado dolor en su hija, pero es por su bien, no es para hacerle daño. Me duele tener que dejar esto, pero han sido muchas cosas para mí. Ella me olvidará porque quizá ni siquiera me ame. Enterarme de que mi tío en realidad era mi padre, me desarmó completamente, porque ni siquiera tuve un día para disfrutarlo con ese nombre.

—Su pérdida es dolorosa, señoría, pero las cosas mejorarán. No tome decisiones precipitadas. La sociedad le tomará respeto después de todo esto. El dinero y título impresionarán a muchos y cambiarán de parecer.

—Lo único que puedo hacer es irme para escapar de la vergüenza. Le pido que cuide mucho a milady, siempre me preocuparé por ella. Le di el anillo que mi padre escogió y él sabía la razón por la que me lo dio, porque lo que siento por ella será eterno.

En esa oportunidad John no pudo convencerlo de hacer alguna tontería. Se retiró y esperó a que las cosas tuviesen un efecto distinto.

Durante la noche, Cedric no podía dormir. Sus ropas estaban guardadas en los baúles para partir al amanecer, pero esperaría a hacerlo al menos un día después, necesitaba descansar para empezar su nueva vida desde cero.

Él imaginó este momento como algo lleno de esplendor, con un baile días después para presentar a Iris ante la sociedad como su prometida, pero todo estaba mal, nada resultó como debería. La muerte de su padre le afectó demasiado, ni siquiera sentía que pensara con claridad. Se sentía vacío después de terminar con la mujer que deseaba. Su existencia era miserable y necesitaba

cambiar de escenario para intentar sobrevivir al dolor, la ira y la vergüenza.

***

Pasó un día entero sin saber nada del nuevo marqués de Richter. Iris estaba devastada y no salía de su cama. Primrose y Alexander fueron a Londres para conocer al flamante nuevo integrante de la familia, pero se encontraron con lágrimas y un hogar en crisis.

Alexander negaba con la cabeza al oír lo que Camellia contaba en la habitación, ya que Iris se negaba a hablar con alguien.

—Bien, ¿en dónde vive ese hombre? Le hace falta la visita de un duque para saber lo que es respetar a una dama —declaró Alexander, molesto, al ver a una de sus cuñadas más joviales tirada en esa cama casi fusionándose con las sábanas.

—Es inútil, ni siquiera un asesinato solucionará el problema. Un ladrón le robó el corazón y para colmo, lo rompió —se quejó Primrose.

—Odio este festival de lástima que están haciendo aquí. Sobreviviré, iré a todos los eventos sociales y me casaré con un hombre decente. Solo necesito un día más. ¿Podrían dejarme sola? No iré a cenar y tampoco quiero que me traigan algo de comer —pidió Iris que se incorporó un poco en su cama.

—Regresaré pronto para no dejarte sola... —habló Camellia.

—Lo que quiero es que me dejen sola. No necesito más lástima, no me alimentan con ella.

Cuando todos salieron para la cena, Iris se levantó de la cama y buscó una ropa decente y una capa. Iría a buscar a Cedric para hablar, no podía seguir así, necesitaba estar segura de que no había jugado con ella.

Esperó un poco y después salió por la ventana. Le daba miedo caer y romperse algo, pero más temía a lo que el dolor del abandono estaba haciendo con ella.

Tenía mucho dinero que su padre le había dado y lo llevaba para buscar un carruaje de alquiler. Pudo bajar del segundo piso arrojándose sobre las amadas plantas de su madre, lo que amortiguó su caída.

Se apresuró a abrir el portón y salió apresurada sin mirar atrás. Tenía un objetivo en mente y lo conseguiría. Al llegar al lugar en donde solía ver los carruajes de alquiler, vio que uno estaba ahí. El cochero fumaba recostado en la portezuela esperando un cliente.

—Necesito que me lleve a la residencia del marqués de Richter...

Final

—¿No sabe la dirección? —indagó el hombre.

—Eso se lo dejo a usted, lo único que necesito es ir a ese lugar.

El cochero asintió y abrió la portezuela para que ella subiera.

Iris no recordaba la dirección, aunque sí podría reconocer la residencia porque estuvo ahí. Estuvieron al menos veinte minutos dando vueltas hasta que llegaron al lugar que ella reconocía. Le entregó un pago generoso al hombre y este se fue feliz después de bajarla.

Ella caminó hacia la puerta de la residencia para golpearla, pero alguien la cogió de la muñeca.

—Miren qué tenemos aquí. —Rio Benjamin sin humor—. Sabía que hacer guardia aquí me daría un verdadero tesoro. No pensé que fuera tan valioso. Esperaba al imbécil de Cedric, pero sería demasiado fácil, disfrutaré mucho más de esto.

—¿Quién es usted? —Ella intentó zafarse del agarre.

—Benjamin Harding, querida...

Palideció al darse cuenta de que el primo demente y violento de Cedric la tenía en sus manos.

—¡Ayuda! —gritó, aunque no pudo repetir su pedido, porque Benjamin cerró su boca y la cogió de la cintura para arrastrarla hacia su carruaje que estaba a unos pasos de ahí, escondido en la oscuridad, en donde las farolas no podrían iluminarlo.

La arrojó dentro y golpeó el techo. El coche se puso en marcha, pero Iris quería escapar a cualquier precio.

—Ni siquiera lo intente o Cedric pagará el precio, o quizá ese letrado al que no soporto. No le costaba hacer las cosas de manera correcta.

—Hizo las cosas de manera correcta, señor —lo defendió Iris.

—Esos dos estaban confabulados para quitarme todo. Por eso Cedric quiere casarse con usted y el letrado lo consiente porque le conviene que su hija se case con un marqués. Todo estuvo cocinado desde un primer momento. No soy ningún tonto. Cedric ya tenía un plan porque fingía ser el sobrino bueno y preocupado. Ahora las cosas serán diferentes, usted cayó en mis manos y por eso tengo el poder. La convertiré en mi esposa y verá cómo cambiarán las cosas.

—No seré su esposa ni en la otra vida, maldito demente.

—Su dote debe ser jugosa. Ojo por ojo y diente por diente... Cedric verá cómo obtengo todo lo que él deseaba.

No sabía a dónde la estaba llevando aquel sinvergüenza, pero era evidente que sabía sobre sus intenciones y por eso debía ver la forma de escapar, de aprovechar cualquier error suyo para correr.

***

Camellia regresó a la habitación y encontró la ventana abierta. Iris no estaba por ningún lado. Al observar por la abertura se dio cuenta de que había escapado. Con el corazón en la mano fue corriendo hacia el comedor en donde su familia estaba bebiendo vino.

—¡Iris huyó! ¡Se escapó! —anunció con desesperación—. ¡Saltó por la ventana!

Todos corrieron sus sillas con presteza. Alexander salió al jardín, mientras que el resto fue a la habitación. El portón estaba entreabierto y las plantas destrozadas.

—¿A dónde pudo haber ido Iris, padre? —inquirió Primrose, preocupada.

—Creo que solo iría a un lugar: a la casa del marqués.

—¡Oh, John, debemos ir a buscar a nuestra hija! —espetó Martha, preocupada.

—Iremos los varones, querida. La encontraremos. Sabía que estaba tramando algo, ella y la cama no son los mejores amigos, era extraño que estuviese ahí, era evidente que estaba urdiendo un plan. Al parecer, no es alguien que acepte una negativa con facilidad...

John le pidió a sus hijos y Alexander que se quedaran y que solo él iría a solucionar el inconveniente; sin embargo, ninguno de ellos quiso quedarse. Los cuatro subieron al carruaje y partieron con rumbo a la dirección de Cedric.

Mientras que ellos iban hasta ahí, Cedric y George salían a la calle para subir al carruaje y partir hacia Escocia. Las últimas pertenencias de los dos estaban siendo subidas. Cuando Cedric puso un pie dentro del coche, vio que otro se acercaba y antes de que se detuviera, al menos tres hombres bajaron con presteza.

—¡Dónde está Iris! —increpó Dimitry que llegó hasta Cedric y lo estiró para que este no subiera, mientras que William entraba al carruaje del hombre.

El letrado descendió una vez que su coche se detuvo.

—¿De qué están hablando? ¿Qué pasó con milady? —preguntó confundido.

—Iris escapó esta noche. Debió haberlo hecho hace al menos una hora y se nos ocurrió que vendría aquí —contó John.

—Milady no ha venido. No puede ser que desapareciera. Juro que no la secuestré.

—Este era el mejor lugar en el que podría estar y ahora no está. Eso es un problema —afirmó Alexander que se pasó la mano por el cabello.

—Debemos buscarla... —dijo William—. Necesitamos caballos para recorrer toda la ciudad. Quizá no sabe cómo llegar y está cerca.

—Es probable —alegó Dimitry.

—Yo los ayudaré a buscarla. No quiero que le ocurra nada...

—No hace falta, ya hizo suficiente al ilusionarla para después romper su corazón —gruñó Alexander.

—No importa lo que me digan, la buscaré. Tengo caballos en las caballerizas. Son buenos...

Durante la noche, estuvieron rastreando las calles de la ciudad, pero no hallaron nada. El amanecer los había sorprendido todavía en el recorrido, se sentían exhaustos. Regresaron a la casa del marqués para dejar a los caballos y después fueron a buscar otros que no estuviesen tan cansados como esos.

Cedric no podía estar quieto, pensando en qué podría haberle ocurrido a Iris. Necesitaba saber más de ella y lo único que podía hacer era unirse a la búsqueda de la familia de la joven, mientras George se mantenía alerta. También él pensó en reclutar a Andrew para que ayudara. Fue hasta su morada, pero su sirviente le dijo que aquel estaba en casa del señor Monroe. Tuvo que ir hasta ahí.

—Cedric, te ves como si llevaras tres días muerto... —aseguró Andrew con preocupación.

—Lo sé, llevo días sin dormir. Esto es un infierno, pero no es lo importante. Necesito que me ayudes a buscar a lady Iris.

Desapareció por la noche. Todos piensan que fue hacia mi casa, pero nadie la encontró ni siquiera cerca. Temo por su seguridad.

—Disculpen la interrupción, pero tengo gente que puede averiguar eso. Si me dan una hora, tendremos algo pronto. Solo hay que saber en donde buscar la información —comentó Katherine Monroe.

—Toda ayuda es bienvenida, señorita Monroe.

—Puede llamarme Katherine, casi somos familia. Lo veo con demasiada frecuencia para pretender que somos extraños.

El marqués asintió. Se quedó esperando esa hora casi eterna. Intentaba no pensar en los peores escenarios, pero era inevitable. El tiempo se le hacía eterno. Un sirviente regresó y se acercó a Katherine.

—¿Han encontrado algo? —indagó Katherine.

—Sí, señorita Monroe. Una dama educada que fue generosa pagó a un coche de alquiler para que la dejaran frente a la residencia del marqués.

El estómago se le hundió a Cedric. Algo le había pasado a Iris.

—¿Puede decirnos algo más? —curioseó Andrew.

—Los demás están intentando averiguar más, pero tardará un poco.

—No hay tiempo, necesito encontrar a milady.

—Debes tener paciencia, Cedric. Tendrás información más tarde, por el momento puedes comunicar lo que tenemos a la familia de la joven —pronunció su amigo.

—Eso haré, pero regresaré aquí, pronto. Necesito noticias o me volveré loco.

La familia de Iris estaba reunida en su totalidad. También se unieron para la búsqueda Charles y Matthew.

—Para averiguar sobre una desaparición necesitamos informantes. En Londres existe una gran cantidad de personas que hablarán sin hacer mucho esfuerzo. Iris no pudo desaparecer tan fácilmente —comentó Charles que caminaba de un lado al otro—. ¿Alguien sabe si ella tenía enemigos?

—No, Iris no podría tenerlos ni si los deseara —aclaró Matthew —, pero quién sí lo tenía es el flamante nuevo marqués.

—Por supuesto, el otro sobrino del marqués, el que quedó fuera del testamento —dijo Martha—. ¿Con qué intenciones podría llevarse a Iris?

—Una muy simple, Martha: venganza. No solo de mí, sino de Cedric —aclaró John que comenzaba a unir los puntos.

Cedric irrumpió en el salón de los Preston con rapidez.

—Anoche, milady cogió un carruaje de alquiler y pidió que este la dejara frente a mi residencia. Nadie sabe lo que ocurrió después. —Cedric contó aquello de forma atropellada.

—Aquí han surgido teorías, señoría, y la primera y principal es que su primo la secuestró por venganza... —comentó Matthew.

No es que Cedric no hubiera pensado en esa posibilidad; solo se había resistido a volverse paranoico, pero era evidente que necesitaba dejar la estupidez de lado y pensar en que este hombre lo quería lejos de todo y quería su dinero.

—¿En dónde vive el señor Harding? —cuestionó Charles.

—Él no vive en Londres, viaja por los condados. Debe estar hospedado en alguna posada cercana —replicó Cedric.

—Entonces nosotros empecemos por ahí y el marqués de Richter irá a su casa a esperar noticias. Ese hombre querrá negociar y no será nada limpio si es un asunto de venganza. Tal vez quiera la cesión del título a cambio de la vida de Iris —reflexionó Charles.

—Estoy dispuesto a lo que sea por recuperar a milady. Negociaré con el mismo Diablo si hace falta.

Siguieron las indicaciones de Charles para poder organizarse. La familia de Iris fue a las posadas, pero nadie lo había visto ni tampoco a la joven. Cedric fue a su residencia para esperar noticias. No podía quedarse quieto, no podía comer ni beber agua. Benjamin no tenía escrúpulos y temía lo que pudiese hacerle a la joven. Un par de horas después, la señorita Monroe y Andrew se presentaron en su casa con noticias.

—Tenemos el lugar —contó la joven—. Este administrador se mueve por los rincones más bajos, por lo que es evidente que sabe moverse como una rata. Rentó una propiedad a las afueras de Londres, ese lugar tiene una cabaña de caza, en donde tuvo escondida a una joven que tomó del campo y que días atrás pudo escapar.

—Iré ahora mismo a traerla —masculló Cedric, pero su amigo le puso una mano en la pierna.

—No te moverás de aquí sin tener un plan. Necesitas ayuda y eso lo lograrás con la familia de milady y la mía.

—Necesito que vengan para compartir estos hallazgos...

Juntar a todos en casa de Cedric llevó mucho tiempo, pero lo lograron. Compartió lo que sabía con ellos y comenzaron a urdir una estrategia, mientras estaban en eso, un niño llegó a la residencia con una carta.

—Su señoría, llegó esto para usted —anunció George interrumpiendo lo que estaban charlando.

Cedric cogió la carta, abrió y comenzó a leer en voz alta.

Cedric,

Si quieres volver a ver a lady Iris Preston, irás esta noche, a las once, a las afueras de Londres, ahí te recogeré y la soltaré. Procura venir solo, un error tuyo podría costarle la vida.

—No firma, pero sabemos quién es —afirmó Cedric.

—Huele a una trampa inmunda. Quiere intercambiarlos para matarlo —dijo Matthew.

—Sí, es evidente, pero nosotros tenemos una ligera ventaja: conocemos la ubicación de la cabaña y llegaremos hasta la zona, él intentará recoger al marqués y en ese ínterin, nosotros la rescatamos y también a la probable víctima de un intento de homicidio —calculó Charles—. Si están de acuerdo, cambiaremos el plan ligeramente para proteger al marqués del desastre.

Los asistentes asintieron, por supuesto que estaban dispuestos a conservar las vidas de todos. Contaban con ventaja y eso sería lo más importante.

Quienes irían directo a la trampa eran Cedric y Charles, este último estaría escondido en el carruaje para proteger al marqués en caso de que sintiera algún peligro, mientras los otros partieron con un sirviente de Katherine que los llevaría por el sendero que nadie usaba para llegar a la cabaña, lo rodearían y una vez que tuviesen la oportunidad, entrarían a rescatar a Iris.

***

En la cabaña, Iris pasaba el día encerrada. Las ventanas estaban tapadas con madera y la puerta se cerraba con llave desde afuera. Ese hombre improvisaba tan solo al tener una mínima oportunidad de éxito.

—Aquí está su cena, milady. Después de esta noche en que me convertiré en marqués, usted y yo podríamos cenar juntos en una gran mansión...

—Coma tierra, no me importa lo que haga con su vida. Le advierto que lo mejor es que me deje ir. No me interesa escuchar sobre sus delirios.

—Cedric escogió a una dama con la lengua demasiado afilada y suelta. Lo bueno es que no tendrá que tolerarla, ¿sabe la razón? Porque esta noche, lo mataré. Esa es la forma más rápida de que el título pase a mí sin tener que hacer ningún trámite; sin embargo, porque lo odio tanto, me quedaré con la mujer que ama. Ni siquiera hace falta que compre un anillo, tiene puesto el que perteneció a mi tía, la marquesa que no pudo concebir. Esperemos que no corra con la misma suerte, porque necesitaré herederos y si no me sirve, tendré que buscar a otra que sí pueda, por lo que tendrá que desaparecer...

—Nunca escuché algo tan delirante como lo que dice. El señor Harding sabrá cómo hacerle frente. Siempre le ha ganado y lo seguirá haciendo.

Enfadado, Benjamin se acercó a ella, le apretó la cara con su mano y después la empujó contra la pared.

—Aprenda a cerrar la boca. Si sigue siendo bocazas, terminará en el río.

El corazón de Iris latía con fuerza por el susto. Una vez que Benjamin se fue, pudo lamentarse tranquila. No quería seguir ahí. Era evidente que perdería al hombre que quería porque no pudo quedarse en su casa e ir durante el día. Fue una tonta y era probable que lo mataran por su culpa.

Mientras estaba ahí, sollozando, escuchó fuertes golpes en la puerta. Ella se escondió pensando que ese hombre regresaría para

golpearla.

—¡Iris! —llamó una voz conocida.

Salió de su escondite y corrió en medio de la oscuridad.

—¡William! —replicó viéndolo por la penumbra que entraba por la puerta de la cabaña.

—¡Maldición! —espetó abrazándola con fuerza. Estuvo a punto de derramar lágrimas.

Ella miró a su alrededor y vio a su familia con lámparas en las manos. Su corazón se llenó de paz al saberse a salvo; no obstante, su tranquilidad duró poco.

—Este hombre quiere matar al señor Harding, quiere quedarse con el título —contó con premura—. Necesito salvarlo.

John abrazó a su hija con fuerza.

—No te preocupes, su señoría está en manos de Charles, estará seguro. No hay nada mejor que un lord del Almirantazgo que renunció a su puesto para cuidar a alguien.

—Hubiese estado más feliz si Alexander iba a cortarle la mano a ese hombre —dijo llorando de alivio.

—Nunca es tarde para sacarle las dos manos. Podría ser un trofeo para el marqués... —declaró Alexander que puso una mano en el hombro a su cuñada.

El letrado subió a su hija a su caballo. No se arriesgaron a llevar un carruaje que podría delatarlos con su tamaño.

Ellos no pensaban irse lejos. Estaban pendientes del encuentro entre Cedric y Benjamin. Solo esperaba que ese hombre no regresara pronto y se diera cuenta de que su presa se había escapado.

Cuando la rescataron era alrededor de las diez y treinta de la noche. Benjamin Harding debía estar camino a la entrada de la propiedad en donde Cedric lo esperaría con Charles.

—Recuerde el plan. Usted siga la corriente al hombre, intente no provocarlo para que no lo mate a quemarropa. Esta clase de rufianes actúan por impulso. Debe tener aún más cuidado con él porque quiere su título, ni siquiera lo deja estrenarlo, es un envidioso...

A Cedric se le escapó una carcajada corta al escuchar a lord Mulgrave hablando mal de otros. Parecía un hombre demasiado serio y hasta quizá un poco paranoico, aunque entendía que estuvo relacionado con la seguridad estratégica del país.

—Trataré de no arrojarme a su yugular. Es todo lo que puedo prometer.

—Tiene más que perder si se equivoca. No puede hacerlo.

Después de decir eso, Charles tomó su posición estratégica dentro del carruaje, porque estaban llegando al lugar en el que tendrían que enfrentar al hombre.

A lo lejos, Cedric notó una lámpara, sabía que el enfrentamiento de su vida estaba cerca. Cuando el coche se detuvo, Charles asintió para que este bajara sin darle tiempo al otro de acercarse y ver lo que podía haber dentro.

Benjamin, con su sonrisa sardónica, lo esperaba junto a la lámpara y un arma en la mano. Cuando Cedric bajó, le apuntó.

—Dame tu arma y la de tu cochero —ordenó.

—Sigues siendo un maldito cobarde... —murmuró Cedric, molesto.

—No importa lo que digas, debo asegurar mi futuro. Fue un error esperar la muerte del viejo. Debí tomar la justicia por mano propia. Siempre fuiste el problema, desde tu nacimiento. —Benjamin cogió el arma de Cedric y de su cochero.

Pese a que no tener un arma parecía una desventaja, Cedric sabía que esto sería parte de lo que su primo buscaría para dejarlo lo más vulnerable posible.

—No eres más que un cobarde. Chantajear con una mujer debe ser lo más bajo que se te ocurrió en la vida, Benjamin. Lamento ser pariente tuyo.

—Si hubieses muerto cuando quise, ni siquiera lo habrías sentido, ahora las cosas son distintas. Tú nunca entendiste que esa herencia me pertenece por derecho. Mi padre fue un estúpido para dejar de lado un título por una mujer ignorante y sin clase como fue mi madre. Siempre la odié porque no se parecía a la tuya ni a la marquesa. No era una mujer refinada, era solo una pueblerina con suerte. Reniego de todo lo que me arrebataron. Tengo cuarenta años y estoy harto de trabajar, quiero vivir la vida como todos los nobles lo hacen

—Ambos perseguimos los mismos objetivos, pero, Benjamin, estamos viejos. Una vida de excesos a tu edad podría ser contraproducente. Yo he dejado todo lo malo lejos, deberías arrepentirte, dejar ir a milady y después continuar con tu vida, tienes mucho dinero de todas formas con lo que te dejó tu padre y el tío.

—No me darás órdenes, maldito. Camina. Iré a matarte en medio del monte —espetó con molestia.

El marqués fingió obedecer, pero una vez que estuvo junto a Benjamin, lo empujó para que pelearan cuerpo a cuerpo. Ahí podría tener más ventaja que contra un arma. Esto también serviría para ganar tiempo y para que Charles pudiera actuar a discreción.

Se enfrascaron en una pelea de puñetazos, empujones y patadas. Cedric logró desarmarlo para que estuvieran en igualdad de condiciones. Su primo era un poco más corpulento, mientras que él era atlético, aunque más delgado.

Charles bajó del carruaje y fue con sigilo hasta donde se estaban peleando. Vio que Benjamin golpeó en el estómago a Cedric y que este cayó al suelo para recuperar el aliento, pero ese momento fue suficiente para que el enemigo se hiciera con el arma. Antes de que le apuntara, lord Mulgrave disparó en el pecho del hombre y lo vio caer de espaldas, como si se hubiese desmayado, mas en realidad, estaba muerto.

Los ojos de Cedric se abrieron de par en par al notar lo que había ocurrido. Su primo yacía muerto, no alcanzó a cerrar las cuencas.

—Si no lo hacía, sería una amenaza latente. Siempre estaría detrás del título, buscando hacer daño. Iris es de mi familia y mi deber es protegerlos. Era un peligro. —Charles extendió su mano hacia Cedric para que se levantara.

—Se terminó, la pesadilla se acabó... —pronunció incrédulo.

—Sí, ahora tiene el resto del porcentaje de vuelta a donde pertenece. Es momento de irnos. Encontrarán su cuerpo alguna vez...

Su cuerpo caminaba hacia el carruaje, pero sus ojos permanecían en su primo muerto con la lámpara apenas alumbrando el lugar en donde quedó por su ambición.

Después de todo lo que había ocurrido, Cedric solo quería empezar su vida de otra manera, tratando de olvidar la última semana.

—Hay que buscar a milady... —recordó Cedric una vez que reaccionó.

—No hay apuro, tal vez Iris solo tenga un poco de hambre.

Antes de que subieran al carruaje, oyeron los relinchos y pisadas de varios caballos. En ellos se iban Iris y su familia.

La joven se desesperó al oír un disparo minutos atrás cuando se mantenían a una distancia prudente. No dudó en ordenarle a su padre que acudieran rápido hasta donde se encontraban Cedric y Charles.

Iris bajó del caballo y corrió hacia el carruaje. Cedric la vio y negó con la cabeza al verla.

—¡Señor Harding! —exclamó arrojándose a sus brazos.

Él la abrazó como si quisiera meter a Iris dentro de su cuerpo.

—¿Está bien, milady? ¿No le hizo nada?

—Lo único que podría hacerme daño es que se lo hicieran a usted.

—No vuelva a salir de su casa...

—Quería evitar que saliera de la ciudad. Quería hablarle.

—No he cambiado de opinión, no quiero que se vea afectada por mi mala reputación...

—Al diablo con mi reputación, la suya, la nuestra, la de todos. Solo quiero ser feliz y si eso me convierte en una paria social, lo seré a su lado, pero inmensamente feliz... —farfulló poniendo un poco de distancia entre ellos.

—¿Está segura de eso?

—No me engatusó con la idea de ser marquesa para abandonarme. Amo al delincuente que me robó el corazón y quiero vivir con todo lo que me ofrece.

—¿Sabe que no tendrá otra oportunidad de tener una vida decente?

—La decencia no es tan divertida, señor Harding.

—Soy el marqués, ¿lo olvida?

—Pero me gusta más llamarlo así. Me hace sentir superior.

—La amo, lady Iris. Si está dispuesta a sufrir los señalamientos y no odiarme por eso, me quedaré.

—Pues quédese, porque la nueva reputación no se construye donde no lo conocen, se hace aquí.

Los dos sellaron aquel acuerdo con un beso, esperando que el futuro les sonriera después de tantos sobresaltos. La dama y el ladrón estaban dispuestos a todo por vivir la promesa de un amor verdadero.

Continúa con la serie Hijas de la desgracia

Conquistar a un ogro

Lady Camellia Preston comenzó su temporada social dándose cuenta de que no era lo que esperaba y que lo único que deseaba era tener un esposo tan malo que compitiera con el resto. Tenía muchas opciones para hacer su caridad, pero escogió a alguien que no era tan sencillo como creía.

Roger Cecil, conde de Warwick, era conocido por ser el ogro de los salones, alguien incapaz de conseguir una esposa, pues él no estaba interesado en esa molestia, prefería los negocios y la política; sin embargo, no contaba con que terminaría aceptando un acuerdo conveniente que lo atase a una bella criatura endemoniada hasta que la muerte los separara.

¿Será posible conquistar al ogro o que él escape triunfante de las garras de un amor que lo encontró?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

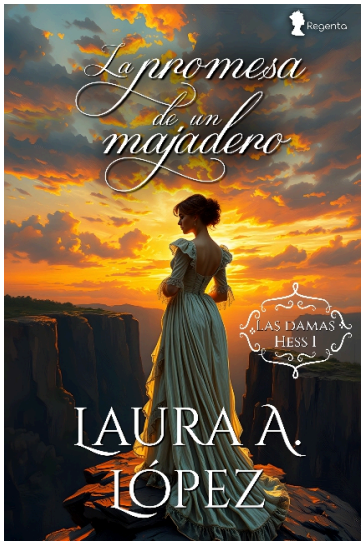


Susan Culligan, *una universitaria curiosa, amante de su país, ve con buenos ojos el matrimonio de uno de los príncipes de Westland, tanto, que decide asistir a la boda de cualquier manera, colándose entre los invitados.*

Una vez dentro de la ceremonia religiosa, corrió con la mala fortuna de parecerle agraciada a ***Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast****, comenzando su gran sueño de cenicienta aquel día.*

No te pierdas esta novela que te divertirá.

Si te gustó Te robé el corazón, podría gustarte…



Lady Mildred Hess, pensaba que el amor de su vida pronto regresaría para casarse con ella; sin embargo, con un desahucio para abandonar la propiedad familiar después de la muerte de su padre, su vida ya no se tratará de esperar, sino de actuar por el bien de sus hermanas.

Daniel Cooper, conde de Cholmondeley, nuevo dueño de Autum Hall, quería tomar posesión de aquel lugar para dedicarlo a ser una residencia solariega para sus diversiones de libertino; no obstante, la aparición de una de sus residentes lo lleva a hacer una promesa a cambio del sacrificio de la joven.

¿Mildred esperará por una ilusión o terminará cediendo ante sus deseos prohibidos por Daniel?

«—¡Milord, no puedo creerlo! —exclamó con una sonrisa que iluminaba su rostro por completo.

Daniel dejó que Mildred siguiera festejando su logro. Era tan hermosa cuando sonreía de forma genuina, aunque ella tendría que saber que su generosidad traía consigo condiciones.

—Debes creerlo. Con eso tu familia recuperará su brío y hasta tendrán un protector como yo… —Él se idolatraba para que ella se sintiera aún más en deuda

con ella.

—Es más de lo que esperaba. No sé la razón por la que decían que era alguien tan malvado, cuando es obvio que no lo es del todo.

—Las personas tienen razón en algunas cosas, Mildred, y lo sabrás ahora. Lo que te otorgo será bajo mis condiciones. Si quieres ver bien a tu familia, te prometo que jamás les faltará nada y será gracias a ti…

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —Esas preguntas que hizo le daban temor. La generosidad no parecía ser el fuerte del lord Cholmondeley.»

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.* **Todos los derechos han sido recuperados en el año 2025.**

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza, Los juegos de un disoluto, Cuando el amor llega tarde, No me convencerás, Un lord insufrible, Y llegué a ti Te robé el corazón.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.